



Cathy Williams

El multimillonario secreto



Cathy Williams

El multimillonario secreto



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

El multimillonario secreto, n.º 2403 —julio 2015
Título original: The Real Romero
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-6774-1

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

Amelia? ¿Amelia Mayfield?

Milly apretó el móvil contra la oreja al tiempo que lamentaba su estupidez por haber respondido a la llamada.

¿Cuántas instrucciones más le iba a dar Sandra King sobre aquel empleo?

Iba a atender a una familia de cuatro miembros e iba a cocinar para ellos durante dos semanas. Cualquiera diría que se trataba de gobernar el país. Además ya había realizado un trabajo similar dos años antes, durante tres meses, antes de empezar a trabajar en un hotel de Londres.

—Sí —contestó mientras su vista deambulaba por el paisaje nevado que la rodeaba.

Había sido un viaje fantástico, justo lo que necesitaba para dejar de pensar en su desgraciada situación. Había viajado en primera clase y en aquel momento se hallaba en el asiento trasero de un coche con chófer, a media hora de su destino.

—No has respondido a mis llamadas —la acusó la voz al otro extremo de la línea.

Sandra King la había entrevistado tres veces para aquel trabajo. Parecía como si le disgustara tener que dárselo a una mujer bajita, regordeta y pelirroja, cuando había muchas otras candidatas más adecuadas: rubias de acento perfecto y risa fácil.

Pero, como le había dejado claro con satisfacción mal disimulada, aquella familia en concreto quería a alguien corriente, porque lo último que la señora deseaba era una chica ligera de cascos que fuera a flirtear con su rico esposo.

Milly, que, tras la primera entrevista, había buscado en Google información sobre la familia para la que iba a trabajar, se quedó de piedra, ya que el esposo en cuestión no era del tipo con el que una chica en su sano juicio intentaría flirtear. Era corpulento, con amplias entradas, de casi sesenta años, pero asquerosamente rico, por lo que suponía que debía de resultar tan atractivo como una estrella de rock.

De todos modos, ella no estaba por la labor de flirtear con nadie.

—Lo siento, Sandra… —sonrió porque sabía que a Sandra no le gustaba que la llamaran por su nombre, sino señorita King, como lo hacían en la agencia, dedicada exclusivamente a buscar empleo

temporal a chicas en casas de familias ricas y famosas—. El teléfono no me ha funcionado bien desde que salí de Londres y no puedo hablar mucho tiempo porque me estoy quedando sin saldo.

No era cierto, pero no estaba dispuesta a escuchar otra lista de lo que la familia comía y no comía, ni de lo que a los hijos, de cuatro y seis años, les gustaba hacer antes de acostarse, ni de lo que podía decir o no decir.

Milly no conocía a nadie que fuera tan exigente con todo. La familia para la que había trabajado dos años antes era alegre, extrovertida y fácil de complacer.

Pero no se quejaba. Aunque fueran exigentes, el sueldo era fabuloso y, lo más importante, el empleo la alejaba de Robbie y Emily, y del dolor.

Había conseguido olvidarse de su exprometido, de su mejor amiga y de su compromiso roto, pero amenazaban con volver a adueñarse de sus pensamientos.

El tiempo lo curaba todo, le habían repetido sus amigos, a quienes nunca les había gustado Robbie y quienes, ya que ella volvía a ser libre, no se habían privado de decirle todo lo malo que pensaron de él desde el día que lo conocieron.

Por una parte, esos comentarios negativos la habían animado y apoyado; por otro, le habían demostrado que carecía de criterio para juzgar a las personas.

—Pues lamento decirte que el empleo se ha anulado.

Milly tardó unos segundos en comprender.

—¿Has oído lo que he dicho, Amelia?

—Es una broma, ¿verdad? Por favor, dime que no hablas en serio.

—Nunca hablo en broma. La familia Ramos se ha echado atrás. Me llamaron hace unas horas y, si hubieras contestado a mis llamadas, te habrías evitado el viaje.

—¿Por qué han anulado la oferta?

Se imaginó volviendo al piso que había compartido con Emily y la posibilidad de volver a verla mientras recogía sus cosas para marcharse a Estados Unidos con Robbie. Se sintió mareada.

—Uno de los niños está enfermo de viruela.

—Pero solo me falta media hora para llegar al chalé —gimió Milly.

Habían dejado atrás el pueblo de Courchevel y el coche subía por una carretera bordeada de mansiones con vistas espectaculares, helipuerto, piscina climatizada, sauna…

—Pues tendrás que decirle al chófer que dé la vuelta. Como es natural, se te compensará el tiempo y las molestias.

—¿No puedo pasar allí la noche? Está anocheciendo y estoy agotada. Tengo la llave de la casa. Dejaré todo como me lo he encontrado. Tengo que dormir, Sandra.

No podía hacerse a la idea de que lo único que le había salido bien en las dos horribles semanas anteriores se hubiera derrumbado como un castillo de naipes.

—Eso sería muy irregular.

—También lo es haberme quedado sin empleo en el último momento, cuando estoy a punto de llegar a la casa y después de haberme pasado ocho horas viajando.

Vio la mansión en una elevación frente a ella y, durante unos segundos, todos sus pensamientos negativos se evaporaron ante su magnífica y enorme estructura, que dominaba el horizonte.

—¡Supongo que no hay otro remedio! —exclamó Sandra—. Pero, por favor, Amelia, contesta las llamadas cuando suene el teléfono. Y no toques nada ni te pongas a fisgonear. Limítate a comer y a dormir y asegúrate de que, cuando te vayas, nadie se dé cuenta de que has estado allí.

Milly hizo una mueca cuando Sandra cortó la llamada bruscamente. Se inclinó hacia delante para ver mejor la mansión conforme se aproximaban, hasta que el vehículo giró a la izquierda y tomó el camino particular que llevaba hasta ella.

—Esto… —carraspeó y esperó que el chófer, que la había saludado en el aeropuerto de Chambery en mal inglés y que no había abierto la boca desde entonces, entendiera la esencia de lo que iba a decir.

—*Oui mademoiselle?*

—Parece que ha habido un cambio de planes.

—¿Qué ha pasado?

Milly respiró aliviada. Al menos no tendría que explicarle la situación en su limitado francés. Le explicó sucintamente lo sucedido. Él tendría que pasar la noche en algún sitio y llevarla de vuelta al aeropuerto al día siguiente. Sentía mucho las molestias, pero podía llamar…

Buscó en su amplia mochila y sacó la cartera y, de ella, la tarjeta de la agencia que no había pensado que usaría en las dos semanas siguientes.

Se preguntó si se quedaría en la mansión, ya que tenía capacidad para alojar a quinientos chóferes, pero eso tendría que resolverlo él solo, aunque se temía que la escasa amabilidad de Sandra ya se habría agotado después de dejar que ella durmiera allí.

La vida era terrible. A ella la había engañado su prometido, al que conocía desde la infancia, y, por si no bastara, la había engañado con su mejor amiga y compañera de piso.

Para colmo, él le había dicho que se había comprometido con ella porque sus padres estaban hartos de que derrochara el dinero y fuera un mujeriego, y le habían dado un ultimátum: o buscaba a una chica decente con la que sentar la cabeza o podía irse olvidando de ponerse

al frente del próspero negocio familiar.

Privado de la fortuna familiar y de un trabajo hecho a su medida, Milly supuso que Robbie hubiera tenido que enfrentarse a la terrible perspectiva de encontrar un empleo sin la ayuda de papá y mamá, por lo que se había inclinado por la opción menos aterradora de hacerle creer que realmente tenían una buena relación y de pedirle que se casaran mientras tanteaba el terreno con su compañera de piso, más alta, más delgada y más guapa.

A los padres de él, Milly les había gustado. Había pasado la prueba de fuego. Y para él, era el pasaporte para su herencia.

Lo único peor que haberlos pillado juntos en la cama hubiera sido haberse casado con aquel canalla y descubrir después que ella no le interesaba en absoluto.

Se miró con tristeza el dedo anular donde, unas semanas antes, lucía un anillo con un gran diamante.

Sus amigos le dijeron que era un error habérselo devuelto, que debería habérselo quedado y haberlo vendido a la primer oportunidad. Al fin y al cabo, se lo merecía, después de todo lo que él la había hecho sufrir.

El dinero le habría venido bien, ya que había dejado el trabajo en el hotel para dedicarse a ser una buena esposa y madre de familia.

Tal como estaban las cosas, se encontraba sin trabajo, sin poder entrar en su casa hasta que Emily se fuera y con muy poco dinero ahorrado.

Y no tenía a quién recurrir. Su abuela, su único pariente vivo, que vivía en Escocia, hubiera vendido la casa de haber sabido el estado de penuria de su nieta, pero Milly no tenía intención de contárselo. Bastante tenía con intentar superar el hecho de que su boda de cuento de hadas se hubiera esfumado.

Le había dicho a su abuela que se iba a trabajar de niñera unos días con una familia a Courchevel, donde podría esquiar, algo que le encantaba. Le había quitado importancia al trauma de la ruptura diciéndole que se le pasaría en un par de semanas.

Para que la anciana no se inquietara, le había contado que la familia era prácticamente amiga suya y que la ayudaría a recuperarse. Además, había adornado aún más el asunto anunciándole que, a su vuelta a Londres, había otro trabajo esperándola mucho mejor que el que había dejado.

No quería, bajo ningún concepto, que su abuela se preocupara.

—Esto… ¿Quiere que llame a la agencia para saber si puede pasar la noche en el chalé?

Se había resignado a otra embarazosa conversación con Sandra en la que esta le diría que la situación en la que se hallaba era culpa suya por no contestar al teléfono y que el chófer no podía dormir en la

casa.

Pero el hombre, Pierre, era cliente habitual de un hotel de Courchevel en el que trabajaba un familiar, por lo que se alojaría allí.

Pierre la ayudó a sacar el equipaje, que contenía ropa que no se pondría, y se marchó cuando ella hubo entrado en el edificio.

El interior era moderno y minimalista: un espacio abierto con dos salones separados por una pared en la que había una moderna chimenea. Más allá, Milly divisó una amplia cocina y otras habitaciones, pero se quedó mirando por las ventanas, que tenían vistas espectaculares del valle.

La nieve estaba intacta. La temporada de esquí estaba siendo muy buena debido a lo mucho que había nevado.

Milly decidió explorar el edificio. No iba a quedarse mucho tiempo, así que, ¿por qué no iba a disfrutar de la aventura del descubrimiento? Su piso era diminuto. ¿Por qué no fingir que la mansión le pertenecía?

Examinó cada habitación de forma exhaustiva admirando el caro mobiliario. No había visto tanto cromo, cristal y cuero en su vida.

La cocina era una maravilla: encimeras de mármol negro, una mesa de metal y una serie de utensilios de cocina que hicieron que le entraran ganas de cocinar.

Estaba contenta de haber dejado de trabajar en el hotel. Tenía tres estrellas, pero todos creían que alguien había sido sobornado para hacer la vista gorda y otorgarle esa categoría. Las habitaciones eran muy básicas, el restaurante llevaba años pidiendo una reforma, al igual que las dos cafeterías.

Además, durante el año y medio que había trabajado allí, Julian, el chef, no le había permitido hacer nada sola y siempre estaba observándola para encontrar defectos en su forma de cocinar.

Pasó la mano por una de las brillantes encimeras y tocó algunos de los maravillosos utensilios, ninguno de los cuales parecía haber sido utilizado. Al abrir la nevera comprobó que estaba llena, al igual que los armarios. En el botellero, los vinos eran caros.

Absorta en la inspección de la cocina y soñando con lo que se sentiría al poseer tal fortuna que le permitiera a uno tener una casa como aquella como segunda vivienda, no se dio cuenta de que alguien se acercaba.

—¿Quién es usted?

La voz profunda y fría la devolvió de golpe a la realidad. Se giró con el corazón latiéndole a toda prisa.

Había un desconocido en la casa, por lo que debería buscar algo con lo que defenderse.

Aquel hombre podía ser peligroso.

Se quedó en blanco. Olvidó que debía sentirse asustada, aterrorizada incluso. Se hallaba en una mansión llena de objetos

valiosos y los dueños no estaban. Probablemente, el hombre que había frente a ella, de más de un metro ochenta de estatura, habría entrado a robar, y ella lo había interrumpido. Todo el mundo sabía lo que le sucedía a un inocente cuando interrumpía un robo.

Pero, ¡por Dios!, ¿había visto en su vida a alguien tan guapo?

El cabello negro, algo más largo de lo convencional, enmarcaba un rostro perfecto: boca grande y sensual, rasgos cincelados, ojos tan negros como la noche. Llevaba una camiseta y unos vaqueros y estaba descalzo.

No era muy habitual que un ladrón se descalzara, pero ella pensó que lo habría hecho para que no lo oyera acercarse.

—Podría hacerle la misma pregunta.

Trató de que la voz pareciera calmada, como si controlara la situación, como si no fuera fácil intimidarla.

—¡Y no se atreva a dar un paso más!

Como una idiota, se había dejado el móvil en la mochila, que estaba en la encimera de la cocina. Pero ¿cómo iba a haberse figurado que le ocurriría algo así?

Sin hacer caso de sus palabras, el hombre dio dos pasos hacia ella, que retrocedió hasta chocar con la encimera. Se dio la vuelta para agarrar lo que hallara más a mano, que fue el hervidor, un utensilio de cristal que no mataría una mosca y mucho menos a aquel hombre musculoso, que solo se hallaba a un metro de ella y que, imperturbable, se había cruzado de brazos.

—¿Y qué me va a hacer? No estará pensando pegarme con eso…

—Dígame qué hace aquí o… llamaré a la policía. Lo digo en serio.

Lucas no había previsto que la noche fuera a desarrollarse así. De hecho, ni siquiera pensaba que estaría allí. Había prestado la casa a los pesados amigos de su madre, que habían decidido no ir en el último momento. Y fue entonces cuando él decidió ir a pasar unos días.

Así perdería de vista a su madre, que cada día insistía más en que se casara y sentara la cabeza. Tres meses antes, la mujer había sufrido un pequeño derrame cerebral que no le había dejado secuelas, pero, al creer que había visto la muerte de cerca, lo único que deseaba era abrazar a un nieto antes de morir. ¿Era mucho pedirle a su querido hijo?

Sinceramente, Lucas creía que sí, pero no se lo había dicho.

Si a eso se añadía la existencia de una exnovia que se negaba a aceptar que la relación había terminado, unos días esquiando le habían parecido una excelente idea.

Pero parecía que la paz y la tranquilidad se habían esfumado, por lo que no estaba de buen humor mientras contemplaba a aquella loca que esgrimía contra él el hervidor y lo amenazaba con llamar a la

policía.

Una loca bajita y pelirroja que pensaba que estaba robando en su propia casa.

Para partirse de risa.

—No creerá que puede enfrentarse a mí, ¿verdad? —con gran rapidez de reflejos, Lucas le quitó la peligrosa arma y la colocó en su sitio—. Ahora, antes de que sea yo quien llame a la policía para que la eche a la calle, dígame qué demonios hace aquí.

Milly lo miró desafiante.

—Si lo que pretende es asustarme, no lo conseguirá.

—Nunca intento asustar a una mujer.

Aquel hombre desprendía sensualidad por todos los poros. ¿Cómo iba ella a pensar con claridad cuando la miraba con aquellos ojos oscuros de manera insolente e intransigente a la vez?

—Trabajo aquí —dijo ella, por fin, incapaz de dejar de mirarlo.

Él enarcó una ceja y ella lo fulminó con la mirada, ya que, a diferencia de él, tenía todo el derecho a estar allí.

Milly se preguntó qué más podía salir mal. Había ido allí a recuperarse, a tomarse un respiro, a recuperar fuerzas para volver a Londres. Debería estar utilizando la cocina para preparar la comida de la familia Ramos en vez de estar mirando a alguien que parecía un adonis, pero que se comportaba como un hombre de las cavernas.

—¿Ah, sí?

—Sí, aunque no es asunto suyo. Soy la persona que la familia Ramos ha empleado para trabajar para ellos durante las dos semanas próximas. Llegarán de un momento a otro.

—Pues me cuesta creerlo, ya que sé que Alberto y Julia no vendrán porque uno de sus hijos está enfermo.

Lucas abrió la nevera y sacó una botella de agua mineral, que se bebió sin dejar de mirarla.

—Oh…

Así que aquel hombre arrogante no era un ladrón, pero, en lugar de decírselo inmediatamente, había prolongado la incertidumbre de ella al no dignarse a comunicarle que conocía a los dueños de la casa.

¿Acaso ya no quedaban tipos agradables en el mundo?

—Pues si cree que voy a disculparme por…

—¿Tratar de agredirme con el hervidor?

—… se equivoca. No sé qué hace aquí, pero debería haberme dicho que conocía a los dueños. Supongo que también le han fallado a usted.

—¿Cómo dice?

—A mí me han dejado plantada —añadió ella con tristeza.

Como ya no se hallaba en peligro, había vuelto a respirar con normalidad, pero prefirió alejarse un poco del hombre, que seguía de pie junto a la nevera y que le producía un efecto extraño.

Observó distraídamente, mientras él se sentaba en un taburete, que tenía las piernas largas y musculosas y fuertes tobillos.

Volvió a la realidad cuando él habló de nuevo, lo que hizo que frunciera el ceño.

—Usted también no —gimió, ya que por el final de la frase había entendido que él le preguntaba cómo era posible que hubiera hecho el viaje sin que le hubieran notificado que ya no la necesitaban—. Ya me ha sermoneado bastante Sandra por no responder al teléfono. No tengo fuerzas para soportar que usted me diga lo mismo. De todos modos, ¿por qué está aquí? ¿No le dijo nada su agencia antes de viajar hasta aquí?

—¿Mi agencia?

Lucas, a pesar de que siempre sabía qué decir, se quedó sin palabras.

—Sandra es la persona de la agencia que me contrató. Está en Londres.

Milly se atrevió a mirarlo abiertamente y se ruborizó. Era extranjero, de eso no había duda, guapo y exótico, pero su inglés era perfecto, con un leve acento.

—Me habían contratado para cocinar para la familia Ramos y cuidar de sus hijos.

De pronto se dio cuenta de que él los había llamado por su nombre de pila, cuando ella había recibido instrucciones estrictas de dirigirse a ellos de manera formal y de recordar que no eran sus amigos, lo cual demostraba la forma tan distinta en que operaban las agencias.

—¿Para qué lo habían contratado a usted? No, no me lo diga.

—¿No?

Aquella mujer era fascinante, como venida de otro planeta. Lucas siempre obtenía halagos y sumisión de las mujeres, que hacían lo imposible por complacerlo y decirle lo que quería oír.

Nacido en una familia rica, había aprendido de pequeño lo que era el poder y, en aquel momento, a los treinta y cuatro años de edad, con la fortuna heredada de sus padres y con la que él mismo había logrado, estaba acostumbrado a que lo trataran como a un multimillonario que obtenía lo que deseaba simplemente chasqueando los dedos.

¿A qué creía aquella mujer que se dedicaba? Le picaba la curiosidad.

—Es usted monitor de esquí.

Milly se dio cuenta de que aquel giro inesperado de los acontecimientos estaba influyendo positivamente en su depresión. Apenas se había acordado de Robbie, de Emily y de la terrible historia en la que se había convertido su vida desde que aquel hombre había aparecido.

—Monitor de esquí —repitió él al tiempo que se percataba de que repetía todo lo que ella decía, lo cual le parecía increíble.

—Tiene aspecto de monitor de esquí.

—¿Me lo debo tomar como un cumplido?

—Si quiere… —replicó ella dando marcha atrás rápidamente por si él creía que le estaba tirando los tejos, lo que no era cierto—. ¿No es increíble cómo viven los ricos?

Cambió de tema a toda prisa mientras él dejaba la botella en la encimera, se sentaba en una silla y colocaba otra frente a él para poner los pies en ella.

—Increíble —asintió Lucas.

—¿Ha tenido tiempo de ver la casa? Es como las que salen en las revistas. Resulta difícil creer que alguien la use. ¡Todo está tan nuevo y brillante!

—Le impresiona el dinero, por lo que veo.

Lucas pensó en todas las demás casas y pisos de su propiedad, desperdigados por todo el mundo. Incluso tenía un chalé en una isla del Caribe al que hacía por lo menos dos años que no había ido.

Milly se apoyó en la mesa sosteniéndose la barbilla con una mano y lo miró. Pensó que tenía unos ojos maravillosos y unas pestañas aún más maravillosas: largas, espesas y oscuras. Y tenía un aspecto arrogante. Eso debería haber hecho que perdiera todo el interés por él, ya que Robbie también lo era y, al final, había resultado ser un canalla.

—No —dijo ella—. Vamos a ver, no me malinterprete. Tener dinero está muy bien. Ojalá tuviera yo más —«sobre todo teniendo en cuenta que estoy en paro», pensó—. Pero me educaron en la idea de que hay cosas más importantes en la vida. Mis padres murieron en un accidente de coche cuando tenía ocho años y fue mi abuela la que me crio. No teníamos mucho dinero, pero eso no me importaba. Creo que la gente vive la vida que desea y que lo hace sin la ayuda del dinero.

Suspiró.

—Dígame que me calle si estoy hablando mucho. Suelo hacerlo. Y ahora que sé que no es usted un ladrón, es agradable que haya alguien más aquí. Me marcharé a primera hora de la mañana, pero… Bueno, vale ya de hablar de mí. ¿Era la primera vez que iba a trabajar para la familia Ramos? Me refiero a que los ha llamado por su nombre de pila.

Lucas pensó en Alberto y Julia Ramos y reprimió una carcajada de desprecio ante la idea de trabajar para ellos. En realidad, Alberto había trabajado para su padre y después, al morir su progenitor, para él. Debido a ello, Lucas no lo había despedido, a pesar de su absoluta incompetencia. Los Ramos le resultaban muy molestos, pero su madre era la madrina de uno de sus hijos.

—Hace tiempo que nos conocemos —contestó él esquivando la pregunta.

—Eso me parecía.

—¿Por qué?

Milly se echó a reír y tuvo la impresión de que era la primera vez que reía de verdad desde hacía dos semanas.

—Porque ha puesto los pies en una silla y porque ha dejado la botella vacía en la encimera. Sandra me dijo que no podía dejar señal alguna de mi presencia cuando me marchara. Puede que hasta tenga que borrar mis huellas dactilares.

—Tiene una risa preciosa —dijo Lucas sorprendiéndose a sí mismo.

Y era cierto. Al oírla le entraban ganas de sonreír.

Y al mirarla…

La primera impresión de que era bajita, rellenita y con un cabello indomable se había evaporado rápidamente. Era cierto que no era alta, pero tenía la piel de porcelana y los ojos más azules que había visto en su vida. Y al reírse se le formaban hoyuelos.

Milly se puso roja como un tomate. A raíz de la ruptura de su compromiso, su autoestima había caído en picado, por lo que el cumplido le produjo un enorme bienestar. Claro que un cumplido sobre su forma de reírse no era tal, aunque viniendo de aquel adonis…

—Debe de ser fantástico ser monitor de esquí. ¿Quiere saber una cosa? No es un secreto ni nada parecido…

—Me encantaría saberlo, aunque no sea un secreto ni nada parecido.

¡Vaya! A Lucas le pareció que aquel descanso improvisado estaba resultando una distracción que no había previsto.

—Yo esquiaba. Aprendí en un viaje escolar, a los diez años. A los quince llegué a pensar en dedicarme a ello profesionalmente, pero no teníamos dinero. Por eso estaba encantada con este trabajo.

De pronto, pensó en su situación: sin novio, sin empleo y sin el sueldo de dos semanas trabajando allí con el añadido de poder esquiar de vez en cuando.

—Para serle sincera, por eso me contrató Sandra a mí en vez de a las otras chicas más guapas que querían el empleo. Creí que podría esquiar en mis ratos libres, pero ahora… Bueno, así es la vida. Últimamente no he tenido mucha suerte, así que no sé de qué me extraño.

Sonrió mientras trataba de no dejarse vencer por la tristeza.

—Ni siquiera sé su nombre. Yo soy Amelia, pero mis amigos me llaman Milly.

Le tendió la mano y el contacto con sus fríos dedos le produjo una descarga eléctrica de los pies a la cabeza.

—Lucas —dijo él.

Así que ella creía que era monitor de esquí. Era estimulante estar en compañía de una mujer que no supiera lo que poseía, que no sonriera tontamente ni tratara de engatusarlo.

—Y creo que podremos resolver el asunto de tu empleo…

Capítulo 2

Lucas había tomado la decisión de forma repentina, pero ¿quién iba a negarle que era un hombre creativo? ¿Cuántas veces había obtenido contratos por haber enfocado las cosas desde un ángulo distinto, por haber aprovechado lagunas jurídicas?

Ahí radicaba la diferencia entre tener un éxito moderado o elevarse a las alturas. Lo habían educado para sentirse seguro de sí mismo, y nunca se le había ocurrido que no pudiera obtener lo que deseaba.

En aquel momento acababa de decidir que deseaba disfrutar de la compañía de aquella mujer esquiando durante unos días.

No era el tipo de mujer con el que se solía relacionar. Salía con mujeres altas, delgadas, de piernas largas, de cabello castaño y de un entorno social similar al suyo, pero Milly tenía algo…

Ella lo miraba con la boca abierta, como si se hubiera vuelto loco.

—¿Cómo dices?

No creía lo que acababa de oír. Estaba a punto de convencerse de que había caído en manos de un lunático. Aunque fuera el monitor de esquí de la familia Ramos, ¿cuánta influencia tenía un monitor de esquí?

—Pero, primero, vamos a cenar —dijo él.

—¿A cenar?

—De hecho, he venido a la cocina a comer algo.

Al principio había pensado en contratar al chef de uno de los hoteles, al que solía contratar cuando pasaba unos días allí, pero, al final, decidió que no merecía la pena puesto que solo iba a quedarse un par de noches. Además, la nevera estaría llena de comida que la familia Ramos no iba a consumir.

—¿Que has venido a comer algo? ¿Estás loco? No puedes comer y beber de lo que hay aquí. ¿Has visto las botellas del botellero? ¡Deben de costar un ojo de la cara!

Lucas ya estaba al lado de la nevera.

—Pan… —la abrió y se volvió a mirarla—. Queso… Y estoy seguro de que habrá algo para preparar una ensalada.

Ella se puso de pie de un salto.

—Esto… Puedo prepararte algo, si quieres. Al fin y al cabo, cocinar iba a ser una de mis tareas.

Lucas la miró sonriendo y ella volvió a sentir la misma descarga

eléctrica, como si le hubiera caído un rayo encima.

¿Había tenido Robbie ese efecto sobre ella? Le parecía que no, pero tal vez la desilusión hubiera modificado los recuerdos de su corto noviazgo.

Robbie y ella habían acudido a la misma escuela en Escocia hasta los catorce años. Entonces, él se había mudado a Londres con su familia. Ella estaba secretamente enamorada de él.

Habían seguido en contacto a lo largo de los años, sobre todo a través de las redes sociales y de alguna visita de él, pero su repentino interés por ella se había producido seis meses antes.

Milly todavía estaba adaptándose a su trabajo y se alegró de ver una cara conocida y, después, se sintió halagada por su interés por ella. Solo más tarde entendió los motivos.

Lucas cerró la nevera y abrió una botella de vino, ante la consternación de Milly.

Ninguna mujer había cocinado para él, porque era una faceta doméstica que no quería estimular. Pero aquella era una situación única.

—Soy chef —Milly sonrió y abrió la nevera para examinar el contenido sin tocar nada.

—Una casi esquiadora profesional, además de chef… ¿Tanto talento tienes?

—No te burles de mí —sus ojos se encontraron y ella se ruborizó—. Sigo sin sentirme a gusto teniendo que hurgar en los armarios, pero supongo que tenemos que cenar. Estoy segura de que Sandra no querría que me muriera de hambre.

—Esa Sandra parece una déspota.

Lucas se apartó de ella y Milly comenzó a sacar cosas. Él no tenía ni idea de lo que iba a preparar. Su interés por la cocina era nulo, y sus habilidades se reducían a hacerse una tostada o abrir una lata.

—No te lo imaginas. ¿Me echas una mano?

Él, apoyado indolentemente en la encimera con una copa de vino en la mano, la miró.

—A la hora de cocinar, me gusta más ser espectador.

Y desde donde se hallaba, la vista era estupenda.

Ella se había quitado el jersey y se había quedado en camiseta, la cual resaltaba las líneas de su cuerpo.

—Acabaremos antes si me ayudas.

—No tengo prisa. Me estabas hablando de Sandra.

—Tuve que hacer tres entrevistas para conseguir el puesto. ¡Tres! La familia Ramos es la más exigente del mundo. ¡Ay, perdona! Me olvidaba de que eres su monitor de esquí habitual, por lo que, probablemente, tendrás otra opinión de ellos.

Suspiró al recordar que la vida que había estado deseando iniciar se

había esfumado.

Pero estaba segura de que debería sentirse más triste de lo que estaba.

Avergonzada, sí, pero ¿triste?

Había devuelto los regalos; había vendido el vestido de novia por Internet, ya que la tienda se negó a aceptar su devolución; y la ceremonia en la iglesia del pueblo en el que vivían sus padres se había anulado.

Pero no se le formaba un nudo en la garganta al pensar en los detalles de la boda, sino al hacerlo en el futuro de cuento de hadas que había planeado, al pensar en que había estado enamorada y la habían dejado plantada.

—Lo dudo.

Lucas recordó la última vez que había visto a los Ramos en casa de su madre, en Argentina. Julia Ramos se había comportado con prepotencia toda la noche.

A pesar de ser inmensamente rica, su madre actuaba con mucha normalidad y celebraba fiestas con frecuencia a las que invitaba a todo el mundo, con independencia de su posición social o ingresos. No olvidaba que, tanto ella como su esposo, habían conseguido su fortuna gracias a su duro trabajo.

—Alberto y Julia Ramos no son muy complejos. Tienen dinero y les encanta demostrarlo.

—Pobrecito —Milly lo miró con compasión—. Supongo que tiene que ser muy pesado relacionarte con personas que no te caen bien.

Él agarró un taburete y se sentó cerca de ella para verla cocinar. Ella ya había dejado de asombrarse ante las libertades que se tomaba. Tal vez fuera esa la relación que tenía con sus patrones: no tanto la de un empleado como la de un igual.

—Pero —prosiguió ella— todos tenemos que hacer cosas que no nos gustan para ganarnos la vida. ¿Qué haces cuando no das clases de esquí?

—Esto y aquello.

Milly no dijo nada. Tal vez él se sintiera incómodo, ya que el de monitor podía ser un buen trabajo, pero no te hacía ascender en la escala social. Y le parecía que Lucas era ambicioso.

—¿Por qué ibas a pasarte dos semanas aquí cocinando cuando eres chef? No te estás tomando el vino y deberías hacerlo. Es de una añada excelente.

—Espero que no tengas problemas por haber abierto la botella.

Ya había terminado, así que se limpió las manos en un paño, agarró la copa y se dirigieron al salón, donde, a través de los inmensos ventanales, se veía la noche cayendo sobre las montañas nevadas.

—Nunca tengo problemas —le aseguró Lucas mientras se sentaban

en el sofá.

Era blanco, y ella pensó que tendría que pagarlo si lo manchaba de vino, por lo que se sentó en el borde y apretó la copa.

—¿Nunca? Me parece una afirmación muy arrogante

—Reconozco que puedo serlo.

—Es un rasgo deplorable.

—En efecto. ¿Tú tienes alguno?

—¿Algún qué?

—Rasgo deplorable —no era pelirroja, pensó, sino que tenía el cabello de color caoba, con vetas claras y más oscuras.

—Tiendo a enamorarme de canallas. Soy una especialista. Hace tres años salí tres meses con mi primer novio, que resultó que tenía una novia que se había tomado un año sabático dejándole el campo libre mientras estaba fuera.

—El mundo está lleno de canallas —murmuró él.

Lucas siempre dejaba muy claro a las mujeres que no iba a regalarles un anillo de compromiso.

—Exacto.

—¿Y el segundo novio?

—Con el segundo me comprometí en matrimonio.

Milly miró la copa vacía y se preguntó si se tomaba otra. No quería volver a Londres con resaca. Miró de reojo a Lucas, que estaba recostado en el sofá con aspecto de sentirse totalmente a gusto.

—¿Que te comprometiste?

Milly le mostró una mano.

—¿Qué ves?

Lucas se inclinó hacia delante y miró.

—Una mano muy atractiva —alzó la vista y se sintió encantado al ver que ella se había sonrojado.

—No llevo anillo de compromiso —dijo ella con pesar—. En este preciso momento ya debería ser una mujer casada.

—Ah…

—Y en vez de eso, aquí estoy, bebiendo un vino que no es mío, lo cual seguro que lo descubre la familia Ramos y se lo cuenta a Sandra, y abriéndole mi corazón a un completo desconocido.

—A veces, los desconocidos son los mejores oyentes.

—No me parece que seas de los que le abren el corazón a los demás.

—No es mi costumbre. Háblame de tu ex.

—No creo que realmente te interese —respondió Milly. No se imaginaba a Lucas sufriendo un trauma similar al suyo.

—Me fascinas —murmuró Lucas agarrando la botella, que había dejado en la mesita de centro.

Milly observó que la botella había dejado el cerco en la mesa y se dijo que la limpiaría antes de acostarse.

—¿En serio?

—Sí. No conozco a nadie tan abierto y comunicativo como tú.

—Supongo que es una forma educada de decir que hablo demasiado.

—También tienes un cabello precioso.

¿Flirteaba con ella? Milly decidió que de ningún modo se sentiría halagada por un monitor de esquí que probablemente se habría acostado con todas las mujeres mayores de veinte años a las que daba clase. La última vez que había trabajado en un lugar similar, las otras dos chicas que trabajaban con ella tuvieron una aventura con un monitor de esquí.

Le lanzó una mirada cínica, que no era lo que él se esperaba después de un cumplido. ¿Cómo reaccionaría si le dijera que lo que en ese momento deseaba hacer era introducirle los dedos en su maravilloso cabello?

—¿Cómo se llama tu ex?

—Robert.

—¿Y a qué se dedica?

—A acostarse con mi mejor amiga. Parece que, nada más verla, decidió que le parecía irresistible. Resultó que me había pedido que nos casáramos porque yo reunía los requisitos adecuados. Sus padres querían que sentara la cabeza y decidió hacerlo conmigo, pero solo por obligación. Pensó que sus padres lo aprobarían, como sucedió.

Suspiró y dio un sorbo a la copa.

—Me dijo que yo le caía muy bien, lo cual es la peor forma de insultar a una mujer, ya que era evidente que no lo atraía. De todos modos, debió de enamorarse de Emily, ya que se enfrentó a la ira de sus padres. Y ahora, ella llevará la vida que yo había planeado para mí.

—¿Casada con un canalla que no tardará en salir corriendo detrás de otras faldas? Yo, en tu lugar, no me compadecería mucho de mi misma.

Milly se echo a reír. Tenía razón.

—¿Vamos a ver cómo va la comida? —preguntó Lucas al tiempo que se levantaba y se estiraba.

—Sí, claro, la comida robada.

—Y voy a hacer unas llamadas para resolver lo de tu trabajo.

Milly no se había olvidado del tema, pero había decidido no volver a mencionarlo.

—¿Vas a hacer unas llamadas?

—Dos, para ser exactos.

Lucas le miró el bonito trasero mientras la seguía a la cocina. En unos minutos, ya sabía más de su vida de lo que había sabido de ninguna de las mujeres con las que había salido. Pero, claro, él no las

invitaba a hablar de sí mismas y ellas tenían claro que no debían contarle su vida.

¿Era de extrañar que se estuviera divirtiendo? Jamás se hubiera imaginado que ser monitor de esquí resultara una experiencia tan liberadora.

Volvió al salón para hacer las llamadas. Una a su madre, para decirle que probablemente se quedaría más tiempo de lo esperado; la otra a Alberto, para decirle que la chica que habían contratado había llegado y se había encontrado sin empleo, por lo que debería pagarle, ya que iba a quedarse, y que hablara con los de la agencia para transmitirles el mensaje.

Lucas podía haberle pagado él mismo, pero no veía por qué. Alberto recibía un sueldo excesivo para lo que hacía.

Volvió a la cocina justo cuando Milly servía pasta en dos platos.

—Ya está —dijo él.

Ella no había tenido mucho tiempo para reflexionar sobre la perspectiva de pasar dos semanas con un hombre al que no conocía y en una casa que no les pertenecía. El plan no tenía sentido. ¿Iban a vaciar la nevera?, ¿a beberse todo el alcohol?, ¿a marcharse diciendo adiós alegremente? Nada era gratis en la vida, y mucho menos si se prolongaba durante dos semanas.

Además, ¿y si el guapo monitor de esquí no era de fiar? No parecía violento, pero podía ser un caballero de día y un maniaco sexual de noche.

Ese pensamiento la sonrojó. Aunque fuera un maniaco sexual, a ella no la miraría dos veces. A Robert, que era guapo, pero no un adonis, no le había resultado atractiva. Eso, en su opinión, lo resumía todo.

Pero seguía dudando.

Lucas probó la pasta, que estaba tan buena como la de un restaurante. Se había preguntado si lo de «chef profesional» no sería una exageración. Pero era buena cocinera.

La curiosidad pudo más que Milly.

—¿Y bien? ¿Cómo lo has conseguido?

—Te sorprenderías de lo que logro cuando me empeño. Tienes el empleo y se te pagarán las dos semanas aunque decidas marcharte al cabo de dos días.

Milly lo miró con la boca abierta y él sonrió.

—Reconoce que te he dejado impresionada.

—¡Vaya! Debes de tener una enorme influencia en la familia Ramos.

De pronto, se le ocurrió algo que hizo que se sonrojara y mirara el plato.

—Me parece que estás pensando algo.

—¿Por qué lo dices?

—Porque te has puesto colorada, o tal vez porque tu rostro es

transparente. A propósito, la comida está deliciosa. Si no fuera porque eres pelirroja, pensaría que tienes sangre italiana.

—No soy pelirroja. Mi pelo es de color caoba —afirmó ella sin dejar de mirar el plato.

—Suéltalo de una vez.

—Probablemente no te gustará.

Él se sirvió más pasta y otra copa de vino.

—No te preocupes, no me ofendo fácilmente.

Tampoco nadie se hubiera atrevido a ofenderlo. Era una de las ventajas de ser rico y poderoso.

—¡Qué arrogancia la tuya, verdaderamente! Bueno, se me acaba de ocurrir que has solucionado la situación porque te acuestas con la señora Ramos —dijo ella de corrido. Después, contuvo la respiración esperando una respuesta.

Durante unos segundos, Lucas no entendió lo que le había dicho y, cuando lo asimiló, no supo si indignarse, reírse o mostrar incredulidad.

—Bueno, tendría sentido —apuntó ella, nerviosa—. ¿Cómo, si no, has conseguido que conserve el empleo y me paguen?

—Porque un monitor de esquí tiene mucha influencia.

Lucas no amplió esa vaga respuesta porque una cosa era no decir toda la verdad y otra mentir descaradamente a alguien que, probablemente, no había mentido en su vida.

—He ayudado a Alberto muchas veces, por lo que ha accedido sin reparos a hacer lo que le pedía. Además, nunca me acercaría a una mujer casada.

—¿Ah, no?

—Ya sé. Todos los monitores de esquí que has conocido eran amables con las mujeres con independencia de que estuvieran casadas o no.

—No tienen buena reputación —dijo ella al tiempo que lanzaba un suspiro de alivio—. Otra cosa. No suelo alojarme en una casa con alguien a quien no conozco.

Esa vez, él se indignó.

—¡Así que no solo me consideras un mujeriego que no distingue entre solteras y casadas, sino que además soy un pervertido!

—¡No! —gritó Milly.

Volvía a sentirse culpable por toda la comida y el vino que habían consumido. ¿Y si Lucas no hubiera hecho llamada alguna porque, en realidad, era un ladrón que había decidido ponerse cómodo antes de dedicarse a saquear la casa?

—¿Cómo sé que has hablado con el señor Ramos?

—Porque te acabo de decir que lo he hecho.

A Lucas, debido a la falta de costumbre de que se pusieran en duda

sus palabras, aquella conversación le resultaba cada vez más surrealista.

—Puedo demostrártelo.

—¿Cómo? —preguntó ella, aunque su instinto la llevaba a creer todo lo que él le dijera.

Lucas marcó un número en el móvil, habló en español y dejó el aparato en la mesa con el altavoz encendido.

Después, se recostó en el asiento, totalmente relajado, y habló despacio sin apartar la vista del rostro de ella, que, examinado atentamente, como él lo estaba haciendo, era extraordinariamente atractivo. ¿A qué se debía? No tenía los pómulos altos de una modelo ni el aire altanero de una niña rica, pero había en él algo obstinado aunque dulce, algo franco y directo.

Era de esas personas que no se rendían sin plantar cara.

Durante unos instantes, Lucas sintió una enorme rabia contra el hombre que la había abandonado. Casi perdió el hilo de la conversación que estaba teniendo con Alberto, que, naturalmente, había adoptado su tono habitual de sumisión.

Claro que Milly podía quedarse y que recibiría todo el sueldo. Además, no hacía falta que repusiera la comida ni el vino consumidos ni que limpiara la casa. Le ingresaría directamente el sueldo en su cuenta en cuanto le diera el número. Además, recibiría una compensación por las molestias causadas.

—Me siento fatal —fue lo primero que ella dijo en cuanto Alberto se hubo despedido después de desearle una agradable estancia y disculparse por lo sucedido.

—Eres imprevisible. ¿Por qué te sientes fatal? Creí que te pondrías a dar saltos de alegría. No tienes que volver a Londres ni arriesgarte a ver a tu «mejor amiga» ni a tu ex, ni debes preocuparte, de momento, por el dinero, ya que se te pagará. Puedes tomarte las vacaciones que deseabas sin tener que trabajar para los Ramos. Me parece que no te podían haber salido mejor las cosas y, sin embargo, parece que te han dejado sin fiesta de cumpleaños.

—No he sido muy amable con el pobre señor Ramos, ¿verdad? Había supuesto que, como tenía una lista de cien cosas distintas que debía preparar para la comida de cada uno y tantas instrucciones sobre lo que podía decir y no decir, sería una familia muy exigente. Sin embargo…

Agarró la mochila, sacó el móvil y le mandó un mensaje a Alberto con los detalles de su cuenta.

—No podía haberse portado mejor.

En un tiempo récord, recibió el mensaje de que le habían ingresado el dinero.

—Después de lo de Robbie, es agradable saber que quedan personas

decentes.

Lucas trató de no irritarse ante las estúpidas exigencias de Alberto y de su familia. Ya podía irse despidiendo de que le volviera a dejar la casa, a pesar de la relación con su madre.

—Entonces, ¿estás a punto de ponerte a saltar de alegría? Ah, no… Me olvidaba de que aún crees que soy un pervertido.

—No lo creo.

—¡Qué alivio!

—Creo que lo mejor será que recojamos y nos acostemos —propuso ella.

La montaña rusa en la que se había convertido su vida la llevaba en montones de direcciones distintas. Había pasado de estar sin trabajo y de tener que volver a Londres en el primer vuelo a tener empleo y recibir un sueldo fabuloso por pasarse dos semanas esquiando y divirtiéndose.

—¿Que recojamos?

—Que lavemos la vajilla. Aunque no sepas cocinar, seguro que puedes ayudarme a recoger la cocina. No voy a hacerlo sola, ya que ambos la hemos utilizado.

Lucas retrocedió al tiempo que se cruzaba de brazos. No había lavado la vajilla en su vida, pero comenzó a recoger la mesa mientras ella seguía lamentándose, de forma innecesaria, por lo poco caritativa que había sido con Alberto y su familia.

Lucas pensó que tenía una conciencia hiperactiva.

—Vale —dijo alzando la mano para evitar que Milly volviera a decir lo amable que había sido el señor Ramos—. Lo he entendido. Aunque la realidad es que no sabes nada de Alberto. Pero ya basta.

Se apoyó en la encimera y se cruzó de brazos. Su contribución había consistido en llevar dos platos y una copa de la mesa al fregadero.

Los hombres guapos siempre habían estado consentidos; primero, por sus madres, que les hacían todo; después, por sus novias, que hacían lo mismo; por último, por sus esposas, que tomaban el relevo de las novias.

—Ya que estás aquí, me quedaré un par de días. Podemos hablar de las pistas por las que esquiaremos.

Era evidente que ella esquiaría bien. Sería una compañera extravagante y divertida, que, además, no sabía quién era él. ¿Qué saldría de su breve e inesperado encuentro?

En su vida controlada y predecible, la perspectiva de lo desconocido era una tentación.

Sonrió y observó que ella bajaba la vista al tiempo que se ruborizaba.

Sí, sin duda, haber ido allí había sido una decisión acertada.

Capítulo 3

Se me acaba de ocurrir una cosa.

Milly había lavado los platos mientras Lucas se encargaba de la cafetera, de la que consiguió extraer dos tazas de café. Ella pensó que, si se bebía la suya, estaría despierta toda la noche. Pero a él le había costado tanto prepararlo que no se atrevió a rechazarlo.

En la vida había conocido a alguien tan incompetente en la cocina. O tan falto de interés.

Habían vuelto al sofá. Ella se sentía menos incómoda, ya que tenía permiso para estar en la casa.

—Y supongo que es algo que me quieres contar.

Milly ya lo había reprendido por no ayudar en la cocina y, después, le había soltado un sermón sobre las maravillas del hombre moderno, que compartía las tareas domésticas, cocinaba, limpiaba y daba masajes en los pies a su amada.

Él le había dicho con toda sinceridad que no se le ocurría nada peor que hacer.

—Tendría que habértelo preguntado antes, pero tenía muchas cosas en la cabeza. Debería haberte preguntado si tienes una relación con alguien.

—¿Una relación?

—¿Estás casado? —le espetó ella—. No es que vaya a cambiar nada, porque los dos somos empleados en la misma casa. Pero no quisiera que tu esposa se preocupara.

—Te refieres a que no quieres que se ponga celosa.

—Bueno, ansiosa.

Así que estaba casado, a pesar de no llevar anillo. Muchos hombres no lo llevaban. Se sintió decepcionada. Pero ¿por qué no iba a estar casado? Era tremendamente sexy y de él emanaba una seguridad en sí mismo y una arrogancia que volvía locas a las mujeres.

—Es una idea interesante. Una esposa celosa y ansiosa que se preocupa porque su amado marido está en una casa con una completa desconocida —afirmó él conteniendo la risa.

En lo que se refería a comprometerse con una mujer, Lucas era el candidato menos adecuado. Había aprendido la lección.

Había sucedido quince años antes, cuando tenía diecinueve y ya mucha experiencia, pero no la suficiente para reconocer que se la

estaban jugando. Era joven y arrogante y creía que las cazafortunas eran todas iguales: con melena, tacones altos y encantos evidentes.

Pero Betina Crew, de veintisiete años, casi ocho más que él, era todo lo contrario. Había sido una niña rebelde que acudía a manifestaciones y pretendía cambiar el mundo. Lo había seducido por completo hasta que trató de engañarlo con un falso embarazo que él se tragó. Estuvo a punto de llevarla al altar.

Fue una casualidad que hallara la caja de píldoras anticonceptivas en el fondo de un cajón, y cuando se enfrentó a ella, las cosas acabaron mal.

Desde entonces, había dejado de creer que existiera el verdadero amor desinteresado, sobre todo cuando se sabía el saldo de su cuenta bancaria.

Tal vez sus padres se quisieran de verdad, pero habían empezado desde cero hasta llegar a amasar una fortuna. Su madre seguía creyendo en el amor verdadero y no quería desilusionarla, aunque sabía que cuando decidiera casarse no lo haría porque le hubieran herido las flechas de Cupido, sino después de haber llegado a un acuerdo de separación de bienes ante un abogado.

—No, no me espera en casa una esposa celosa ni ansiosa.

—¿Y una novia?

—¿A qué viene tanto interés? ¿Me estás diciendo que hay algo por lo que una mujer debería sentirse celosa?

—¡No! —a Milly casi se le atragantó el café—. Por si lo has olvidado, he venido aquí para escapar y olvidar. Lo último que se me ocurriría es tener una aventura con alguien. Lo que pasa es que no me gustaría pensar que alguien te espera y que podría alarmarse al saber que estamos aquí los dos solos, aunque no por culpa nuestra.

—En ese caso, puedes estar tranquila: no tengo novia y, aunque la tuviera, no soy celoso ni provoco celos en las mujeres con las que salgo.

—¿Qué haces para que no tengan celos?

Ella no los había tenido de Robbie, tal vez porque lo conocía desde hacía mucho tiempo y uno no sentía celos de la gente que le era familiar. Ni siquiera había pensado en Robbie y Emily estando a solas. Sin embargo, estaba segura de que los celos atacaban al azar y no podía descartarse su existencia.

—Nunca he tenido problemas. Las mujeres conocen mis criterios y los respetan.

—Eres el tipo más arrogante que conozco —afirmó ella asombrada.

—Creo que ya me lo has dicho.

Se bebió el resto del café, dejó la taza en la mesita de centro y se levantó. Ella hizo lo propio e inmediatamente extendió la mano hacia la taza para recogerla.

Él estuvo a punto de decirle que la dejara, que alguien vendría a limpiar por la mañana, aunque luego recordó que nadie vendría.

—Voy a enseñarte tu habitación.

—Es raro estar aquí sin que esté el dueño.

Lucas se sonrojo, pero no dijo nada. Agarró la bolsa de viaje de ella y subió por una escalera de caracol que conducía al piso de arriba, donde también había enormes ventanales con vistas a las montañas nevadas.

Milly se detuvo unos segundos a contemplar la vista, que era muy hermosa. Cuando dejó de mirarla, vio que él tenía los ojos clavados en su rostro.

Se hallaba allí con un hombre al que no conocía, pero se sentía a salvo. Había algo en él que le provocaba esa sensación. Le parecía que, si una banda de malhechores, navaja en mano, entraban en la casa, los echaría sin problemas.

—No sé qué habitación te habían asignado los Ramos, pero espero que esta sirva.

Abrió la puerta y ella reprimió un grito. Era la más espléndida que había visto en la vida. Casi no quería estropear su perfección entrando. Él lo hizo y dejó la bolsa en una elegante *chaise longue* situada al lado de la ventana.

—¿Y bien?

Lucas normalmente no se fijaba en lo que había a su alrededor, pero esa vez lo hizo al ver la expresión del rostro femenino.

Él no había decorado la casa. Se lo había encargado a un famoso diseñador de interiores. La había usado unas cuantas veces, en temporada alta, cuando las condiciones para esquiar eran perfectas.

La habitación era hermosa, con el mobiliario blanco de madera de calidad y la alfombra persa. Nada desentonaba. En el sótano había una zona de spa y sauna que había usado una sola vez.

—Es increíble —afirmó Milly desde el umbral—. ¿No te parece? Supongo que tú estás acostumbrado, pero yo no. Mi piso cabría en esta habitación. ¿Es eso un cuarto de baño?

Lucas empujó la puerta y desde luego que era un cuarto de baño, casi tan grande como la habitación, que, además, tenía un pequeño cuarto de estar. Él se preguntó cómo se le habría ocurrido al decorador meter muebles allí.

—¡Vaya! —Milly entró de puntillas—. Se podría celebrar una fiesta aquí.

—Dudo que nadie lo hiciera.

—¿Cómo te muestras tan indiferente ante todo esto? ¿Es que das clases a mucha gente rica y por eso estás acostumbrado?

—He estado en muchos sitios parecidos.

Milly se echó a reír con esa risa que hacía que a él le entraran ganas

de sonreír.

—Debe de ser terrible volver a tu casa cuando acaba la temporada.

—Me las arreglo.

De repente, se sintió agotada después de las emociones del día y bostezó.

—Llevo toda la noche hablando de mí —afirmó con voz soñolienta —. Mañana puedes hablarme de ti y de la emocionante vida que llevas con los ricos y famosos.

Él salió de la habitación y ella se preparó un baño. La bañera era casi del tamaño de una piscina.

Estaba teniendo una increíble aventura y reconoció que Lucas la había hechizado de tal modo que no había tenido tiempo de compadecerse de sí misma.

Se preguntó qué haría él cuando no daba clases de esquí. Era lo bastante guapo como para ser un gigoló, pero desechó la idea en cuanto se le ocurrió.

Él le había dicho que no se acostaba con mujeres casadas, y Milly lo había creído. Le pareció que la sola idea le repugnaba. Pero se veía que era un hombre con experiencia.

Pensó en sus propias circunstancias.

En lo que se refería a su experiencia con el sexo opuesto, era prácticamente novata. No había sido una adolescente que se fijara mucho en los chicos ni que le gustara maquillarse, ponerse minifalda e ir a fiestas. Tal vez si la hubiera criado su madre, en vez de su abuela… Adoraba a su abuela, pero la diferencia de edad entre ambas no había propiciado que se hicieran confidencias y experimentaran con el maquillaje.

Su abuela era una mujer enérgica y sensata a la que le encantaba la vida al aire libre. Viuda a los cuarenta y cinco años, había tenido que sobrevivir a los duros inviernos escoceses. Le había transmitido su amor por los espacios abiertos, y a Milly, desde niña, le encantaban los deportes. Había practicado tantos como cabían en su horario escolar.

Había ido a fiestas, desde luego, pero el jockey, el tenis e incluso el fútbol, y más tarde el esquí, siempre habían sido su prioridad.

Por eso, no había conocido el enamoramiento, la angustia y la decepción adolescentes ni le habían destrozado el corazón.

¿Era esa la razón de que se hubiera enamorado de Robbie? ¿Acaso su falta de experiencia en halagos y cumplidos la había cegado ante la realidad de una relación sin base alguna? Y después, ¿se había aferrado a él porque quería estar con alguien?

A Robbie ni siquiera le había interesado mucho la parte física de la relación. Y ella no lo había presionado, lo cual debería haberla puesto en guardia.

Se durmió con imágenes del rostro moreno y sexy de Lucas. Este no iba a ser una terapia sustitutiva, pero al menos la distraería. Tal vez eso fuera lo que necesitaba: una distracción inofensiva.

A la mañana siguiente, nevaba cuando se despertó. No había corrido las cortinas, por lo que pudo contemplar el paisaje. Se moría de ganas de salir y ponerse los esquís.

Lo primero que hizo fue llamar a su abuela para decirle que había llegado bien y que se había producido un ligero cambio de planes, lo cual le permitió no tener que mentirle sobre sus nuevas circunstancias. Después mandó un SMS a sus amigos para informarles de su llegada. Nada más.

Cuando bajó, fue recorriendo la casa hasta encontrar a Lucas sentado frente a un escritorio en una espaciosa habitación. Se detuvo en el umbral y lo miró. Había papeles esparcidos a su alrededor y miraba la pantalla de un ordenador portátil con el ceño fruncido.

—Vas a decirme que no te gusta que esté sentado aquí sin que lo sepa el dueño, ¿verdad? —dijo él sin apartar la vista de la pantalla.

Había tenido tiempo de preguntarse los motivos por los que había ofrecido a Milly que se quedara. Era una joven que trataba de recuperarse de la ruptura de una relación; en otras palabras, era vulnerable. Y él no se relacionaba ni con mujeres casadas ni con mujeres vulnerables.

¿Se debía a que su presencia suponía un cambio? Era una mujer estimulante y, además, no sabía quién era él ni lo que poseía. Pero ¿era eso suficiente para divertirse con ella?

Las palabras «vulnerable» y «sufrimiento» iban juntas.

Él era inmune, pero ella no. Él controlaba totalmente su vida emocional; ella no.

Y sin embargo, le atraía la idea de pasar dos días con ella. La miraría sin tocarla. Se reprimiría, algo que no había hecho nunca, pero que estaba seguro de poder controlar.

Necesitaba olvidarse de su madre y de una exnovia que no dejaba de importunarlo hasta rayar en el acoso.

Necesitaba olvidarse de Lucas Romero. Llevaba toda la vida ocupando una elevada posición social. No sabía en qué consistía ser una persona normal.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó ella.

Seguía pareciéndole tan guapo como la noche anterior.

—Porque me parece que tienes el sentimiento de culpa muy desarrollado.

Lucas se levantó y la miró a la cara.

Milly llevaba unos pantalones de chándal y una camiseta negra de manga larga que se ajustaba a cada curva de su pequeño y atractivo cuerpo.

—¿Qué haces?

Él apagó el ordenador.

—Trabajo.

—Ah. ¿Qué clase de trabajo? Ya me acuerdo. Esto y aquello. No fuiste muy específico. ¿Cuánto hace que te has levantado?

Aún no eran las nueve, pero él parecía fresco.

—Suelo levantarme a las seis.

—¿En serio? ¿Por qué?

Él se acercó hasta situarse frente a ella, por lo que tuvo que alzar la cabeza para mirarlo.

—¿Cómo que por qué?

—¿Por qué madrugas tanto si no es necesario? Yo me quedo en la cama todo lo que puedo.

—Me gusta estar despierto el máximo tiempo posible —explicó él mientras se dirigían a la cocina. Ni siquiera se quedaba en la cama cuando estaba acompañado de una mujer, a menos que estuvieran haciendo el amor. Lo consideraba una pérdida de tiempo.

La cocina estaba como la habían dejado. Milly miró a su alrededor, consternada.

—Te has levantado a las seis, has hecho café y no te has molestado en recoger.

—¿Qué le pasa a la cocina?

—Hay que guardar los platos, pasar una bayeta a las encimeras, no has metido la leche en la nevera…

Él se encogió de hombros.

—No entiendo que haya que guardar algo que después vamos a utilizar. ¿Y para qué vamos a fregar las encimeras? Salvo que hoy no vayamos a comer…

—¿Cómo te puede traer sin cuidado la propiedad ajena? Deberías respetar lo que no te pertenece.

—Te pones muy guapa cuando adoptas ese tono de superioridad moral.

Ella se cruzó de brazos.

—Puede que creas que eres el mejor tipo del mundo y que te aburras porque no estás trabajando con la familia Ramos, pero eso no te da derecho a flirtear conmigo simplemente porque estoy aquí.

—¿Quién flirtea? Es un hecho objetivo.

—No pienso ir limpiando detrás de ti como si fuera tu criada. Voy a relajarme y a tratar de olvidar lo que me ha pasado. No quiero ponerme en estado de alerta cada vez que apareces.

—No entiendo lo que dices. ¿Qué crees que voy a hacer?

—Creo que deberíamos establecer ciertos límites.

—De acuerdo. ¿Desayunamos antes de salir a esquiar? Hace muy buen tiempo. Podemos dejar esta conversación para después.

Él observó que vacilaba, pero, al final, la idea de esquiar pudo más y sonrió. Había recuperado el buen humor.

No tenía experiencia.

Era vulnerable.

Lucas pensó que era él quien debería establecer ciertos límites y prevenirla. En lo que se refería a las mujeres, era un depredador y, por mucho que ella lo divirtiera, no quería que lo tomara por un sustituto de su exprometido. Era una peligrosa posibilidad y una complicación de la que prefería prescindir.

Horas después, al volver al chalé, el rostro de Milly estaba sofocado de felicidad.

El día esquiando había sido agotador, pero maravilloso. Hacía más de un año que no esquiaba de verdad. Lo había hecho con nieve artificial, pero nada era comparable a la sensación de euforia que se experimentaba en la cima de una montaña al contemplar aquella belleza blanca y desnuda.

Habían echado carreras. Ella era buena, pero, comparada con Lucas, que conocía aquellas montañas como la palma de la mano, parecía una novata.

Vestido totalmente de negro, gorro y gafas incluidas, estaba increíblemente sexy, y ella no había podido evitar mirarlo con frecuencia.

Habían hecho una pausa para comer en un café de la ciudad, lejos del barullo del centro, lleno de gente rica y famosa comprando en las caras tiendas que habían surgido para satisfacer sus necesidades.

Milly lo estaba pasando muy bien. Se sentía muy relajada tomándose un café y hablando a Lucas de su infancia, su amor por el deporte y su equipo de fútbol preferido. Le dijo que la había criado su abuela.

Era extraño, pero sabía que, de haberlo conocido en circunstancias normales, no se hubiera acercado a él. Pero allí, las cosas eran distintas. Se estaba recuperando de la humillación infligida y él era un oyente objetivo, ya que no la conocía.

—Las situaciones difíciles te fortalecen —había dicho él cuando ella le mencionó lo difícil que le sería volver a Londres, encontrar trabajo y otro inquilino para el piso ya que, de otro modo, no podría pagarlo.

Todo en él era sexy y, al final del día, Milly dejó de preguntarse cómo podía tener el corazón partido y, al mismo tiempo, estar abierta al alucinante magnetismo animal de Lucas.

El amor que ambos compartían por el esquí la había tranquilizado. Esquiando no se sentía inferior a las modelos que a los hombres les resultaban atractivas. Rebosaba seguridad en sí misma.

Lucas no pensaba estar más de dos días allí.

Era todo el tiempo que podía permitirse, ya que en su vida no había sitio para vacaciones improvisadas.

La inesperada presencia de Milly, su frescura y sinceridad, lo estaban ayudando a recargar las pilas.

Al llegar el segundo día, ya había decidido quedarse otros dos más. La verdad era que se estaba divirtiendo, incluso le estaba gustando la norma que se había impuesto de mirar y no tocar. Le gustaba la represión que ejercía sobre sí mismo, ya que, cuanto más veía a Milly, más quería verla. Le gustaban su sinceridad y su forma de confiar en él.

Pero se podía saltar en cualquier momento la norma de reprimirse.

Él le gustaba. Lo había detectado por la forma en que le lanzaba miradas sensuales cuando creía que él no se daba cuenta; por la forma en que se quedaba inmóvil cuando él se le aproximaba demasiado, como si ordenara a su cuerpo que no revelara lo que sentía.

Era una situación estimulante.

Le hacía pensar que llevaba mucho tiempo sin enfrentarse a un desafío.

Su determinación de tener en cuenta que a ella le habían hecho daño y su deseo de no hacérselo también él comenzaban a flaquear.

En aquel momento, ella estaba preparando algo de comer y se estaría desplazando por la cocina con una ropa que realzaría su cuerpo, que ella no tenía en mucha estimación, a pesar de que ningún hombre con sangre en las venas dejaría de apreciar los generosos senos, la estrecha cintura y las anchas caderas.

¿No le vendría bien que un hombre, un hombre de verdad, no un pelele como su ex, le dijera lo sexy que era?

¿No aumentaría su autoestima al saber lo que era sentirse deseada? Por lo que ella había dado a entender, ella y su ex iban al cine, a pasear y a comer fuera. Un cortejo la mar de aburrido, que la mayor parte de las mujeres habrían rechazado al cabo de unos días.

Pero no Milly. Y puesto que el destino los había unido por unos días, ¿no le estaría haciendo un favor al demostrarle que era deseable?, ¿que podía tener al hombre que quisiera?

Lucas hizo una lista de las razones para acostarse con ella.

Bajó, pero la cocina estaba vacía. Había una nota en la encimera en la que Milly le decía que había ido al pueblo a comprar.

Él miró por la ventana. Estaba nevando mucho y parecía que se acercaba una tormenta de nieve. La línea que separaba el esquí seguro del peligroso era muy fina, pero ella esquiaba muy bien. Era la mejor compañera que había tenido. Esperaría a que regresara y, mientras, se

pondría al día con el trabajo.

Pero no había conexión a Internet. Tampoco el móvil emitía señal alguna.

Esperó veinte minutos más y decidió ir a buscarla.

Lo más probable era que estuviera bien, pero cabía la posibilidad de que la repentina caída de nieve la hubiera desorientado, como solía ocurrirles a quienes no conocían aquellas montañas.

La experiencia no le servía de nada a un esquiador desorientado, que no conociera el terreno y reaccionara sin pensar inducido por el pánico.

Lucas dejó todo lo que estaba haciendo, se puso los esquís y salió.

Aquello era algo más que un poco de diversión durante un par de días. Deseaba a Milly. Cuando pensaba en que podía desaparecer sin que se hubiera acostado con ella…

Desechó todos los escrúpulos que lo habían retenido porque era un hombre habituado a conseguir lo que deseaba. ¿Y por qué iba a saltarse los hábitos de toda una vida?

Capítulo 4

Lucas iba más despacio de lo habitual. Conocía el camino al pueblo, pero la gruesa capa de nieve caída lo obligaba a ir con cuidado.

¿En qué demonios pensaba ella para salir así cuando cabía la posibilidad de que se perdiera?

Trató de avanzar lo más rápidamente posible buscando al mismo tiempo a alguien que tuviera problemas o que fuera a paso de tortuga mientras trataba de orientarse.

Nada.

Las pistas estaban prácticamente vacías. La temporada alta había acabado y la nieve caída había evitado que muchos esquiadores salieran.

Al cabo de veinte minutos divisó el pueblo, un conjunto de tiendas, restaurantes, bares y cafés.

No había pensado en ir allí, sino en dedicarse a esquiar y proteger su intimidad. Era un pueblo pequeño y él era su visitante más rico.

Maldiciendo en voz baja, ya que no sabía qué había ido ella a comprar cuando en la casa había comida suficiente para sobrevivir a una guerra nuclear, se resignó a buscarla de puerta en puerta.

Lo reconocieron en cuanto entró en la primera tienda y fueron parándolo mientras recorría el pueblo.

En algún sitio habría alguien con una cámara. El lugar era un imán para los paparazis.

La encontró en el último café, sentada frente a una taza de chocolate mientras contemplaba la tormenta de nieve, más fresca que una lechuga mientras él llevaba una hora buscándola.

Al entrar en el café, el dueño lo reconoció de inmediato. Ella también lo vio y frunció el ceño ante la deferencia del dueño del local, que prácticamente le hizo una reverencia al alejarse.

Lucas no le prestó atención y se dirigió hacia ella a grandes zancadas.

—¿Qué demonios haces?

—Tomarme una taza de chocolate.

—¿Eres idiota? —le espetó él, lleno de ira—. ¿No te has dado cuenta de lo que pasa ahí fuera? Vámonos ahora mismo.

—¡Ni se te ocurra darme órdenes!

Lucas se inclinó hacia ella apoyando las manos en la mesa.

El café estaba medio vacío, pero los escasos clientes habían comenzado a susurrar mientras los miraban.

¿Cómo se atrevía a darle órdenes? ¿Y aquel era el tipo que la había escuchado mientras le contaba su vida?, ¿el que le había dado pocos pero valiosos consejos?, ¿el que la había ayudado a poner en perspectiva la ruptura de su compromiso?

¿Dónde estaba aquel hombre? En su lugar, un desconocido trataba de mangonearla al tiempo que la avergonzaba ante el resto de la clientela.

—No te estoy dando órdenes, sino pidiéndote educada pero firmemente que te acabes el chocolate y que nos vayamos, a no ser que quieras pasar la noche en un hotel.

—¡No te he pedido que vinieras a rescatarme! —replicó ella, aunque sabía que Lucas tenía razón.

No se había dado cuenta de cómo había empeorado el tiempo y debería haberlo hecho, pues sabía lo que significaba por haberse criado en Escocia. Pero había estado absorta en sus pensamientos.

—Y, para que lo sepas, no estaba así cuando he salido.

Él no contestó. Se separó de la mesa creyendo que ella lo seguiría. Y fue lo que hizo.

—No he pagado.

—No hace falta —dijo el dueño.

Milly se quedó atónita.

—¿Cómo dice?

—El señor Romero es un cliente muy especial.

—¿Un cliente muy especial?

Milly estuvo a punto de soltar una carcajada mientras se preguntaba qué habría hecho un simple monitor de esquí para que lo calificaran así.

—¡Basta, Jacques! —Lucas sonrió forzadamente al tiempo que sentía la curiosidad que emanaba de ella—. Se te pagará, como es natural —se volvió hacia Milly—. ¿Has tomado algo más? ¿No? En ese caso, ponlo en mi cuenta, Jacques.

Ella salió del café detrás de él.

—Discúlpame porque hayas tenido que venir a toda prisa a buscarme —dijo ella de mala gana mientras comenzaban a subir por la colina—. Ya te he dicho que el tiempo era mucho mejor cuando he salido.

—Y cuando empeora, te quedas tan tranquila tomando un chocolate —Lucas se volvió hacia ella con las mandíbulas apretadas—. No me dedico a rescatar a personas, así que, si quieres arriesgar la vida, haz el favor de esperar a que me vaya. Entonces, podrás hacer con ella lo que quieras.

No era un comentario justo, pero no estaba dispuesto a retractarse.

Cuando se esquiaba, había que estar alerta. Un movimiento en falso y se podía poner en peligro no solo la propia vida, sino también la de otros.

—No soy responsable de ti cuando sales —observó él con frialdad.

—¡No te he pedido que lo seas! —exclamó ella enfadada.

Pero Lucas tenía razón. Debería haber estado más atenta. Se había disculpado, pero él no había aceptado sus disculpas.

¿Qué le pasaba que no entendía a los hombres? Lucas le había mostrado su lado encantador y divertido y la había cautivado y desarmado. Creía que su reciente experiencia la había endurecido y la había hecho más precavida a la hora de creerse los motivos ajenos, pero no era así.

Parecía que todo iba bien cuando ella cocinaba y limpiaba como una criada. Y cuando hablaba de sí misma, él la escuchaba, aunque, ¿qué otra posibilidad tenía cuando estaban en la misma habitación? Pero pobre de ella si creía que eso implicaba que a Lucas le caía bien.

Ella se fiaba de la gente. Siempre lo había hecho. Haberse criado en un pueblo perdido de Escocia donde todos se conocían no la había preparado para estar en guardia. ¿Cuántos desengaños se necesitaban para aprender que ser de naturaleza confiada conducía a la decepción, sobre todo con el sexo opuesto?

De vuelta al chalé, Milly fue a ducharse. Después se puso unos vaqueros y un jersey y se recogió el cabello en una trenza.

Se miró al espejo durante unos segundos.

No recordaba haber envidiado a ninguna de sus amigas de la adolescencia ni había tenido sus mismos intereses: los chicos, la ropa y el maquillaje. Le divertía la cantidad de tiempo que dedicaban a ponerse guapas y a atraer a los chicos. Le parecía una pérdida de tiempo. Sin embargo, estaba segura de que se habrían convertido en mujeres espabiladas que habrían detectado que los tipos como Robbie eran mentirosos y que los tipos como Lucas eran arrogantes y creían que podían hacer lo que quisieran con el sexo opuesto.

Lucas no era celoso ni rescataba a nadie, y habría otro montón de cosas que no sería ni haría. En realidad, hacía lo que le daba la gana sin importarle los sentimientos ajenos.

No era aún la hora de comer y nevaba copiosamente. Cuando Milly bajó, Lucas estaba en la cocina tomándose un café.

Durante el trayecto de vuelta se había refugiado en un silencio obstinado, sin mirar a Milly, mientras el funicular los transportaba a la cima de la colina. Ella no había tratado de entablar conversación ni de hacerle abandonar su mal humor.

—Tal vez debería haber sido menos… insistente —dijo mientras ella evitaba mirarlo—. Pero no conoces la zona ni lo rápidas y peligrosas que son aquí las tormentas de nieve.

Era lo más cercano a una disculpa que estaba dispuesto a ofrecerle, mucho más de lo que le hubiera ofrecido a nadie.

—¿Consideras eso una disculpa? —preguntó ella volviéndose a mirarlo.

Él también se había duchado y cambiado de ropa, pero no se había afeitado.

Tenía un aspecto magnífico, lo que hizo que se sintiera aún más estúpida al haber pensado que era un tipo agradable. ¿Desde cuándo los hombres guapos eran agradables?

—Porque, si es así —prosiguió ella al tiempo que se cruzaba de brazos—, resulta lamentable. Te he dicho que sentía no haber estado atenta al tiempo, pero he salido muy pronto para poder esquiar antes de bajar al pueblo. Y, sí, nevaba, pero no como ahora.

—No voy a discutir si debías o no esquiar con mal tiempo.

—Y… —añadió ella.

—¿Todavía hay más?

—No tenías derecho a irrumpir en el café y empezar a darme órdenes como si fueras mi amo y señor.

—No he dicho que lo fuera.

—Mi ex me tomó por una idiota y no he venido hasta aquí para que un completo desconocido prosiga donde él lo dejó.

De acuerdo, era una afirmación algo exagerada, pero cuanto más pensaba en que había creído que Lucas era un buen tipo, más crecía su irritación, sobre todo al recordar que él le había dicho que lo siguiera o que se buscara un hotel.

Lucas, por su parte, esperaba una disculpa, después de haberse preocupado porque estuviera perdida en la nieve, y, en lugar de eso, ella tenía la desfachatez de compararlo con un exnovio que se había liado con su mejor amiga.

—¿Así que ahora soy igual que el tipo que te estuvo dando falsas esperanzas antes de que lo pillaras en la cama con tu mejor amiga?

—Solo es una comparación —afirmó ella al tiempo que se servía un café.

¡Qué típico! Él era un encanto cuando ella obedecía sus normas, pero, en cuanto expresaba una opinión que no coincidía con la suya, en cuanto se plantaba y se negaba a que la tratara como a una niña, era incapaz de comprender su punto de vista.

—Es una comparación ridícula y no quiero seguir hablando de eso. Las líneas telefónicas no funcionan. Parece que me tendré que quedar algo más de lo que había previsto, por lo que podrías abandonar el malhumor, ya que el ambiente puede cargarse demasiado.

¿De verdad se había planteado acostarse con aquella mujer? ¿Había una candidata menos apropiada?

La miró con exasperación. ¿Había un ser humano más falto de

lógica y más temperamental? Estaba tan contenta hablando de su vida largo y tendido y, de pronto, explotaba como si la hubiera ofendido por haber salido amablemente a buscarla.

—Supongo que eres así con todas las que caen rendidas a tus pies —le espetó Milly sentándose a la mesa, con la taza en la mano.

—¿Quieres seguir con esta inútil discusión? ¿Cómo soy?

Se preguntó por qué seguía discutiendo cuando nada le impedía levantarse y marcharse.

—¿Cómo soy con todas esas mujeres que caen rendidas a mis pies?

No le gustaban las escenas histriónicas. De hecho, que una mujer tuviera un ataque de nervios le parecía inaceptable. Las mujeres debían ser sumisas, complacientes, una fuente de placer sin contrapartidas para descansar de la ferocidad y el estrés de la vida laboral.

Se dijo que el único motivo por el que soportaba a Milly en ese momento era porque no era su novia.

Por otra parte, tampoco tenía elección, ya que los dos estaban bajo el mismo techo.

«Pero podrías marcharte», le susurró una vocecita en su interior. Lucas no le prestó atención. No era el momento idóneo para irse.

—¡Prepotente e irritante!

—¿Me estás diciendo que te parezco irritante?

—Crees que puedes hacer lo que te dé la gana por tu aspecto.

Lucas sonrió lentamente y a ella se le aceleró el pulso.

—¿Es un cumplido?

—No. Estoy segura de que engatusas a las mujeres porque puedes.

Lucas reprimió un gemido.

—Eres como un perro royendo un hueso.

—¿Es un cumplido? —Milly lo imitó y él volvió a sonreír.

¿Cómo iba a seguir enfadada con él cuando le sonreía así? ¿Cómo iba a recordar lo arrogante y estúpido que podía ser?

Lucas ladeó la cabeza como si estuviera reflexionando sobre la pregunta.

—Posiblemente. Me sorprende que duraras en un empleo en el que recibías órdenes.

Milly lo fulminó con la mirada. Se había tenido que morder la lengua muchas veces para trabajar en una cocina calurosa, con poco personal y en la que nunca le habían dado la oportunidad de crear algo.

—Todo tiene sus ventajas —afirmó él como si le hubiera leído el pensamiento—. Puedes malgastar el tiempo compadeciéndote de ti misma y lamentando el trabajo perdido…

—¡No me he lamentado!

—Claro que sí. O puedes considerarlo algo bueno: ya no tienes que

recibir órdenes de alguien que no te cae especialmente bien en un trabajo que, de todos modos, no te iba a llevar a ninguna parte. Y volviendo a tu generalización de que engatuso a las mujeres porque puedo, creo que lo más sensato será que refute ese mito antes de que se convierta en otro motivo de discusión.

—No me interesa que…

—Pues más vale que empiece a interesarte porque, sinceramente, a mí no me interesaba oírte cuando me has comparado con el miserable que te ha abandonado.

Milly se sonrojó porque sabía que había sido injusta.

—Te has comportado de forma prepotente… —comenzó a decir con voz débil en su defensa. Pero la frialdad de la mirada masculina aumentó y se calló.

—Ya te he dicho que no me acostaría con una mujer que tuviera una relación sentimental con otro. Del mismo modo, tampoco lo haría si fuera yo el que la tuviera. La sola idea me repugna, por lo que no puedo ser más diferente del canalla con el que te ibas a casar. Cuando salgo con una mujer, ella sabe perfectamente que no voy a irme con otra ni a mirar a otra.

Milly sintió un escalofrío ante el tono posesivo de su voz. Se preguntó cómo sería que ella fuera el objeto de ese sentimiento de posesión, que aquel hombre poderoso centrase la atención exclusivamente en ella.

Sintió un cosquilleo en todo el cuerpo y la invadió una oleada de deseo.

—Y no eres celoso.

—No he tenido motivos.

—¿Porque a todas esas mujeres que corren hacia ti en cuanto chasqueas los dedos no se les ocurriría dártelos?

Pensó en cómo lo habían mirado todos en el café y en la calle.

—No, porque tengo que conocer a una que me interese lo suficiente —contestó él sin rodeos.

Agarró el móvil buscando la señal que podría aparecer en cualquier momento. Esperaba que las líneas telefónicas no tardaran en funcionar de nuevo.

Era lo que siempre afirmaban quienes eludían el compromiso, pensó Milly. A los hombres que podían tener a las mujeres que quisieran no les interesaba sentar la cabeza con una. ¿Por qué iban a elegir un solo tipo de caramelo cuando había tantas cajas de donde escoger?

Ni siquiera quería hablar con ella del asunto. Examinaba el teléfono para ver si había señal. Estaba desesperado por conectarse con el mundo real.

—¿Te aburro?

Lucas la miró.

—Eres la mujer más exigente que conozco.

Ella se enfureció.

—¿Qué quieres decir?

—¿Sigues enfadada porque he ido a rescatarte?

—Deja de considerarte un caballero de brillante armadura —le espetó ella.

Él la observó con expresión divertida.

—Veo que sigues enfadada. ¿Qué ha sido de la risueña Milly?

De repente, Milly vio con claridad lo que pensaba de ella. Mientras había hablado por los codos, confiando en él, emocionada por estar en compañía de un hombre que la escuchaba y que la hechizaba con su oscura belleza, él no había estado igual de embelesado, sino todo lo contrario. Ella solo lo había divertido con su alegre personalidad.

Dolida, apartó la vista.

—Disculpa —dijo él con aspereza—. Además de ser arrogante, a veces me comporto como un hombre de las cavernas.

Como ella no decía nada, le puso un dedo en la barbilla y la obligó a mirarlo.

Milly abrió mucho los ojos y sintió que se derretía. Apenas podía respirar. Separó los labios, los pezones se le endurecieron y sintió humedad entre las piernas.

—Vaya, ten cuidado al mirar así a un hombre —afirmó él con brusquedad. Pero no retiró el dedo.

Hacía tiempo que el deseo se le había batido en retirada. La historia con su ex le había dejado un amargo sabor de boca y se había sumergido en el trabajo porque le suponía un alivio ante las quejas y exigencias de una mujer que no quería dejarlo en paz.

Milly, en su cándida ignorancia de su verdadera identidad, con su naturaleza abierta y confiada y su risa fácil, había despertado su interés, a pesar de que se habían producido situaciones que hubieran hecho retroceder a cualquier otro.

—Olvídalo. No me interesa.

Se apartó y se puso de pie.

—Solo por curiosidad, ¿cuándo vas a marcharte?

Lucas oyó el zumbido del móvil, lo que indicaba que las líneas se habían recuperado. La normalidad se restablecería en veinticuatro horas. Aquel interludio acabaría y volvería a su vida controlada y predecible.

De todos modos, ¿desde cuándo le gustaban las sorpresas?, ¿desde cuándo le interesaba explorar algo que no se le presentara de forma predecible?

¿No había estado ya antes en aquella situación? ¿No había salido escaldado?

—Me lo estoy pensando.

—Entonces, sugiero que cada uno vaya a lo suyo. Si salgo a esquiar, espero que no mandes un equipo de rescate a buscarme si me retraso un par de horas.

Lucas negó con la cabeza al tiempo que cerraba los ojos.

—Exigente y cabezota.

—¿No será porque no me hace gracia que me pongas en ridículo en público?

Iba a seguir haciéndole reproches, pero el móvil le comenzó a pitar con la llegada de todo tipo de mensajes.

Furiosa, se dirigió a la ventana. La tormenta daba muestras de amainar. El azul del cielo trataba de abrirse paso. Al día siguiente, o más tarde ese mismo día, volvería a haber buenas condiciones para esquiar.

Y tal vez, Lucas se hubiera ido.

Se dijo que sería lo mejor. Necesitaba tiempo para pasar el duelo por la pérdida de su relación con Robbie. En circunstancias normales, si la familia Ramos se hubiera presentado, habría estado ocupada, aunque eso no la hubiera distraído de sus pensamientos.

Lucas lo hacía. Apenas se había acordado de Robbie. De hecho, cuando trataba de pensar en él, la imagen de un hombre más moreno, alto y delgado se superponía a la suya.

Lucas hablaba por teléfono a toda velocidad. Parecía que en aquella zona lo conocían bien. Era un hombre con contactos.

—Me has preguntado cuándo me iría —dijo Lucas— y te he dicho que lo estaba pensando.

Milly se dio la vuelta mientras sentía que la tensión crecía en su interior.

—No me importa quedarme aquí sola —dijo sin vacilar.

—Pero ¿no tendrías, entonces, que reprimir tus deseos de aventura? Dime qué planes tienes para cuando te vayas de aquí. ¿Vas a quedarte las dos semanas o a volver a Londres y a empezar a buscar a otra compañera de piso? Y si no la encuentras, ¿qué harás?

Milly frunció el ceño, sorprendida ante el giro de la conversación.

—Me lo estoy pensando —lo imitó.

Él sonrió.

—Siéntate. Quiero hablar contigo.

—¿De qué?

Él no respondió, sino que se dirigió al sofá sin que su expresión revelara nada de lo que pensaba.

Las noticias volaban. Solo hacía una hora que había estado en el pueblo y parecía que el mundo entero lo sabía.

Su espacio de libertad había desaparecido, lo cual le suponía un problema.

Apretó los labios al pensar en la serie de mensajes que había

recibido y que habían estado a la espera de que se reanudara el servicio.

—¿Qué posibilidades tienes de encontrar trabajo en cuanto vuelvas a Londres? —preguntó mientras se recostaba en el sofá sin que su rostro revelara el impreciso plan que le rondaba por la cabeza—. ¿En el terreno de la restauración? Supongo que habrá trabajo en hamburgueserías, pero también supongo que no serán tu sitio preferido.

—Sinceramente, no creo que mi futura búsqueda de trabajo sea asunto tuyo.

—Además, hay el pequeño detalle de tener que pagar el alquiler sin tener empleo. Es difícil, a no ser que tengas mucho dinero ahorrado. ¿Es así?

—No es de tu…

—Incumbencia. ¿Era eso lo que ibas a decir?

—¿Qué pretendes, Lucas? De acuerdo, no tengo mucho dinero ahorrado, pero dispondré de lo que ganaré durante estas dos semanas.

Frunció el ceño y se preguntó cuánto duraría aquello. ¿Por qué le lanzaba la realidad a la cara? ¿No tenía corazón?

—No te llegará para nada. El coste de la vida en Londres es astronómico.

—¿Cómo lo sabes? —masculló ella, aunque él no hizo caso de la interrupción.

—Supongo que, en todo caso, podrías volver a Escocia, con tu abuela. Veo, por lo pálida que te has puesto, que la idea no te atrae mucho.

—¿Por qué me haces esto?

—¿El qué? —preguntó él con un aire inocente tan falso que ella apretó los dientes.

—Restregarme mis problemas por las narices. ¡Ojalá no hubiera confiado en ti!

—No lo estoy haciendo.

No he venido aquí a… a…

—¿A enfrentarte a esa cosa tan molesta que se llama realidad?

—Eres una persona horrible.

Claro que tendría que enfrentarse al problema acuciante de cómo iba a sobrevivir sin trabajo y, probablemente, sin casa. Pero había optado por dejarlo a la espera durante unos días hasta que hubiera resuelto el tumulto emocional en el que se hallaba, cosa que, pensándolo bien, estaba llevando a cabo satisfactoriamente.

—Hay un motivo para que te recuerde los problemas a los que te vas a enfrentar.

Lucas se inclinó hacia delante apoyando los antebrazos en los muslos. No sabía por dónde empezar. Ella lo miraba con los labios

apretados y una expresión apagada ante la realidad que le había puesto delante de los ojos.

—¿Que es…?

—Que es que estoy a punto de rescatarte. De hecho, estoy a punto de ofrecerte un abanico de tentadoras posibilidades. A cambio, solo tendrás que hacerme un pequeño favor.

Capítulo 5

Milly lo miró sin entender. Se preguntó si bromeaba, si se estaba riendo de ella para vengarse de la bronca que le había echado.

Desechó la idea. Estaba muy serio. Y aunque su instinto le decía que a Lucas no le gustaban las broncas, también le indicaba que no era de esos que haría cualquier cosa por vengarse de algo tan tonto como que ella le hubiera hecho reproches.

Se los hubiera merecido o no. En aquel caso, se los había merecido.

—¿Tentadoras posibilidades? —Milly rio suavemente—. ¿Te encuentras bien, Lucas? ¿Cómo vas a hacer eso?

Deseó que la dejará de mirar con aquella calma mortal.

—Tal vez te sorprenda un poco lo que te voy a decir.

—Entonces, no me lo digas. Detesto las sorpresas. Nunca son buenas.

—Soy de la misma opinión —murmuró él, momentáneamente distraído.

Se levantó y ella siguió el movimiento fluido de su largo cuerpo. Se acercó a la ventana y contempló el paisaje. Incluso de espaldas, ella notó que no lo veía, que estaba distraído.

Él se dio la vuelta y sonrió al ver que ella lo miraba.

—No soy quien crees que soy.

Milly pensó que no lo había oído bien. Lo miró con la boca abierta, sin decir nada, esperando que le explicara su enigmática declaración.

Lucas se tomó su tiempo. Caminó lentamente hacia ella sin dejar de mirarla a los ojos.

—Antes de que tu enfebrecida imaginación me asigne el papel de maniaco homicida, estate segura de que no se trata de eso.

Se sentó y siguió mirándola con aire reflexivo, sopesando las opciones de que disponía para explicarle quién era y lo que quería de ella. Y por qué. Aunque le desagradaba profundamente tener que justificar sus decisiones, en aquel caso, no tenía más remedio.

—La familia Ramos… Esta casa, todo lo que hay en ella no les pertenece.

—Por favor… —Milly enarcó las cejas en un gesto de incredulidad —. No sé qué pretendes, pero sé que son los dueños. Te olvidas de que fue Sandra quien me contrató para trabajar para ellos. Me dio todo tipo de detalles. ¿Vas a decirme que se lo inventó? Además, te olvidas

de que el señor Ramos me paga por estar aquí.

Lo miró con expresión de triunfo y de pena a la vez porque le hubiera dicho semejante mentira. Después sonrió condescendiente.

Lucas no se alteró.

—Claro que te paga —afirmó desechando el detalle como si careciera de importancia—. Te paga porque le ordené que lo hiciera.

—¿Que le ordenaste que lo hiciera? —Milly soltó una carcajada—. Creo que deliras. Sé que te crees alguien por el hecho de trabajar para gente rica que besa el suelo que pisas. Sobre todo las mujeres. Pero, a fin de cuentas, no eres más que un monitor de esquí.

—No exactamente.

Milly prosiguió sin hacerle caso.

—Es como si yo dijera que tengo un restaurante de tres estrellas Michelin cuando resulta que trabajo en la cocina de un hotel de Londres.

—Trabajabas —le recordó Lucas rápidamente—. Recuerda que ahora estás desempleada.

—No se me ha olvidado —replicó ella apretando los dientes—. Y sigo sin saber qué pretendes.

Lucas suspiró y agarró el ordenador que estaba en una mesita a su lado.

Se sorprendió al darse cuenta de que llevaba mucho tiempo sin pensar en el trabajo. De hecho, tenía un montón de correos electrónicos que leer en los que no había pensado. Estaba claro que reprimirse ante un atractivo miembro del sexo opuesto influía en su capacidad de concentración.

Encendió el ordenador y, cuando halló lo que buscaba, lo giró hacia ella.

Milly miró a Lucas con escepticismo. ¿Nunca se alteraba? Siempre era la viva imagen de la tranquilidad: ya fuera sacándola de un caro café, consiguiendo que se quedara en el chalé o contándole una sarta de mentiras sobre su capacidad de influencia.

—No sigas sentada ahí. Acércate al ordenador para leer lo que aparece en la pantalla.

Finalmente, ella se levantó y se sentó en el sofá a leer su extensa biografía.

Lucas la observó. Su rostro pasó de estar tranquilo a mostrar asombro y, por último, incredulidad.

Milly volvió a leer el artículo en el que se enumeraban sus logros, desde títulos universitarios a adquisiciones de empresas. También hablaba de la fortuna y privilegios de la familia en la que había nacido.

El artículo era el resultado de una entrevista personal que tuvo lugar después de su desgraciada experiencia con su prometida. Fue

muy brusco con la rubia periodista que la llevó a cabo.
Pero ella no se inmutó. Se le hacía la boca agua y cruzó y descruzó las piernas tantas veces que él le preguntó si necesitaba ir al servicio.
A pesar de su grosera conducta con ella, en el artículo lo describía como un dios. Todo por su dinero. ¿Había algo en el mundo que tuviera mayor capacidad de persuasión?
—No lo entiendo —dijo Milly.
—Claro que lo entiendes.
—No me digas lo que entiendo y lo que no —le espetó ella.
Aunque lo entendía perfectamente.
—Entonces, ¿no eres monitor de esquí?
—No.
—Es decir, me has mentido.
—Yo no lo llamaría así.
Él había esperado sorpresa e incredulidad por su parte, ya que el monitor se había transformado en multimillonario. También había supuesto que, ante su nuevo estatus, ella le sonreiría sumisa. En su lugar, lo miraba con cara de pocos amigos y los ojos brillantes de ira.
—Pues yo sí.
Milly se esforzó en contener la ira.
¿Cómo se había atrevido a tratarla como a una idiota?
—Supusiste cosas falsas y decidí no aclarártelas.
—Puede que en tu mundo sea un comportamiento aceptable. En el mío, se llama mentir.
Se levantó de un salto y se acercó a la ventana. Después volvió con los brazos en jarras.
—¡Me marché de Londres para huir de una canalla y me encuentro con otro que también me engaña!
—¡Que sea la última vez que me insultas comparándome con tu ex!
—¿Por qué? ¡Parece que tenéis muchos rasgos en común! ¿Por qué no me dijiste quién eras?
«Porque», pensó él, «me gustaba la novedad de estar con alguien sincero; porque en un mundo que es sinónimo de precaución y sospecha, era un alivio no tener que vigilar cada frase que decía, no tener que aceptar la adulación instantánea sin saber si es genuina o derivada del conocimiento de a cuánto asciende mi fortuna».
—Cuando eres tan rico como yo, debes tener cuidado.
—Es decir, que yo podía haber sido alguien que fuera tras tu dinero.
—Más o menos.
La miró con frialdad. Ella estuvo a punto de pegarle.
¿Cómo seguía allí sentado mirándola sin parpadear después de reconocer que le había mentido, como si le pareciera aceptable?
Aunque…
Lucas era multimillonario. Su fortuna, su poder y su influencia

carecían de límites. Ella entendía que la sospecha fuera su compañera habitual.

—Te compadezco —afirmó ella con desdén.

Él se puso rígido.

—No sé si quiero que me expliques por qué.

Nadie lo había compadecido en su vida o, si lo había hecho, lo había ocultado. El dinero provocaba la reacción opuesta. Y el dinero unido a la belleza, que era algo que sabía que tenía, sin vanagloriarse de ello, se convertía en un instrumento aún más persuasivo para obtener respuestas serviles de los demás, sobre todo de las mujeres.

La examinó con detenimiento. Era tan volátil e impredecible como un volcán a punto de entrar en erupción.

—¿Cómo sabes cuándo a alguien le caes bien por ti mismo?

—A eso me refería. Pero antes de que nos desviemos más, te he revelado esto por un motivo.

Milly se quedó inmóvil. Por supuesto que lo había. Si no, él se habría marchado al cabo de dos días y ella no se hubiera enterado de nada.

Pero, antes de que se lo explicara, le preguntó algo que la había estado inquietando.

—En el café, me pregunté por qué el dueño estaba tan deseoso de agradarte, por qué me dijo que no me iba a cobrar.

Él se encogió de hombros con elegancia.

—Aquí me conocen, a pesar de que no vengo con frecuencia.

¿Qué habría pensado de ella, que había hablado sin parar y creído que era monitor de esquí? Milly supuso que la habría tomado por una loca que hablaba por los codos y que había arruinado su descanso.

—¿Por qué viniste aquí?

Lucas vaciló. Estaban teniendo aquella conversación por el mismo motivo por el que había decidido ir al chalé.

—Todos necesitamos un descanso —afirmó él con suavidad—. Alberto y su familia no iban a venir, así que decidí que unos días esquiando me vendrían bien. Y, para que lo sepas, la familia Ramos iba a alojarse aquí porque quería hacerle un favor a mi madre. Alberto trabaja para mí.

—Por eso conseguiste que me pagara estas dos semanas de vacaciones. Lo único que tenías que hacer era descolgar el teléfono, decírselo y él obedecería. ¿Es así tu vida, Lucas? ¿Chasqueas los dedos y los demás se ponen firmes y obedecen?

—Es un buen resumen.

Milly se preguntó cómo no se había dado cuenta del aura de poder que lo envolvía, esa que tienen los muy ricos.

Aunque tal vez la hubiera notado, pero, dada su naturaleza confiada, la había arrinconado en su mente y había creído lo que él le

había dicho: que era instructor de esquí.

Quizá un día se levantara por la mañana y se percatara de que la gente no solía ser lo que decía.

—Siéntate, Milly.

Lucas esperó a que lo hiciera en el sofá. Lo miraba con desconfianza y había dejado de sonreír. Pensó que, dijera lo que dijera, solo lo consideraría eso: otro hombre más que le había mentido.

Apretó los dientes. Por primera vez, le resultaba difícil hacer caso omiso de las emociones ajenas. Sin embargo, los hábitos de toda una vida acudieron a rescatarlo de su malestar temporal.

El cinismo era sano porque te preparaba para las adversidades de la vida. En el futuro, ella le estaría agradecida por haber hecho que su burbuja explotara.

—Te he dicho que he venido porque necesitaba un descanso, lo cual es verdad en parte. Dirijo innumerables empresas en innumerables países. Tengo miles de empleados de los que soy responsable.

Ante aquel cúmulo de revelaciones, ella comenzó a desfallecer. Era un hombre que gobernaba el mundo, alguien que pasaba por allí de vez en cuando para esquiar cuando necesitaba relajarse, que tenía aquel maravilloso chalé de montaña que solo utilizaba unos días al año. Estaba segura de que tendría una casa en cada país para usarlas cuando le conviniera.

—¿Por qué dices que es verdad en parte que has venido aquí a relajarte? ¿Qué otra razón hay?

—Tengo problemas con una ex.

Como no estaba acostumbrado a explicar su comportamiento, no se sentía a gusto al hacerlo.

—A ver si lo adivino. Tu ex no está dispuesta a serlo. ¿Se había hecho a la idea, la pobre mujer, de que te haría sentar la cabeza?

A Lucas se le hacía difícil calificar a Isobel de «pobre mujer», ya que era cualquier cosa menos una damisela engañada e impotente a la que habían destrozado el corazón. Era una elegante modelo, de duro carácter, que había aprovechado el hecho de ser una conocida de la madre de Lucas. Sus padres habían conocido a los de él. Ambas familias vivían en Madrid y se movían en el mismo círculo social.

La relación se había interrumpido al morir el padre de Lucas, pero ella había hecho lo imposible por restablecerla durante los seis meses que había durado su relación, con la esperanza de que él creyera que había algo más entre ellos de lo que realmente había. No lo había conseguido, pero ella se negaba a dejarlo en paz.

—Mi relación con Isobel no era de las destinadas a durar.

—¿Nunca querrás sentar la cabeza? ¿Cómo es ella? —preguntó Milly con curiosidad—. ¿Iba tras tu dinero?

—Cualquier mujer sabe que conmigo tiene el futuro asegurado.

Incluso las que son ricas. Tengo influencia y contactos. Les ofrezco un estilo de vida que a la mayoría le resulta irresistible.

—¿Qué estilo de vida?

—¿Qué quieres que te diga, Milly? Puedo ir a los sitios donde solo van los ricos y famosos. No se trata únicamente de poder gastar y comprar de forma ilimitada, sino de conocer a personas famosas y a gente que aparece en las revistas.

—Me parece horrible.

—¿Lo dices en serio?

—¿Estar expuesto cada minuto de tu vida?, ¿vivir en una casa de cristal donde todos te pueden ver?, ¿tener que vestirte de gala cada noche para acudir a acontecimientos sociales?, ¿asegurarte siempre de que compras en los lugares adecuados y te mezclas con las personas correctas, aunque sean superficiales y aburridas? Yo lo odiaría.

Por eso había sido un soplo de aire fresco para él. El anonimato le había hecho vislumbrar lo que sería ser un hombre sin cinismo. Aunque este se hallaba tan incrustado en su interior que nunca podría arrancárselo. Además, aquella imagen de libertad se había esfumado.

La miró y se preguntó si diría lo mismo si la introdujeran en esa vida de glamour y riqueza que afirmaba odiar. Era fácil rechazar lo que nunca se había experimentado.

—El hecho es que Isobel continuó insistiendo en que podíamos salvar nuestra relación y seguir adelante. Cuando, finalmente, ha aceptado la idea de que hemos terminado, ha decidido vengarse. Cuando fui al pueblo, me hicieron fotografías.

—¿Fotografías?

—No seas tan ingenua, Milly. Los paparazis siempre están a la caza de fotos de famosos. En realidad no sé si fueron ellos quienes me fotografiaron o alguien que me reconoció. O tal vez la esposa de Alberto dijo a alguien que contó a otro que estaba en el chalé contigo. Al habernos hecho una foto juntos, la historia se ha consolidado. Supongo que alguien que conoce a Isobel se la ha enviado a su red social y de ahí…

—Perdona, pero me he perdido. ¿De qué historia hablas? No hay ninguna historia, a no ser la del monitor de esquí que no lo era.

—¿Volvemos a lo mismo?

—De acuerdo, dime a qué te refieres —dijo ella.

Lucas tenía razón. ¿Qué iba a ganar con volver sobre lo mismo? Le había mentido porque no se fiaba de nadie, sobre todo de las mujeres. Y aunque le dijera cien veces que le resultaba insultante y ofensivo, él se limitaría a encogerse de hombros y a creer que su punto de vista era inferior al suyo.

—Isobel se ha enterado de algún modo de que estoy aquí contigo.

—No estás conmigo —le rebatió ella al tiempo que se sonrojaba

ante lo que implicaba esa afirmación.

—Estoy seguro de que lo sabe. Pero es una mujer despechada que cree que merezco que me haga un poco de daño. Como no puede tenerme, ¿por qué no hacer de mi vida un infierno, enseñarme la lección de que, a la hora de romper, es ella la que decide hacerlo?

Milly frunció el ceño, llena de confusión. A pesar de que Lucas dominaba a la perfección el idioma, no se estaba expresando con claridad.

—Hay algo más. Otra de las razones de mi estancia aquí es alejarme de mi madre. Ha estado enferma y, desde que la operaron con gran éxito, no deja de decir que le queda poco tiempo de vida.

—Lo siento. A veces pasa eso con las personas mayores. A mi abuela la operaron de la cadera hace dos años y, aunque corre montaña arriba más deprisa que una cabra, sigue creyendo que una mañana se despertará y no podrá ponerse de pie. Perdona la interrupción. ¿Qué tiene que ver tu madre en esto? No tengo ni idea de qué hablas. Lucas.

—Isobel —dijo él esforzándose en contener la ira— ha enseñado a mi madre la foto o las fotos que nos hicieron en el pueblo y le ha dicho que tenemos una relación sentimental.

Lucas se sonrojó al recordar cómo se le había disparado el deseo al mirarla. Era cierto que había sopesado la idea de llevársela a la cama. ¿Se habría manifestado esa idea en su expresión cuando le hicieron la foto? ¿Acaso la cámara de un idiota lo había pillado desprevenido con una mirada que podía ser malinterpretada?

A Milly se le desencajó la mandíbula. No sabía si horrorizarse o echarse a reír. Aunque no, no debía reírse. Él estaba muy serio. Si se reía, no la acompañaría.

—Pero eso es ridículo.

«¿Quién en su sano juicio creería que estamos unidos sentimentalmente?», pensó.

—Llevo aquí dos días —prosiguió—. ¿Cómo va a creerse alguien que tenemos una relación sentimental? Además, estoy aquí pare recuperarme de un desengaño amoroso. Recuerda que iba a casarme hace menos de un mes.

—Isobel ha contado a mi madre que probablemente nos conozcamos de antes. Sabe lo que pienso de un compromiso a largo plazo porque se lo he contado, y también sabe que no quiero, bajo ningún concepto, verme inmerso en una situación que haga creer a mi madre que voy a abandonar mi vida de soltero.

—¿Qué opinas sobre el compromiso a largo plazo?

—Ahora no, Milly. De momento, te basta con saber que no forma parte de mi estilo de vida.

Milly soltó una carcajada.

—¡Es que no me lo imagino! No te imagino entrando de incógnito

en mi minúscula vivienda para consolarme por la ruptura. No eres un hombre que pase desapercibido. Y después, ¿qué? ¿Planeamos encontrarnos aquí en secreto con la ayuda de Sandra? No cuadra. Cualquier imbécil se daría cuenta en unos segundos —dejó de reírse —. Pero ha sido una sucia jugada. Supongo que se había enamorado de ti. Pobre mujer.

Lucas enarcó las cejas, desconcertado.

—Iré al grano. Por lo que le ha contado Isobel, mi madre tiene la impresión de que vamos a casarnos. ¿Cómo, si no fuéramos en serio, según mi ex, estaría con una mujer tan distinta de las que me suelen gustar?

—¿Cuáles te suelen gustar?

Ella misma se contestó la pregunta antes de haber terminado de formularla. A un hombre como él, increíblemente guapo y rico, solo le gustaba un tipo de mujer, del que ella no formaba parte.

—No, no me respondas. Te gustan las que parecen modelos. Seguro que Isobel es alta, delgada, con el tipo de una modelo.

—Es modelo.

—Así que se le ha ocurrido el hábil truco de enseñar a tu madre una foto de mí, bajita y rellenita, porque, ¿cómo, si no fuéramos en serio, estarías conmigo en la misma habitación? ¿No es así?

—Más o menos. Y mi madre se ha tragado todo lo que le ha contado.

—¿Sabes una cosa, Lucas?

Milly respiró hondo, maravillada ante lo complicada que se le había vuelto la vida desde que Robbie había entrado en ella, antes tan agradable y tranquila. Y, por si fuera poco, el destino había decidido continuar donde Robbie lo había dejado y la había llevado hasta un hombre que la miraba con atención.

—Creo que voy a tomarme un descanso con respecto al sexo masculino, que tal vez sea permanente. De todos modos, no sé por qué me cuentas todo esto. Lamento que tu madre crea que has encontrado el amor de tu vida, pero tendrás que decirle la verdad.

—Hay otra posibilidad…

Se levantó y se estiró por haber estado sentado demasiado tiempo, cuando lo que hubiera querido era moverse, deambular por la casa para calmar su inquietud.

—¿Cuál?

Milly lo miró con recelo mientras caminaba por el amplio espacio. Todo suyo. Aún se le hacía difícil aceptar que todo aquello le pertenecía.

—Estás sin blanca, sin trabajo y lo más probable es que cuando vuelvas a Londres te encuentres tus posesiones en la acera frente a la que era tu casa.

—Mi casero no me haría una cosa así —apuntó ella con frialdad—. Los inquilinos tenemos ciertos derechos.

—No tantos como el casero, cuyo principal derecho es que se le pague el alquiler.

Se paró para mirarla, y ella alzó la cabeza para hacer lo propio.

—Esto es lo que te propongo. Te contrato durante dos semanas, tres como máximo, para que hagas el papel de mi futura esposa. Nos alojaremos en casa de mi madre, que no está muy lejos de Madrid, y allí romperemos nuestra relación. Mi madre se entristecerá, pero lo superará.

Lanzó un suspiro sin dejar de mirarla.

—Normalmente no me tomaría tantas molestias, pero ya te he dicho que ha estado enferma y que, mentalmente, todavía no se ha recuperado. No quiero contarle una sarta de mentiras que la enfadarán y confundirán, sobre todo por lo mucho que desea que siente la cabeza. Le daré lo que quiere, y cuando vea que soy una persona imposible, entenderá que el matrimonio no entre en mis planes en el futuro.

—Y esto es lo que obtendrás a cambio: una cantidad sustancial de dinero, unas vacaciones de lujo pagadas en España y, después, te buscaré un buen empleo en uno de los tres restaurantes que poseo en Londres y te prestaré uno de los pisos de la empresa durante seis meses, hasta que encuentres una vivienda para alquilar. Fuera lo que fuera lo que ganaras en tu anterior trabajo… Digamos que te lo cuadruplicaré.

—Y a cambio, tendré que mentir a tu madre.

—Yo no lo veo así.

—Y supongo que también a mi abuela. Porque ¿qué voy a decirle cuando no vuelva a Londres? Gracias, Lucas, pero no.

Capítulo 6

Entonces, ¿cómo, solo día y medio después, se hallaba sentada en un lujoso avión privado que se dirigía a Salamanca?

A su lado, Lucas estaba absorto en la pantalla del ordenador.

Ella suspiró. Sabía por qué estaba allí: porque era demasiado buena, una característica que era prima hermana de la de ser confiada, que le había hecho creer que un multimillonario con avión privado era monitor de esquí y que el canalla de Robbie estaba enamorado de ella.

—Suspiras. No me digas que has cambiado de opinión.

Lucas cerró el portátil y se recostó en el amplísimo asiento, que era una de las muchas ventajas de tener un avión propio: disponer de todo el espacio que necesitara.

La miró. Ella llevaba el pelo recogido, pero, como siempre, algunos rizos le caían, rebeldes, sobre el rostro.

—¿Qué harías si te dijera que lo he hecho? Estamos en pleno vuelo. ¿Me echarías del avión? Sigo sin creerme que sea tuyo.

—No recurro al uso de la fuerza, Milly. Y me estoy cansando de oírte decir que no te crees que soy rico.

—No me eches la culpa. No conozco a muchas personas que tengan un chalé de montaña y un avión.

—Supongo que debiera estarte agradecido porque hayas dejado de sermonearme por ser un canalla mentiroso como tu exprometido. ¿Por qué suspiras? Si queremos representar aceptablemente el papel de enamorados, sobran los suspiros tristes.

Milly volvió a suspirar, en respuesta, mientras miraba distraídamente el hermoso rostro de Lucas, que la contemplaba con cierta impaciencia.

—No me has dicho por qué eres contrario a sentar la cabeza.

—Es verdad, no te lo he dicho.

—¿Por qué? Yo te he contado montones de cosas sobre mí. Lo menos que podías hacer es darme información sobre ti. ¿O se supone que soy tu novia y no sé nada de ti?

Lucas se quedó callado durante unos segundos.

—No cuento cosas sobre mí.

—Y yo no finjo ser quien no soy.

—¡Qué cabezota! —masculló él—. Muy bien. De joven, tuve una mala experiencia. Una hermosa chica me hizo creer todo lo que había

planeado, incluyendo un falso embarazo. Solo le interesaba mi dinero. Eso me hizo decidir que, a partir de entonces, el único compromiso a largo plazo que tendría sería con el trabajo. Aprendo rápido de los errores y no vuelvo a cometerlos.

—¡Qué horror! ¿Cuántos años tenías?

—No quiero seguir hablando del tema.

—¿Cuántos?

Él, irritado, negó con la cabeza.

—Diecinueve.

—Así que ¿has dejado que una mala experiencia de joven te arruine la vida adulta?

—¿Arruinar? No es la palabra adecuada. Yo diría «afectar». Ya te he dicho que aprendo de los errores.

—Pero ¿y si un día te enamoras?

—No está previsto. Y vamos a dejarlo ya, Milly.

—Tampoco estaba previsto que yo fuera a mentir a gran escala, y aquí me tienes.

Mentir no estaba en su naturaleza, pero se hallaba inmersa en la mayor mentira de su vida, y todo porque se había imaginado a la madre de Lucas frágil, vulnerable y muy triste y decepcionada al enterarse de que había sido víctima de las mentiras de la exnovia de su hijo.

Sabía por experiencia propia el daño que hacían las mentiras. También sabía que los seres humanos se volvían ciegos en lo referente a la salud. Si a alguien recientemente atropellado por un autobús se le preguntaba cómo estaba y respondía que bien, el ciudadano medio se lo creería.

Asimismo, era muy probable que el ciudadano medio subestimara el impacto de la decepción en una persona anciana y enferma. ¿Quién sabía cómo reaccionaría Antonia, la madre de Lucas, si descubría que le habían mentido? Todo el mundo sabía que el estrés mataba.

Sin embargo, si ella se daba cuenta por sí misma de que Lucas no era adecuado para Milly, el final de su supuesta relación no sería un drama tan grande.

Y desde luego que no estaban hechos el uno para el otro, sobre todo después de lo que él le acababa de decir.

Además estaban las ventajas que harían mucho más llevadera la situación en que se hallaba: trabajo y alojamiento asegurados.

Podría tranquilizar a su abuela diciéndole que su vida había recuperado la normalidad.

—Supongo que a tu madre no le gustaría que no estuvieras dispuesto a casarte con tu novia y supongo que no sabe nada de tus traumas.

Quería saber más, ya que estaban de camino hacia territorio

desconocido y comenzaba a ponerse nerviosa.

—Mis traumas… Tienes una forma de expresarte… Mi madre quiere que siente la cabeza, pero, a pesar de eso, se dio cuenta de que Isobel no era la candidata ideal para ser mi esposa.

—¿Por qué?

—Porque Isobel es una mujer de la jet set, no el tipo de mujer hogareña que se queda en casa a esperar a su esposo. Supongo que es lo propio siendo una modelo. Te tratan como a una diosa, cuando en realidad solo eres una cara bonita.

—¿Una mujer de la jet set?

—Sí, a la que le gusta desmedidamente el oropel, el glamour y ser el centro de atención de las cámaras.

—Es el tipo de mujer con el que sueles salir.

—¿A qué viene este interrogatorio, Milly?

—A que estoy nerviosa.

La forma en que Lucas había descrito a su ex era un buen ejemplo de que se relacionaba con mujeres con las que no corría el peligro de querer comprometerse, con las que solo tenía sexo.

—Piensa en la recompensa que obtendrás y los nervios desaparecerán. Hazme caso.

Milly frunció el ceño porque, por maravillosa que fuera la recompensa, no era la razón de que hubiera aceptado participar en aquella ficción. Cuanto más se acercaba el avión a su destino, más se preguntaba si había sido una buena idea seguir su impulso de hacer lo correcto.

—No he accedido debido a la recompensa.

Lucas enarcó las cejas y le sonrió con expresión incrédula.

—¿Me estás diciendo que la única razón de haber accedido a fingir que eres mi prometida es que te da pena mi madre, una mujer a la que ni siquiera conoces?

—Más o menos.

—Esa es una bonita expresión. Está abierta a toda clase de interpretaciones opuestas.

—A veces me sacas de quicio, Lucas.

Deseó que volviera a ponerse a trabajar con el portátil y dejara de prestarle atención, porque se sentía acalorada y molesta.

Como no había metido en la maleta ropa adecuada para temperaturas cálidas, llevaba una camiseta térmica, unos vaqueros, calcetines gruesos y zapatillas deportivas. Le picaba todo el cuerpo.

—Lo único que intento es… Me pregunto qué hay que hacer para fingir ser alguien que no eres.

—¿Te refieres a ser alguien que tiene una relación sentimental conmigo?

—Nunca he hecho una cosa así. No me gusta engañar a los demás.

No me parece honrado y, lo creas o no, a pesar de que la recompensa hará mi vida mucho más sencilla cuando vuelva a Londres, lo hago porque no me gusta pensar que tu madre está llena de esperanza y que se va a llevar una cruel decepción. Sinceramente, me resulta imposible creer que alguien sea capaz de mentir de esa manera a alguien que acaba de estar enfermo solo para vengarse porque la has abandonado.

Milly suspiró.

—¿Le ha gustado a tu madre alguna de tus amigas?

—No que recuerde.

Y eso no le había preocupado hasta que ella había comenzado a decirle que debía sentar la cabeza porque no sabía cuánto tiempo más seguiría viviendo.

Sabía lo que su madre pensaba de las mujeres de su vida, de la sarta interminable de modelos que sonreían como tontas y se adaptaban a sus necesidades. A él le daba igual. Bastante tenía con el estrés que le generaba el trabajo para tener que añadir el de una novia exigente. Pero su madre no era de la misma opinión.

Milly, por el contrario, era una mujer normal y espontánea. Si no fuera porque él sospechaba de todos, se creería que hacía aquello por bondad. Era una persona íntegra, pero él nunca la consideraría como posible compañera para toda la vida. Si alguna vez decidía casarse, lo haría con alguien que concibiera el matrimonio como él, con alguien que no necesitara su dinero, que entendiera la fragilidad de la institución y que aceptara que el matrimonio tenía más posibilidades de tener éxito si se consideraba un acuerdo comercial.

Si su madre veía por sí misma lo inadecuado que su hijo era para una mujer como Milly, y para todas las que se la parecieran, no solo aceptaría la ruptura de la relación, sino que entendería que sus sueños sobre el enamoramiento y las relaciones románticas no eran los de Lucas.

—Mi madre cree firmemente en el amor y en los finales felices —afirmó con cinismo—. Se casó con el hombre del que se enamoró en su adolescencia. Mis padres siguieron juntos y enamorados hasta que él murió. Tiene la esperanza de que yo continúe la tradición, pero no ve que pueda hacerlo en brazos de las modelos con las que salgo.

—No hay nada malo en creer en el amor y en los finales felices. Por una mala experiencia no puedes renunciar a ellos.

—Me sorprende que digas eso después de lo que te ha pasado.

Pero no le sorprendía. Ella era una romántica sin remedio que alimentaba en secreto sueños de ser llevada al altar vestida de blanco; que deseaba probar sus habilidades culinarias en su propia cocina mientras sus hijos correteaban a sus pies.

Era la clase de mujer que su madre imaginaba para él, precisamente a la que él jamás se acercaría porque ya había tenido suficiente de

aquella tontería del amor.

—Solo porque me hayan decepcionado…

—Te ha abandonado un tipo para irse con tu mejor amiga.

Milly se puso colorada hasta las orejas.

—No hace falta que me lo repitas.

—La realidad es la que es.

—Si con eso quieres decir que, porque la realidad es la que es, debo dejar de creer en el amor y el matrimonio, prefiero no enfrentarme a ella.

—Pues teniendo en cuenta que no me interesan ninguna de las dos cosas, será fácil demostrarle a mi madre lo incompatibles que somos.

—Si tan incompatibles somos, ¿cómo es posible que tengamos una relación? —preguntó ella en tono cortante—. Tengo el corazón destrozado y me siento vulnerable después de la ruptura de mi compromiso. Y tú apareces en mi vida y decides que soy la mujer adecuada para ti, a pesar de ser la última con la que te relacionarías sentimentalmente. ¿Cómo puede ser eso, Lucas?

—Ya te he dicho que a mi madre le gustan los cuentos de hadas.

—Entonces, no te conoce.

—¿Es que no puedes aceptar nada sin tener que ponerlo en tela de juicio?

Lucas negó con la cabeza al tiempo que suspiraba con una mezcla de irritación y resignación.

—La gente cree lo que quiere creer incluso cuando tiene delante pruebas de lo contrario. Mi madre cree en el amor, así que no le parecerá raro que me haya enamorado perdidamente de ti.

—¿Sabe lo de tu experiencia con esa chica? Un error disculpable debido a tu juventud.

—¿Es esa tu forma de analizar la experiencia? —él la miró con impaciencia y ella le devolvió la mirada sin pestañear—. Me estoy arrepintiendo de habértelo contado. No, no lo sabe, lo cual me lleva a mencionarte dos normas básicas que debes respetar.

¿Qué necesitaría un hombre como Lucas para enamorarse perdidamente? A alguien increíble. Y esa persona existía, aunque él no lo creyera. Sus padres se habían querido, y los de ella también. Durante su infancia, no se cansaba de ver fotos de los dos juntos ni de oír lo que le contaba su abuela sobre su relación y su amor, que nunca había desfallecido.

Tal vez por eso se había convertido en la persona que era: idealista y llena de esperanza de encontrar un día al hombre ideal.

Era inconcebible que alguien como Lucas, cínico y hastiado, se sintiera atraído por ella; tan inconcebible como que ella, optimista y romántica, se sintiera atraía por él.

—Dos normas básicas —repitió él haciéndola volver a la realidad.

—Dime.
—Regla número uno: es importante recordar que esta simulación es temporal.
Milly lo miró con los ojos como platos.
—Ya lo sé.
—Con eso quiero decir que no empieces a pensar cosas raras.
—¿De qué demonios me hablas?
De pronto, cayó en la cuenta. Él la miraba sin pestañear.
—Ah, ya entiendo —dijo lentamente mientras se sonrojaba y el corazón comenzaba a latirle a toda velocidad—. No quieres que crea que este juego es real. Eres de lo que no hay. ¿Crees sinceramente que soy tan estúpida como para enamorarme de ti? Sobre todo después de lo que me has dicho.
—¿Cómo dices?
—Crees que porque eres guapo y tienes mucho dinero eres irresistible. Y puede que lo seas para todas esas modelos a las que les gusta colgarse de tu brazo y que les saquen fotos. Pero hablaba en serio cuando te dije que no se me ocurría que pudiera haber nada peor. Sobre todo con alguien que considera el matrimonio una transacción comercial.
—¿Estás segura? —preguntó él, nada acostumbrado a la crítica.
—Muy segura. Un hombre como tú no me interesa. Estoy segura de que tienes magníficas cualidades… —hizo una pausa al tratar de imaginar cuáles serían. Ciertamente, no la sensibilidad ni la reflexión.
«Aunque», le susurró una voz interior, «¿no demuestra su actitud hacia su madre que dichas cualidades existen bajo su fría y dura fachada?».
—Me gustan los hombres cariñosos, abiertos y divertidos.
—¿Sí? Pues, aunque te resulte sorprendente, ninguna mujer de las que ha estado conmigo se ha quejado de falta de diversión.
—No hablo de sexo —respondió ella con desprecio al tiempo que se sonrojaba.
¿Qué sabía ella de sexo? No había tenido montones de pretendientes que hubieran intentado llevársela a la cama. Había habido hombres interesados, desde luego, e incluso había salido con un par, pero no había resultado nada de todo ello. No era lo suficientemente inteligente para emplear los trucos que la mayor parte de las mujeres usaban, los que atrapaban a los hombres. Aunque tampoco había querido atrapar a aquellos con los que había salido brevemente.
Se preguntó cómo reaccionaría Lucas si supiera que era virgen.
¡Una virgen y un vividor! ¡Menuda pareja!
—Hablo de un hombre cariñoso y entregado que comparta mi sistema de valores, que desee lo que yo deseo: amor, amistad y una compañera de por vida.

—¡Qué emocionante! —exclamó él con sequedad—. Te olvidas de la pasión. ¿O es que no entra dentro de la amistad y la unión de por vida? Da igual, ya me hago una idea. En ese caso, no tendrás que fingir. Supongo que nuestras personalidades enfrentadas serán suficientes para demostrar a mi madre que nuestra relación no está destinada a durar.

Se encogió de hombros e hizo una mueca.

—No dejes de decirle lo que piensas de mí —añadió.

—Lo haré, no lo dudes. Y otra cosa.

El avión comenzó a descender preparándose para aterrizar.

—No vengo preparada con ropa para el tiempo que haga aquí. No esperaba venir a España.

—Aunque no te lo creas, también aquí hay tiendas. La ropa forma parte de tu sueldo.

—No me parece bien.

—Entonces, podemos llegar a un acuerdo para que me devuelvas el dinero, aunque querrás empezar a trabajar en Londres antes de comenzar a transferir dinero a mi cuenta por unas cuantas prendas.

—No sabes lo irritante que puedes llegar a ser.

—Esa es una de las cosas que puedes decirle a mi madre que te desagradan de mí. Aunque, no sé cómo reaccionará al ver que una mujer que está conmigo dice lo que piensa. Recuerda que acaba de recuperarse de un infarto cerebral.

—¿Es que ninguna decía lo que pensaba de ti?

—Sinceramente, no. Pero tú vas a compensarlo.

El avión aterrizó suavemente. Dejaron de hablar mientras desembarcaban. Un coche con chófer los esperaba.

Era por la mañana temprano y hacía fresco. A ella le vino bien la ropa que llevaba, pero, al montarse en la limusina, se dio cuenta de que no encajaba. Seguro que había un determinado tipo de ropa para viajar en ella, que, desde luego, no era la que llevaba puesta.

Aunque a la madre de Lucas no le gustaran las modelos, estas encajaban con las limusinas, con las casas caras y los aviones privados.

De repente, tuvo un ataque de timidez, una característica que la había acompañado toda la vida.

Aunque la madre de Lucas soñara con que su hijo encontrara una mujer práctica y buena, se daría cuenta enseguida de que esa clase de mujeres no estaba diseñada para vivir a lo grande.

Lucas tenía razón: ella no tendría que fingir porque era imposible que su madre no se percatara de que formaban una pareja mal avenida. No engañaría a nadie. Tendría que limitarse a ser ella misma.

Iba a ser una pequeña aventura, nada por lo que angustiarse. La vida le había ofrecido una oportunidad e iba a aprovecharla.

¿Cuándo volvería a hallarse en aquella situación, libre de toda responsabilidad, sin nada ni nadie que la esperara en Londres?

Apoyó la cabeza en el asiento y cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos y miró a Lucas, él la estaba mirando. Tenía los ojos más oscuros que cupiera imaginar y unas pestañas que ya desearían muchas mujeres. La perfecta y hermosa simetría de su rostro delgado lo haría demasiado guapo si no fuera por su potente y poderosa fuerza, que lo convertía en un macho alfa cien por cien.

Era ridículo pensar que pudiera tener una relación sentimental con ella, ni siquiera que se dignara a mirarla. Pero durante unos segundos, Milly se imaginó cómo se sentiría si la tocara, si la sedujera con su voz aterciopelada, si le acariciara el cuerpo desnudo.

Ahogó un grito al sentir humedad entre las piernas y un cosquilleo que se le inició en los senos y se le extendió por todo el cuerpo hasta sofocarla.

Fue una reacción física tan inesperada y poderosa que la dejó mareada y sin fuerzas. No recordaba haber sentido nada igual con Robbie. Era consciente de su cuerpo de un modo nuevo: quería que se lo acariciaran y que le aliviaran el cosquilleo que sentía entre las piernas.

Apartó la vista del rostro masculino, mortificada ante la posibilidad de que él le hubiera leído el pensamiento, y más mortificada aún cuando recordó que le había dicho que no pensara cosas raras.

—¿Cuánto falta para llegar a casa de tu madre? —preguntó, ya que hablar tal vez la distrajera de lo que le estaba ocurriendo.

Algo más de una hora. Una hora sentada al lado de él, tratando de dominar sus pensamientos; una hora fingiendo que no observaba la fuerza musculosa de sus brazos y sus muslos, la longitud de sus dedos, la sensualidad de su boca, el modo en que la envolvía su voz, con la suavidad del mejor de los chocolates.

Las confusas sensaciones que experimentaba le demostraron de forma concluyente su falta de experiencia con el sexo opuesto. Y para colmo, ni siquiera podía fiarse del sentido común para que le indicara el camino correcto porque, de otro modo, no estaría sentada allí, apretada contra la puerta del coche para que hubiera el máximo espacio entre ambos y parloteando como la tonta del pueblo porque era mejor eso que un tenso silencio.

Al cabo de media hora sabía más cosas de Madrid que de su propio pueblo, porque no había dejado de hacer preguntas a Lucas. Al acercarse a Salamanca podría haber hecho un doctorado sobre el tema.

La madre de Lucas tenía una casa allí y otra en Madrid, para cuando le apetecía ir de compras o ir a ver a sus amigos.

—Tranquila —le dijo Lucas—. No vas a meterte en la boca del lobo.

—No lo pensaba —mintió ella.

—Claro que lo pensabas. Por eso no te has dado un respiro desde que me has pedido que te haga una guía verbal de Madrid y sus alrededores. Si estuviéramos otra hora en el coche, probablemente tendría que ampliarla al resto de España, porque crees que hablar te calma los nervios.

—No estoy nerviosa. Hemos llegado al acuerdo de que ninguno de los dos tiene que fingir ser distinto de lo que es.

—Estás nerviosa. Tranquilízate.

Lucas la agarró suavemente por la barbilla para que dejara de mirarlo y mirara hacia delante, a la mansión a la que se aproximaban.

—Hemos llegado.

Milly se quedó con la boca abierta. La casa, blanca y de tejado rojo, estaba rodeada de árboles, flores y arbustos. El cielo, de un azul intenso, resaltaba el color de las flores. Parecía una postal.

Frente a la puerta se hallaba una mujer alta, apoyada en un bastón. Llevaba el cabello negro recogido y su rostro era hermoso.

—No sé por qué mi madre no deja que abra una de las doncellas —apuntó él.

Pero había afecto en su voz, y Milly tuvo una vívida imagen del niño que se ocultaba en el hombre, del ser confiado bajo la fachada cínica y dura del adulto que controlaba un imperio. Quería a su madre y, durante unos segundos, Milly se sintió completamente feliz por haber accedido a participar en aquella farsa.

—Probablemente se muera de ganas de verte.

—De vernos.

La limusina se detuvo. Cuando bajaron, ella sintió el peso de su brazo sobre los hombros.

—Al fin y al cabo, estamos enamorados —susurró él—. Al menos hasta que rompamos.

Y para demostrarlo, le acarició la nuca.

Y después, sin dejar de andar, con tanta naturalidad que a cualquiera se le hubiera perdonado por creer que lo que había entre ellos era verdad, inclinó la cabeza y la besó en la boca.

Sus lenguas se encontraron brevemente, pero fue suficiente para que el cuerpo de ella sufriera una revolución. Después, él se apartó sin dejar de acariciarle la nuca. Era el vivo ejemplo de un hombre enamorado.

No podía haber tenido más éxito en conseguir que le desaparecieran los nervios porque, ¿cómo iba a estar nerviosa por conocer a su madre cuando solo podía pensar en el beso que le acababa de dar?

Capítulo 7

AntoniA era una mujer elegante y de hablar pausado con la que Milly se sintió inmediatamente a gusto. Los condujo al interior de la casa después de que Lucas la besara en la mejilla y mientras les decía que debería estar descansando en vez de salir a recibirlos.

—Me moría de ganas de conocer a Milly —protestó al tiempo que entraban en el salón, donde una sonriente doncella esperaba tras haber servido té y pastas en la mesa de centro—. Y sé que estaréis cansados después del viaje, pero ardo en deseos de que me contéis todo sobre vuestra relación. Lo sabía. Sabía que mi hijo acabaría encontrando el amor con una mujer de verdad, no con una de esas muñecas de plástico con la que se ha pasado la vida tonteando.

Milly miró a hurtadillas a Lucas para ver cómo encajaba las críticas de su madre. Él la miró a los ojos y le sonrió.

—¿No te había dicho que mi madre no tiene pelos en la lengua?

Condujo a su madre al sofá. Ella les sirvió el té y les pasó la bandeja de pastas. Después, la doncella le sirvió refrescos y salió del salón cerrando la puerta.

Como Antonia estaba sentada frente a Milly, esta pudo examinarla a fondo. Tenía arrugas alrededor de los ojos y la boca y estaba muy delgada, pero se veía que había sido muy guapa en su juventud. No era muy mayor. A Milly le pareció que tendría unos sesenta y cinco o setenta años.

Ella se esforzaba por mantener la sonrisa alegre de una mujer enamorada mientras Lucas se servía más pastas antes de sentarse en el sofá, que era igual a aquel en que estaba sentada su madre, al lado de Milly.

—¿Qué quieres saber? Solo podrás hacernos unas cuantas preguntas, ya que debes tomarte las cosas con calma.

—Estoy sentada —replicó Antonia sonriendo—. ¿Con cuánta más calma quieres que me las tome? Por favor, no hagas lo mismo que mis amigos, que me tratan con guantes de seda desde que enfermé.

—¿Por qué no se lo cuentas tú? —Lucas retiró el cabello de la mejilla de Milly y se la besó.

Milly se quedó inmóvil. Le hubiera gustado darle un puñetazo, ya que había sido él quien la había metido en aquel lío. Era injusto que la dejara sola para que se inventara una mentira con visos de realidad.

Antonia la miraba expectante, por lo que Milly, contra su voluntad, se inventó un cuento de amor repentino y elevado romance. Habló de su compromiso roto como un detalle sin importancia del que afortunadamente se había librado, ya que, ¿cómo, si no, estaría con Lucas? Había sido el destino.

Antonia le habló de su maravilloso matrimonio. El destino los había unido a su marido y a ella muy jóvenes.

¿Cómo iba a resistirse Milly a hablarle de sus padres, quienes también se habían hecho novios muy jóvenes? No se resistió. Le contó que habían muerto jóvenes, pero enamorados. Y, a pesar de que le daba miedo perder a los seres queridos, ella creía en el amor con todas sus fuerzas, por muchos riesgos que implicara.

Mientras Antonia asentía, Milly recordó que no estaba allí para establecer vínculos afectivos con ella. Carraspeó y se preguntó si no debía pasar la batuta a Lucas para que siguiera con el cuento de amor.

Decidió que no lo haría porque a saber qué diría. No había abierto la boca desde que ella había empezado a hablar. Se le había cercado aún más para… ¿qué? ¿Prolongar las falsas suposiciones de su madre?

—Aunque es maravilloso un repentino amor como el nuestro, debo reconocer que tu hijo a veces es demasiado contundente.

—¿Demasiado contundente? —repitió Antonia.

—Rayando en la arrogancia —contestó Milly al tiempo que palmeaba el muslo de Lucas sin mirarlo—. Supongo que se debe a haberse criado rodeado de lujo. En mi casa, por el contrario, había que hacer esfuerzos para llegar a fin de mes.

Dejó que Antonia llevara a cabo la deducción obvia: que Lucas y ella eran muy distintos e incompatibles en un aspecto fundamental.

A Antonia pareció haberle encantado lo que acababa de decir.

—Me alegro tanto de que hayas recuperado el juicio —afirmó sonriendo a su hijo— y de que te hayas dado cuenta de que es mucho más satisfactorio tener a una mujer de verdad a tu lado. Querida, mi amado esposo y yo tuvimos que ahorrar hasta la última moneda antes de que su carrera despegara. Te podría poner muchos ejemplos: tener que elegir entre pagar las facturas o comprar comida, sobre todo al principio, cuando le debíamos mucho dinero al banco…

—Gracias por tu ayuda —fue lo primero que Milly dijo a Lucas cuando, una hora después, los conducían a sus habitaciones—. ¿Por qué no…?

—¿Por qué no he hecho un discurso sobre los motivos por los que nuestro apasionado romance está destinado a estrellarse en el plazo de dos semanas?

Desconocía cómo se sentía Milly son respecto a su pasado. Huérfana

de niña y criada por su abuela y, sin embargo, ni una sola queja sobre su desgraciado pasado. Seguía creyendo en el poder del amor, a pesar de que el hecho de que la hubieran abandonado tendría que haberlo vuelta cínica, precavida y desconfiada. Siempre esperanzada, la eterna optimista.

Él conocía a muchas mujeres a las que la vida les había dado lo mejor, pero se quejaban continuamente.

—Es un poco pronto para mostrarle las grietas a mi madre, ¿no te parece?

Al llegar al descansillo, la doncella giró a la derecha y ellos la siguieron. Las maletas ya se las habían subido.

—Tu madre es encantadora. Será una lástima que tenga que enfrentarse al hecho de que su hijo es tan odioso que nadie en su sano juicio cargaría con él.

Lucas la miró para ver si estaba de broma, pero tenía una expresión seria y reflexiva.

—Hay veces que creo haber oído mal.

Milly se detuvo y lo miró con el ceño fruncido.

—¿Tienes idea de lo arrogante que fuiste cuando me hiciste creer que eras alguien que no eras? Aunque solo fuera la cocinera, no te diste cuenta de que debías ser sincero conmigo. Para empezar, creíste que, si sabía que eras rico, intentaría aprovecharme de ti, por lo que te dio igual ser sincero o no. Mis sentimientos no te importaron en absoluto. Sé que tuviste una mala experiencia con una mujer que iba detrás de tu dinero, pero eso no es excusa para suponer que todos forman parte de la misma categoría, que son culpables hasta que no se demuestre lo contrario.

—¿Qué tienen que ver tus sentimientos con todo eso?

—Casi ni te disculpaste por haberme engañado —respondió ella rotundamente.

—¿De dónde sacas eso? —preguntó Lucas con enfado.

—Supusiste que no pasaba nada porque haces lo que te da la gana sin ninguna consideración hacia los demás.

—¿Adónde quieres ir a parar?

Fulminó con la mirada a la doncella, que parecía contener la risa.

—Estoy anticipando…

—¿Que estás qué? No sé de qué me hablas.

—Estoy anticipando lo que sucederá cuando tu madre descubra que te has convertido en un egoísta.

—Creo que hace tiempo que se ha dado cuenta —replicó él en tono seco—. Y ya que estamos hablando de escrupulosa sinceridad y preocupación por los sentimientos ajenos, ¿le has contado a tu abuela dónde estás y por qué?

Ella se sonrojó.

—No he creído oportuno preocuparla entrando en detalles.

Aquello no iba a durar: dos, tres semanas como máximo era lo acordado. En ese tiempo, aunque aún no se hubiera producido la ruptura, habrían dejado al descubierto la falta de base de su relación.

Él creía que en ese tiempo su madre abandonaría la idea de que sentara la cabeza con la mujer de sus sueños, y cualquier noción de romance de cuento de hadas, y se resignaría a aceptar que lo que él deseaba de la vida, en el plano emocional, distaba mucho de lo que ella creía que le convenía.

Era su madre y la quería, pero, al fin y al cabo, se trataba de su vida. Aquella experiencia de inocua ficción le serviría de lección.

—Solo voy a estar aquí poco tiempo. Cuando vuelva a Londres y tenga la vida resuelta, tal vez se lo cuente.

—¿En serio crees que tendrás la vida resuelta cuando vuelvas?

—Me dijiste que…

Lucas agitó la mano para descartar sus protestas. Le había ofrecido un acuerdo formal en el que se especificaban las condiciones por escrito y lo que recibiría al final, pero ella le había dicho que no era necesario.

—No me refiero al trabajo, la vivienda y el dinero, Milly, sino a tu fe ciega en que la vida siempre te depara lo mejor.

—No tengo por qué escucharte —iba a darse la vuelta, pero él la detuvo poniéndole la mano en el brazo.

—Si hace tiempo que mi madre necesita una lección, tú debieras aprovechar esta oportunidad para aprender otra. La realidad no desaparece porque lo desees.

Le indicó con un gesto de la cabeza a la doncella, que se había apartado y miraba por la ventana para no oír la conversación, aunque Milly no creía que entendiera el inglés.

Observó con enfado que Lucas se acercaba a ella, le hablaba en español y la hacía reír. A pesar de ser una mujer mayor, de más de sesenta años, era evidente que su encanto masculino seguía funcionando con ella.

Pero él no intentaba que funcionara con Milly.

¿Cómo se atrevía a creer que sus cínicas opiniones sobre la vida podían influir en la suya?

De naturaleza plácida, Milly no daba crédito a la furia que sentía mientras seguía a Lucas sin fijarse mucho en el magnífico entorno.

En la primera planta, el pasillo conducía a distintos salones y dormitorios. Entraba mucha luz gracias a los grandes ventanales que había a intervalos regulares.

Por ellos, Milly, mientras seguía a Lucas, divisó amplias praderas y el azul brillante de una piscina.

Se detuvo detrás de él cuando la doncella entró en uno de los

dormitorios. Se cruzó de brazos. Estaba a punto de estallar de ira.

—Hay buenas y malas noticias —dijo él mientras se apoyaba en el marco de la puerta, la viva imagen de la elegancia.

—Las buenas son que el dormitorio es enorme y tiene dos sofás y dos armarios. La mala es que tenemos que compartirla.

La doncella había desaparecido. Milly miró a Lucas con las mejillas encendidas.

—Me habías dicho que tu madre no consentiría que compartiéramos habitación. Que estaba chapada a la antigua, que no había tenido relaciones sexuales antes de casarse, que, aunque sabía lo que hacías, se negaría a que lo hicieras en su casa.

—En las escasas ocasiones en que me he presentado con una mujer siempre ha creído que la mejor manera de no contribuir a una unión sin amor era colocarnos a cada uno en un extremo de la casa.

—¿Es eso lo único que se te ocurre? —bufó ella mientras su ira aumentaba un poco más.

—De momento, sí —respondió él al tiempo que se apartaba del quicio de la puerta y entraba en la suite de invitados.

—¿Qué vamos a hacer? —insistió Milly, con los brazos en jarras.

—Cierra la puerta. Lo único que nos falta es que alguien nos oiga pelearnos.

—Creía que se trataba justamente de eso.

—No el primer día. Entra y cierra la puerta, Milly.

—¡Qué autoritario eres! —masculló ella mientras entraba en la habitación como si lo hiciera en una sala de tortura.

¿Cómo iba a compartir la habitación con Lucas? ¿Y cómo podía él estar tan tranquilo cuando ella era un manojo de nervios?

—¿Quieres refrescarte? —preguntó él en tono neutro.

Le indicó con la cabeza el cuarto de baño, casi tan grande como el dormitorio, que era enorme.

—No podemos compartir la habitación.

—No voy a decírselo a mi madre todavía, Milly, así que más vale que te vayas haciendo a la idea. De todos modos, ¿qué problema hay?

—El problema es que ni siquiera te conozco…

—Pues no fue un problema cuando estábamos en Courchevel. Y francamente, gracias a la costumbre que tienes de decir lo que te da la gana y de hacer las preguntas que te parece bien, probablemente me conozcas mejor que mucha otra gente.

Era verdad, lo cual a él le produjo cierta inquietud.

—Allí no compartimos habitación, sino una casa.

—Pero ahora tienes la ventaja de saber que no soy un maniaco homicida ni monitor de esquí a la búsqueda de una mujer para llevármela a la cama.

—No he accedido a venir aquí para esto.

—¿Para qué, exactamente? —preguntó él con voz suave al tiempo que la miraba con sus ojos oscuros.

Ella sintió un cosquilleo en todo el cuerpo.

Le emergieron con sorprendente facilidad todos los pensamientos prohibidos que se le habían agolpado en la mente desde el momento en que lo vio por primera vez.

Pensamientos de que él la acariciaba, probaba su sabor; pensamientos estúpidos, producto de una mente enfebrecida y desequilibrada por el trauma del compromiso roto.

Pero ¿cuándo había sido la última vez que había pensado en Robbie? ¿Hasta qué punto estaba traumatizada por lo sucedido? Si se le hubiera partido el corazón, ¿no debería estar en un rincón lamiéndose las heridas y pensando en aquel futuro que se le había escapado?

—Piensa en lo que vas a obtener de todo esto —le aconsejó él—. Y, para tu tranquilidad, estoy dispuesto a dormir en el sofá.

Había contemplado la posibilidad de llevársela a la cama antes de que descubriera quién era realmente y lo que poseía. Pero, si lo hacía en aquel momento, ¿cuánto tardaría ella en fijarse en lo que había a su alrededor, en preguntar por el resto de casas que tenía por todo el mundo esperando a que las airearan cuando llegara el momento?

Si a una romántica confesa como ella se le añadía un corazón partido y un multimillonario con una libido sana, ¿qué salía de la mezcla?

No había que ser un genio para saberlo: complicaciones. Y Lucas prefería prescindir de ellas, sobre todo si eran de naturaleza emocional.

Por tanto, si había algo en ella que lo atraía, si había algo en su cabello indomable y su atractivo cuerpo pequeño que le despertaba la imaginación, tendría que dejarlo estar.

Aunque estaba acostumbrado a conseguir lo que deseaba del sexo opuesto, en aquel caso tenía las manos atadas y no estaba dispuesto a desatárselas para jugar con fuego.

Milly miró el sofá. Muy bien, no compartirían la cama, el lecho gigante con dosel, pero ella sería consciente de que él dormía solo a unos metros.

Eso no debería ser un problema. Era evidente que él no lo consideraba así.

—No acostumbro a compartir la habitación —protestó ella débilmente.

Él le sonrió con expresión de burla e incredulidad.

—Te ibas a casar.

Milly se puso colorada y sintió la boca seca.

—No dejas de recordármelo —apuntó ella intentando cambiar de

tema, ya que no le gustaba hacia dónde se dirigía la conversación—. Supongo que ahora comenzarás a sermonearme por no enfrentarme a la realidad, por ser una romántica sin remedio y por ocultar la cabeza bajo el ala…

Lucas la miró con los ojos entrecerrados.

—¿No dormías con tu prometido?

Vio cómo se pasaba la lengua por los labios, nerviosa. Sabía que no debía insistir en aquello porque carecía de sentido. No se trataba de un ejercicio de conocer al otro. Volvió a sentir la inquietud de poco antes porque, por extraño que pareciera, y le gustara o no, se conocían.

—No es asunto tuyo. Creo que me voy a bañar.

—Claro que es asunto mío —respondió él con una sonrisa que implicaba que sus conclusiones sobre su relación con Robbie eran correctas—. Recuerda que estamos enamorados. ¿No comparten todo los enamorados?

—Eres… eres…

Él continuó sonriendo.

—¡Ojalá nos estuviera viendo tu madre por una agujerito para que se diera cuenta de lo enamorados que estamos!

Estaba furiosa. No conocía a nadie que consiguiera enfurecerla tan rápida y fácilmente.

—O tal vez decidiera que un poco de volatilidad es recomendable cuando se trata de estar enamorados.

—Pues se equivocaría —bufó Milly. Se dirigió adonde estaba su maleta, de la que sacó algo de ropa—. Y ahora, si no te importa, voy a bañarme.

Estuvo a punto de preguntarle si no quería que se bañara con ella, pero la idea de hacerlo de verdad, de meterse en el agua caliente con ella, de enjabonarle el cuerpo y sentir sus curvas apretarse contra él, lo asaltó con la fuerza de un caballo desbocado.

—Tengo trabajo —afirmó con brusquedad—. Tómatelo con tranquilidad. La cena se suele servir a las siete y media, pronto para las costumbres españolas. Vendré a buscarte para llevarte al comedor o enviaré a una de las doncellas para que lo haga.

Milly se metió en la bañera y cerró los ojos. Después de haberla provocado y enfurecido, Lucas, de pronto, había dejado de sonreír y había cambiado de expresión sin motivo alguno. Supuso que se estaba aburriendo.

Le gustaba y le divertía provocarla, pero la diversión se le agotaba pronto porque, por muy distinta que le resultara, no tenía lo necesario para captar su atención más de cinco segundos seguidos. ¡Menos mal que todo aquello era una ficción! Nunca sería lo bastante buena para él. Daba igual que fuera distinta. Daba igual que fuera una novedad.

La cena fue fabulosa. Tomaron paella y ensalada.

Milly mencionó, como de pasada, lo asombrada que estaba por el hecho de que Lucas y ella estuvieran juntos, ya que eran muy distintos y ella era un tipo de mujer que a él podía resultarle aburrida.

Antonia sonrió y dijo que los opuestos se atraen. Puso muchos ejemplos del modo en que dos personas se complementaban al aportar características distintas a su unión.

Lucas no mordió el anzuelo y no insistió sobre ello. ¿Seguía considerando que había que esperar para empezar a mostrar a su madre las grietas de la relación?

Al pensar en el enorme dormitorio que los esperaba, Milly decidió que, cuanto antes aparecieran, mejor.

Se reafirmó en su decisión cuando, mientras tomaban café en el salón, Lucas se sentó a su lado y le pasó el brazo por los hombros. Su voz era cálida mientras jugaba distraídamente con el cabello de ella.

Antonia percibía todos los detalles con los ojos bien abiertos. Si él no se daba cuenta, Milly sí lo hacía, y fue lo primero que le dijo cuando Antonia les dio las buenas noches y los dejó solos en el salón.

—Podías haberme ayudado cuando he empezado a enumerar las razones por las que no deberíamos ser una pareja —le reprochó mientras se levantaba de un salto y se sentaba en una silla, lejos de él. A pesar de ello, siguió sintiendo el peso de su brazo en los hombros y el calor de su muslo, que había apretado contra el de ella.

—¿Has visto a tu madre? ¡Le ha parecido bonito que señalara las diferencias!

Él se encogió de hombros y Milly apretó los dientes.

Hacía tiempo que Lucas no veía tan feliz a su madre. ¿Cuánto tiempo llevaba ella albergando la esperanza de que conociera a la mujer de sus sueños y se la presentara? Solo le había comenzado a presionar después de la enfermedad, pero ¿cuánto llevaría preocupada?

—No es el momento de atacar por dos frentes.

—No se trata de atacar.

¿Por qué se ponía dramático? ¿Por qué la hacía quedar como la mala de la película cuando solo estaba allí por su culpa y se limitaba a poner los cimientos de su ruptura como le había dicho que hiciera?

—Y —prosiguió— preferiría que no te sentaras tan cerca de mí.

—¿Tan cerca de ti?

—Creo que esas demostraciones de afecto a tu madre le resultan un poco violentas.

—Vamos a dormir en la misma habitación, por lo que no creo que vaya a desmayarse si te acaricio el muslo. ¿Te ha parecido que estaba

incómoda?

—Esa no es la cuestión.

—La cuestión es que no sé de qué me hablas. No voy a sentarme en el rincón más alejado de la habitación. No sería natural. Además, no sé por qué haces un mundo de eso.

—De lo que hago un mundo —susurró ella con ferocidad ante la tranquilidad que mostraba Lucas frente a lo agitada que se sentía ella — es de que me estoy recuperando de algo horroroso, por lo que tal vez necesite más espacio físico del que me ofreces. A saber lo que pensará tu madre de mí —de pronto se le ocurrió una idea—. ¿Y si cree que soy una cazafortunas? Al fin y al cabo, apenas me abandona mi prometido empiezo a salir con un multimillonario.

Comenzó a restregarse las manos con desesperación.

—¿Y si cree que he ido a por ti? ¿Y si se imagina que soy una más de la lista de mujeres que quiere estar contigo por las ventajas que puede obtener?

Lucas enarcó las cejas y alzó una mano con firmeza para detenerla antes de que comenzara a explorar en profundidad aquel aspecto.

—No lo cree —dijo él con rotundidad—. Ni tampoco piensa que estés emocionalmente desequilibrada porque salgas conmigo justo después de la ruptura de tu compromiso.

—Eso no lo sabes.

—Claro que lo sé, y se lo he dicho a mi madre.

—¿Qué le has dicho?

—Que no pasas de un hombre a otro sin concederte una pausa para respirar. Le he explicado que no estás conmigo por despecho, lo cual, como podrás suponer, no le hubiera hecho gracia alguna.

—¿Y cuándo le has explicado todo eso? —preguntó ella francamente desconcertada.

—Durante las dos horas que estuviste en remojo en la bañera.

«Y cree que eres muy valiente», pensó sin decirlo en voz alta. «Yo también lo creo».

—¿Y se lo ha creído? —Milly lanzó una carcajada de incredulidad —. Sé que les venderías hielo a los esquimales, pero las mujeres son muy intuitivas para las cosas del corazón.

—Por eso sabe que es verdad —le aseguró él—. Te ha conocido, ha hablado contigo y sabe, como lo sabemos tú y yo, que lo que sentías por tu exprometido no era amor. Aunque seas la novia abandonada, lo cual no es muy agradable, no eres la novia del corazón destrozado. Por eso, que me digas que te sientes incómoda si me siento cerca de ti porque tienes el corazón partido, francamente, es una tontería. Tal vez tengas miedo de que esté muy cerca porque creas que voy a hacerte algo…

¿Y no lo había pensado más de una vez? Menos mal que tenía una

voluntad de hierro y la inteligencia suficiente para detectar el peligro.

—Pues no va a pasar —prosiguió él—. O tal vez tienes miedo de hacerme tú algo a mí.

Milly se puso colorada como un tomate porque lo que Lucas le estaba diciendo se le había ocurrido a ella, aunque solo fuera de pasada.

El hecho vergonzoso era que le resultaba físicamente atractivo, que había tenido fantasías estúpidas.

—Ni lo sueñes —contestó en tono seco.

No acostumbraba a jugar a aquellos jueguecitos. Era una persona sincera y nunca se había visto en una situación semejante. Era un territorio desconocido para ella, por lo que únicamente se guio por su instinto para saber que no debía mostrarle que tenía razón, que tal vez la cama la aterrorizara porque se imaginaba con extrema facilidad en ella con él a su lado.

Capítulo 8

Milly se miró en el espejo sin prestar atención a su reflejo. Pensaba en lo sucedido en la semana y media anterior.

Detrás de ella la enorme cama que la había llenado de terror era solo eso: un gran lecho.

Sus miedos habían estado injustificados, salvo en los rincones más profundos de su mente, donde se habían refugiado sus fantasías con Lucas a la espera del momento adecuado para emerger.

Apenas compartían el espacio físico de la habitación. Antonia siempre se retiraba antes de las diez, momento en el que Milly subía y Lucas se quedaba trabajando en la planta baja hasta la madrugada.

No lo veía ni lo oía cuando llegaba al dormitorio porque siempre estaba profundamente dormida. La única prueba de que él había ocupado la habitación era su huella en el sofá, ya que siempre se marchaba a las ocho de la mañana.

Era evidente que apenas necesitaba dormir. Ella, por el contrario, era muy dormilona.

Lucas dejaba siempre la ropa de cama que utilizaba doblada y metida en el armario.

Milly se había despertado dos veces con necesidad de ir al cuarto de baño, al que se había encaminado de puntillas mientras él dormía, medio desnudo, pues no se tapaba mucho con el edredón.

Verlo así solo había servido para activarle aún más la imaginación.

Ojalá aquella estúpida farsa hubiera conseguido su propósito y hubiera revelado los defectos de Lucas. ¿No debería haberse transformado ya en un pesado arrogante con demasiado dinero?

Milly suspiró y se fijó en su reflejo. El cabello parecía más indomable que de costumbre, pero ya había dejado de intentar someterlo. ¿Era aquel aspecto el que de verdad deseaba tener: mal peinada, con un vestido de tirantes y unas sandalias de tacón alto que no le gustaban en absoluto?

Lucas y ella, a petición de Antonia, iban a cenar fuera aquella noche. Antonia había hablado muy seriamente con ella para que se comprara algo bonito para la ocasión, ya que, hasta ese momento, no había ido de compras y había utilizado la ropa que había llevado.

A pesar de sus protestas, Antonia y ella habían pasado fuera buena parte del día. En Salamanca había tiendas de diseño para todos los

gustos.

Cada vez que Milly intentaba mostrar a la madre de Lucas una grieta en la relación con su hijo, ella le quitaba importancia. Parecía considerar que su franqueza era un refrescante cambio con respecto a la serie de lapas que se habían pegado a su hijo a lo largo de la vida.

Mientras tanto, en mitad de todo aquello, Milly había comenzado a observar detalles en Lucas que le estaban minando las defensas.

Era increíblemente inteligente y, aunque escuchaba los argumentos ajenos, le gustaba ganar las discusiones. En la cena, que era cuando más se veían, ya que él se pasaba el día trabajando, hablaban de todo lo habido y por haber. Antonia solía sacar un tema de conversación y todos daban su opinión.

Lucas era un hijo cariñoso sin ser condescendiente. Se le daba muy bien provocar a su madre, y a Milly se le encogía el corazón al ver la interacción entre ambos.

Estaba muy unida a su abuela, como les había dicho dos noches antes, pero ella se resentía de haberse criado sin padres. Probablemente había hablado de aquel tema por haber bebido demasiado. Incluso había llorado al final. Se estremeció al pensarlo.

Lucas también era divertido, ingenioso y muy interesante. Había viajado por todo el mundo y contaba anécdotas de lugares remotos.

El corazón se le aceleró al pensar que anhelaba estar en su compañía. Se pasaba el día en el jardín, a veces leyendo en la piscina y otras con Antonia. Pero, a las cinco era como si el cuerpo se le comenzara a desperezar y a cobrar vida.

Y eso no estaba bien.

De hecho, la asustaba, ya que Lucas se mostraba tan distante como le había prometido. Era cierto que cuando estaban juntos era la calidez y el encanto personificados, pero, en cuanto su madre desaparecía, se convertía en otra persona: controlada, fría y en cierto modo ausente.

Había dejado de sentarse tan cerca de ella en el sofá, y las demostraciones físicas de afecto, los toquecitos en los hombros, las mejillas y los brazos habían disminuido.

Milly suponía que era un modo sutil de informar a su madre que las cosas no se hallaban en el terreno del amor maravilloso y los finales felices.

¿Se había fijado Antonia? No lo sabía.

Milly había pensado en hablar del tema comenzando con vagas generalidades para después referirse a la relación de ellos dos y terminar preguntando a Antonia qué pensaba. Pero no se atrevió a hacerlo.

En aquel momento, Lucas estaba en la planta baja. Solía dejar de trabajar a las seis para hacer compañía a su madre mientras Milly se

bañaba y cambiaba.

Y cuando ella bajaba a tomarse un vaso de limonada recién exprimida, él aprovechaba para ducharse. Era una inteligente táctica de evitación en la que Antonia no parecía haber reparado.

Esa noche, Milly entró en el salón y halló a Antonia tomándose un zumo con un libro en el regazo.

Como todas las estancias de aquella maravillosa casa, aquella era luminosa, de paredes y muebles claros y contraventanas de madera para protegerla del sol en verano. Y, como en todas las demás, olía a las flores que Antonia cortaba del jardín y colocaba en jarrones por toda la casa.

—Quería ver cómo te sentaba el vestido —Antonia le sonrió y le pidió que diera un par de vueltas para apreciarlo desde todo los ángulos—. Estás preciosa.

—No estoy muy segura —contestó ella con torpeza—. No estoy acostumbrada a llevar vestidos.

—Pues deberías. Tienes un tipo perfecto para llevarlos, no como esas mujeres esqueléticas con las que salía mi hijo. Se limitaban a sonreír como tontas y a mirarse en cada espejo por delante del que pasaban. Yo le decía a Lucas que no eran mujeres de verdad, sino muñecas de plástico, y que se merecía algo mejor.

Sonrió con aire de superioridad e indicó a Milly una silla para que se sentara.

—Tenemos nuestras diferencias. Aunque creas que esas modelos no le vienen bien a Lucas, en realidad, son mucho más adecuadas para él de lo que te imaginas.

Se inclinó hacia delante y miró el hermoso rostro de la anciana que tenía frente a ella.

—Ser sincera está muy bien, pero, al final, a los hombres les ataca los nervios.

—¿Fue eso lo que le pasó a tu antiguo novio? ¿Por eso anuló el compromiso, querida?

Milly se sonrojó. Apenas le había dado detalles de la ruptura que supuestamente la había llevado a los brazos de Lucas, su verdadero amor. En aquel momento, Antonia se los pedía.

—La ruptura se produjo porque no me quería, y resultó que yo tampoco a él.

Era la primera vez que decía en voz alta lo que pensaba.

—Fui una idiota —confesó—. Me encapriché de Robbie en la adolescencia. Era el más guapo de la clase y, además, le gustaba hablar conmigo. Me pareció que era amor lo que había entre nosotros, así que, cuando se presentó en Londres y me pidió que nos viéramos, supongo que recordé lo que sentía por él, lo trasladé a la actualidad y decidí que mis sentimientos seguían intactos. Al fin y al cabo, seguía

siendo guapo. Me hizo recordar.

Y había sabido manipular sus puntos débiles en su propio beneficio. Pero había sido culpa de los dos, ya que ella se lo había consentido.

—¿Qué estaba diciendo? —preguntó mientras se contenía para no llorar.

—Decías —dijo Lucas detrás de ella— que te metiste en una desgraciada relación con alguien que no te convenía desde el principio.

Se había quedado en el umbral de la puerta sin que su madre y Milly lo notaran. No entendía por qué se había puesto tan contento al oír a esta reconocer lo que él siempre había sospechado.

Su exprometido no le había partido el corazón, como a ella le gustaba imaginar. Lucas se lo había visto en el rostro, pero era muy satisfactorio que lo reconociera.

Aunque no tenía una importancia significativa, se apresuró a pensar. Aunque ella fuera divertida, demasiado sincera y muchas cosas más de las que carecían las mujeres con las que solía salir, eso no hacía que estuviera disponible para él. Lo había estado para un simple monitor de esquí, pero no para el hombre que realmente era.

Sin embargo, todo se complicaba cada vez más.

Se aseguraba de dominar la tentación quedándose hasta muy tarde ante el ordenador, aunque solo parte de su mente estaba en el trabajo. La otra se dedicaba a imaginar a Milly en la cama, a verla como sabía que dormía por haberla contemplado: sexy y medio destapada.

Estaba seguro de que no se dormía así, de que se tapaba hasta la boca. Pero, en algún momento, cuando estaba profundamente dormida, su cuerpo buscaba sentirse más cómodo, no envuelto en el edredón como si fuera una momia egipcia.

Ella se había levantado dos veces de madrugada para ir al cuarto de baño andando de puntillas y tan despacio al pasar por delante del sofá que él había tenido que recurrir a toda su capacidad de contención para no estallar en carcajadas.

La ancha camiseta que se ponía para dormir y que le llegaba hasta medio muslo provocaba reacciones extrañas en su organismo. Aunque llevara una ropa que no le favoreciera en absoluto, su cuerpo era hermoso y sexy, sus senos prometían y sus piernas lo tentaban a descubrir lo que había entre ellas.

Se sonrojó al recordar la excitación que le habían producido semejantes pensamientos mientras se duchaba.

Se preguntó con ironía si eso era lo que sucedía cuando a un hombre que podía tenerlo todo se le negaba lo único que deseaba.

Cuando antes acabaran con aquella farsa, mejor.

Y no solo porque parecía que su madre se había enamorado de Milly.

Iban a salir esa noche los dos solos, por lo que no se andaría con rodeos.

Había llegado el momento de la verdad.

Estaba harto de pelearse con su libido. Tenía que volver al mundo de los vivos, a sus oficinas en Londres.

Para su gusto, su madre se estaba implicando demasiado en su falso romance. Y, de todos modos, ¿quién sabía si Milly no se estaría acostumbrando a la buena vida? Sin duda, era algo que había que tener en cuenta.

—¿Cuánto llevas acechándonos desde la puerta? —preguntó Milly en tono acusador.

Lucas entró en el salón y fue a apoyarse en el poyete de una ventana con los brazos cruzados.

Milly pensó que nunca lograría habituarse a su sorprendente belleza.

—No os acechaba.

El tono de su voz y de su expresión era tranquilo, pero tuvo que apartar la vista de lo senos de ella, que el fino vestido resaltaba. Por Dios, ¡ni siquiera llevaba sujetador! Rayaba en lo indecente, a pesar de lo modesto del estilo.

Había algo en la mezcla de colores que hacía que su rizado cabello destacara aún más. Y se había maquillado un poco, lo suficiente para que sus carnosos labios consiguieran distraer a cualquier hombre.

Notó que se excitaba y apartó momentáneamente la vista de ella para recuperarse, antes de dedicarse a bromear con su madre, como solía hacer. Cuanto más aumentara su deseo, más distancia tendría que poner entre Milly y él.

—Que os lleve Carlos —le dijo su madre mientras él se dirigía hacia Milly, que se levantaba en ese momento con la gracia de una bailarina de ballet.

—¿Me vas a echar un sermón sobre que no debo conducir si he bebido? —preguntó él mientras rodeaba a Milly con el brazo por la cintura, lo que era un reto para su autocontrol—. No te preocupes. Le diré a Carlos que nos lleve y nos recoja. Creo que le gusta ese bar que hay cerca del restaurante, pero tendrá que beber agua.

En cuanto traspasaron la puerta principal, él apartó el brazo y se separó de ella.

A Milly le dolió el poco interés que demostraba por ella. Se sentó en el asiento trasero después de que Carlos le abriera la puerta y no miró a Lucas cuando él hizo lo propio a su lado.

Ni siquiera le había hecho un comentario sobre el vestido, pensó ella con resentimiento. Se dedicó a mirar por la ventanilla y a contestar con monosílabos cuando él trató de conversar.

—¿Vas a decirme qué te pasa? —preguntó Lucas cuando se sentaron

a la mesa en el restaurante, que era un lujoso italiano.

—Nada.

Milly lo miró de mala gana y vio que él la miraba con ojos insondables. ¿La estaría comparando con esas mujeres que no gustaban a su madre?

—Suéltalo de una vez.

—Muy bien, lo que me pasa es que no haces ningún intento de resolver esta situación. Llevamos aquí casi dos semanas.

—No pensaba que tuvieras prisa por volver —dijo él con voz suave.

—No se trata de eso, sino de que no me gusta mentir a tu madre. Creo que estamos intimando y…

—Pues aléjate de ella. No va a sustituir a la tuya.

—No digas tonterías.

Él suspiró lleno de frustración.

—Te pido disculpas. La verdad es que creo lo mismo que tú. Ya es hora de que mi madre empiece a enterarse de que nuestra relación no va a funcionar. En primer lugar, estoy harto de dormir en el sofá. Soy demasiado alto para dormir ahí. Ni siquiera lo hacía cuando era adolescente.

—¿Nunca había dormido en un sofá?

—Nunca, pero no nos alejemos del tema. Tendremos que demostrárselo a las claras. Reconozco que soy en parte culpable.

Lo era. Había preferido disfrutar del ambiente que había en la casa, de la alegría de su madre ante su última conquista.

—Mañana nos pelearemos delante de ella. No será difícil, ya que tenemos muy poco en común.

Se encogió de hombros con la gracia informal que a ella le resultaba tan atractiva.

Milly tomó un sorbo de vino blanco. Ni siquiera se había fijado en cuándo se lo había servido el camarero.

—Si tan poco tenemos en común —se burló—, ¿cómo es que aún no nos hemos tirado los trastos a la cabeza?

Buena pregunta.

—Se llama tomar la línea de menor resistencia. Cuando mi madre está presente, lo más fácil es dejarle ver lo que quiere ver, pero tengo que volver a mi vida normal. No puedo quedarme mucho más aquí. Vendré los fines de semana, como es natural, pero debo volver a Londres. Igual que tú. ¿Le has dicho ya a tu casero que no vas a necesitar más el piso o la casa?

—La casa. Ya te lo había dicho.

—A veces me falla la memoria.

La casa en que vivía con su supuesta mejor amiga. Claro que lo recordaba, se acordaba de hasta el más mínimo detalle.

—No, no se lo he dicho al casero todavía. Puedo mandarle un

correo electrónico mañana, pero debes darme tu palabra de que no te echarás atrás sobre nuestro acuerdo. No quiero encontrarme sin un techo.

—Has hecho lo que te pedí, así que, como es natural, me atendré a lo acordado.

Pidió otra botella de vino y, cuando acabaron de cenar, se habían bebido dos y comenzado una tercera.

—¿Y sobre qué vamos a pelearnos mañana?

Milly retomó el tema del que habían hablado antes. Habían acabado de cenar y habían pagado.

Cuando se puso de pie tuvo que concentrarse mucho para no perder el equilibrio sobre aquellos tacones a los que no estaba acostumbrada.

Él la agarró por la cintura para sostenerla.

—Has bebido demasiado —murmuró.

—Tal vez podamos discutir sobre eso: que me estás convirtiendo en una alcohólica.

—Mi madre no se lo creerá.

—¿Por qué soy una chica aburrida, la vecinita de al lado?

—¿A qué viene eso? —Lucas se detuvo y la miró. Sin querer, le acarició el pelo y la mejilla.

Milly se quedó paralizada. Él la miraba y a ella le pareció que se ahogaba.

Lucas tenía razón: había bebido más de la cuenta. No podía apartar la vista de su hermoso rostro.

—Deja de mirarme así —dijo él con voz ronca.

Ella entrecerró los ojos.

—¿Cómo?

—Las vecinitas aburridas no miran a los hombres como me estás mirando.

Milly le acarició la mejilla y se quedó alucinada al darse cuenta de que era lo que llevaba queriendo hacer desde… siempre. No retiró la mano. El corazón le martilleaba en el pecho.

—No —dijo Lucas con voz temblorosa—. Vamos, Carlos nos espera.

Hablaba en serio. Por tentadora que le resultase, no iba a hacer el amor con ella. De ningún modo. La idea lo atraía y asustaba en la misma medida. Lo desequilibraba y le hacía perder el control.

—Te acostaré en cuanto lleguemos.

Ella asintió y lo agarró del brazo.

—Dime qué defectos vas a achacarme —lo animó, soñolienta y totalmente despierta a la vez.

Percibía todo con enorme claridad: el olor de Lucas, el tacto de la chaqueta de lino, la forma en que su pecho ascendía y descendía al respirar…

—Siempre he creído que está bien tener algunos defectos —añadió

ella.

Lucas no pensaba. Carraspeó, cambió el peso de una pierna a otra y trató de mover a Milly, aunque sabía que no era lo que realmente deseaba.

—No es algo que haya oído decir con frecuencia —apuntó en tono seco.

—Supongo que has oído lo que le he dicho a tu madre sobre Robbie, que me encapriché de él en la adolescencia. Era muy interesante cuando era joven.

—Pues ahora lo es mucho menos —le recordó él—. De hecho, es un pringado.

—Supongo que es lo que todo el mundo te parece comparado contigo —murmuró ella al tiempo que lo miraba a los ojos.

Contuvo la respiración y el ritmo del corazón le disminuyó. El tiempo pareció detenerse.

El beso lo pilló desprevenido. Milly se puso de puntillas para besarlo, y fue tan dulce e inocente que lo desarmó. La lengua de ella le sondeó tímidamente los labios, como una pluma que se los rozara.

Él se estremeció y reprimió un gemido.

—Esto no forma parte del trato —murmuró.

—Ya lo sé. Pero ¿recuerdas esos defectos que me gustaría tener? Uno de ellos es dejarme ir, no tomar a los hombres tan en serio.

Le recorrió la mandíbula con el dedo y percibió que, en contra de su voluntad, él deseaba más, lo que le confirió una enorme sensación de poder.

Se montaron en el coche y, cuando él pulsó un botón para que un cristal opaco los separara de Carlos, ella sonrió.

Así que la gran ruptura comenzaría al día siguiente. Y, poco después, ella estaría de vuelta en Londres, de vuelta a la realidad.

Pero, en aquel momento, su realidad era aquella, así que ¿por qué no aferrarse a ella con ambas manos? Si él la rechazaba asqueado, pues muy bien, aunque en su fuero interno presentía que no lo haría.

—Ves a un hombre y ¿qué te pasa? ¿Quieres casarte con él? —preguntó Lucas.

—Veo a un hombre y empiezo a preguntarme si encajaría conmigo a largo plazo —lo cual, hasta el momento, le había salido bastante mal—. La cosa es más o menos así: «Hola, ¿cómo estás? ¿Qué te parece tener una gran familia?».

Él se estremeció y se echó a reír.

—Sí, ya sé. Estás horrorizado. Supongo que saldrías corriendo si una mujer te hiciera una pregunta similar. Como una vez entregaste el corazón y te equivocaste, no vas a volver a hacerlo.

—Así es, pero eso no lo menciones delante de mi madre cuando nos peleemos, porque tal vez no sea de mi misma opinión.

—No le diré nada que pueda darle una impresión errónea sobre nosotros —apuntó ella.

Tenía un nudo en la garganta. No quería pensar en marcharse.

Lo que quería era…

Puso su pequeña mano sobre la gran mano masculina y la guio hasta su seno.

—¡Eh, Milly, no! No sabes lo que haces…

Pero no apartó la mano. Sintió su redonda plenitud y deseó mucho más. Su excitación era tan grande que apenas podía moverse.

—Sé perfectamente lo que hago. Por primera vez en la vida, sé lo que hago —insistió ella mientras se desabotonaba los dos primeros botones del vestido para permitir que él accediera mejor. Y le encantó lo que sintió.

—Dentro de unos días me iré y no volveremos a vernos. Y despiertas en mí…

—¿El qué, Milly?

Estaba muy bien dotada. Si Carlos no estuviera en el asiento delantero conduciendo lentamente, sin importarle en absoluto lo que pasaba detrás de él, la hubiera poseído en el coche.

—Curiosidad —confesó ella con la sinceridad que formaba parte de su personalidad—. Despiertas en mí curiosidad.

Capítulo 9

La enorme cama que le había servido de escondite durante casi dos semanas parecía haber aumentado de tamaño y ocupar todo el espacio de la habitación. Era lo único que Milly era capaz de ver.

Le ardía todo el cuerpo.

«Sexualmente atrevida» era una descripción que nunca se le podría haber atribuido. La realidad era que no le molestaba su falta de experiencia en ese terreno. Había besado a algunos chicos y se había conformado con dejarlo ahí. Sin embargo, en aquel momento, se le ocurrían muchas posibilidades.

—Esto no es buena idea.

El sentido común luchaba por imponerse en la cabeza de Lucas, pero reconoció que simplemente se trataba de un débil intento de retrasar lo inevitable.

Ya se había quitado la chaqueta y había metido las manos debajo del polo para quitárselo. Respiraba rápidamente mientras la miraba, sin atreverse a acercarse más, porque, si lo hacía, el sentido común no tendría ninguna posibilidad de prevalecer.

—¿Por qué no? —preguntó Milly con imprudente abandono. Dio dos pasos hacia él.

No habían encendido al luz, por lo que solo la pálida luz de la luna que entraba por la ventanas iluminaba la habitación. El hermoso rostro masculino era una mezcla de sombras y ángulos en el que brillaban los ojos, que la miraban mientras, nerviosa, avanzaba hacia él.

Él también estaba nervioso. Era increíble.

—¿No te gusto ni un poquito? —preguntó ella poniéndole la mano en el pecho.

—¿Por qué me preguntas esa estupidez?

Puso la mano sobre la de ella y la guio hasta la dureza de su masculinidad.

Milly se estremeció. Estaba tremendamente excitada, hasta tal punto que se olvidó de estar asustada, ya que iba a ser su primera vez. Con dedos temblorosos, le bajó la cremallera de los vaqueros y oyó que él contenía el aliento de pura satisfacción.

Ella se había arriesgado, estaba preparada para aceptar que la rechazara porque su desvergonzado deseo requería ser satisfecho antes

de hacer las maletas y marcharse. Sentir su excitación era la prueba de que él también la deseaba, aunque no creyera que fuera una buena idea.

Con un gruñido de impaciencia, Lucas se quitó el polo y dejó al descubierto un cuerpo moreno y musculoso tan perfecto y exquisito como todo lo demás de él.

Con la respiración entrecortada, Milly le acarició el torso deteniéndose para trazar círculos alrededor de los oscuros pezones.

—Se supone que somos amantes —lo miró con una sonrisa irónica —. ¿No?

—¿Cómo es que no has sentido antes esta urgente necesidad de tocarme?

—¿Quién dice que no la he sentido?

Lucas esbozó una sonrisa triunfal. El sentido común salió volando por la ventana y comenzó a desabotonarle los botones del vestido sin prisas hasta haber abierto la mitad de la prenda, lo que le permitió vislumbrar sus suaves senos.

—No llevabas sujetador —murmuró con voz ronca—. Fue lo primero en que me fijé cuando te vi esta noche.

—No tenía ni idea de que te hubieras fijado en lo que llevaba puesto, teniendo en cuenta que no hiciste comentario alguno.

—Es que me quedé sin habla.

Milly sonrió.

—Y lo único que pensé —prosiguió él— fue en lo mucho que deseaba hacer lo que estoy a punto de realizar.

Le agarró las hombreras del vestido y se las bajó hasta que sus ojos contemplaron con deleite sus senos.

Milly se quedó totalmente inmóvil porque fue lo único que se le ocurrió para no colocarse el vestido en su sitio. No quiso pensar en todos los bellos cuerpos que él habría visto y en que el suyo no era uno de ellos.

—No digas nada —le pidió ella.

—No me será difícil. No tengo… —le rodeó un pezón con el dedo y ella se estremeció—. No tengo palabras.

—No soy alta ni delgada. Soy bajita y rellenita. Lo siento.

Lucas la miró atónito al oírla denigrarse de aquel modo.

—Es lo más ridículo que he oído en la vida.

—Gracias.

Aunque fuera una tonta romántica, también podía ser realista, y lo era lo bastante para saber que lo que él veía era la novedad de un cuerpo y de una personalidad diferentes a aquellos a los que estaba acostumbrado.

Pero no era el momento adecuado de hablar de ello. Era mejor dejar las cosas como estaban.

Ella se dirigió con paso vacilante a la cama y él la siguió después de sacar un preservativo de la mesilla de noche.

—Quítate el vestido —dijo él—. No, mejor, déjalo caer. Sí, así. Quiero verte.

Se sentó a horcajadas sobre ella, que se había tumbado, y se limitó a mirarla. Se quitó los vaqueros y le gustó el modo en que ella apartó la vista de su excitada masculinidad para volver a mirarla después.

—Puedes tocarme —dijo él con una voz que le costó reconocer.

Milly tragó saliva y le tiró de los boxers hacia abajo. Su miembro era tan impresionante y grande como el resto de él. Lo tomó con la mano y dejó que actuara su instinto.

Al principio entrecerró los ojos, pero luego los abrió y miró el brillante glande que tenía en la mano y, llenándose de valor, se sentó y lo tomó en la boca.

Probó su sabor y sintió que él se estremecía y se arqueaba hacia atrás al tiempo que le introducía los dedos en el largo cabello. El sabor salado de él era afrodisíaco y le produjo oleadas de placer.

Gimió cuando él la apartó. Tenía las braguitas húmedas a causa de la excitación y se retorció para quitárselas. Después abrió las piernas.

—Estás ardiendo por mí —afirmó Lucas mientras la exploraba con los dedos.

Ella contuvo la respiración cuando dio con el dulce botón y comenzó a acariciárselo suave y persistentemente. Arqueó el cuerpo, extasiada como nunca en la vida.

Pero no quería alcanzar el clímax. No de aquel modo.

Lo atrajo hacia sí y lo besó. Y fue hermoso. La lengua de él contra la suya era suave y exigente a la vez. Probó en ella la esencia de alguien que quería ir despacio, pero que, a la vez, estaba desesperado por saciar su deseo.

Su masculinidad de acero le rozaba los muslos, por lo que ella abrió las piernas un poco más para sentirlo en sus delicados pliegues. Gimió suavemente cuando le presionó el clítoris.

Dejó de besarlo y le tomó el rostro entre las manos.

—Debo decirte algo.

—No es el momento de hacer confidencias —respondió él con un jadeo.

Le levantó los brazos por encima de la cabeza y le pidió que no los moviera. A continuación probó sus suculentos pezones trazando, primero, un círculo alrededor de ellos con la boca, para después introducírselos en ella y lamérselos.

Milly no podía resistirlo. Aquello iba más allá del placer, además de ser una experiencia nueva. Quería decirle que era virgen. Tenía que saberlo porque, si no, esperaría que se comportara como las demás mujeres, aunque ella no sabía muy bien cómo era.

Abrió la boca para hablar, pero emitió un grito de placer.

Él seguía lamiéndole los pezones, mirándola y disfrutando del color de sus mejillas, del hecho de que no pudiera estarse quieta, de sus gemidos, que se volvían roncos e incontrolados.

A él no le gustaba apresurarse al hacer el amor. El sexo era un arte en el que había que dar y recibir placer en igual medida. Era un maestro a la hora de tomárselo con calma, pero le estaba costando mucho controlarse para no agarrar el preservativo de la mesilla, ponérselo y poseerla. Mientras las modelos con las que solía salir eran delgadas y huesudas, Milly era suave, blanda y sensualmente redondeada.

Con uno de sus senos en la boca, bajó la mano para deslizársela entre las piernas, aunque se limitó a acariciarle la parte interna de los muslos. Le rozó con los nudillos el vello púbico y sintió deseos de penetrarla.

Todo a su debido tiempo.

Muy despacio, le trazó un surco con la lengua desde debajo de los senos hasta el ombligo, en el que le introdujo la punta de la lengua. Ella contuvo la respiración.

Milly había cerrado las piernas, por lo que él se las separó con suavidad dispuesto a probarla, pero ella lo agarró del cabello para que la mirara.

—¿Qué haces? —susurró ella, deseosa de sentir su boca en sus partes más íntimas, pero horrorizada ante tal despliegue de intimidad.

—Nada hasta que no me sueltes.

—Es que…

—No me digas que nadie te ha probado ahí —observó él al tiempo que se preguntaba si la libido podría descontrolarle aún más.

Había llegado la hora de la confesión. Pero eso arruinaría el momento y, de todos modos, ¿qué diferencia supondría? Deseaba a Lucas y deseaba aquello.

Lucas le sonrió y ella le soltó y volvió a tumbarse con los ojos cerrados. Abrió las piernas con precaución y contuvo la respiración cuando él comenzó a acariciarla con la lengua. Ella soltó el aire, pero tuvo que inhalar muy deprisa ante el mar de sensaciones que la invadió.

Sintió que el cuerpo le ardía y comenzó a jadear. No podía quedarse quieta ante la fuerza del incendio que se le extendía en oleadas, que la hizo arquearse contra la boca masculina, postura en que él la mantuvo agarrándole las nalgas con fuerza.

La llevó tan cerca del éxtasis que ella le rogó sin aliento y sin vergüenza que la tomara.

Él buscó a tientas el preservativo. Ella vio la habilidad con que se lo ponía sin dejar de mirarla. Pensó que tal vez hubiera debido hacer

algo más, pero rechazó esa sensación de inseguridad.

El deseo que ardía en los ojos de él le demostró que estaba tan excitado como ella.

Lucas la rozó con el extremo de su excitada masculinidad para penetrarla, pero ella se puso tensa y lanzó un grito cuando él comenzó a introducirse. Ella se puso rígida y lo miró con ojos de pánico.

Él se detuvo al darse cuenta de lo que sucedía.

—No me digas que eres virgen —dijo jadeando, pero completamente inmóvil.

—Me acabas de decir que no es momento de confidencias —apuntó ella atrayéndolo hacia sí para besarlo.

—¡Ay, Milly! Iré despacio… Seré delicado…

Y lo hizo. Se introdujo lentamente para volver a salir, tentándola hasta que sus gemidos se convirtieron en un ruego.

Para él, era una agonía, pero no estaba dispuesto a hacerle daño. Deseaba que el recuerdo de aquella noche fuera memorable, aunque no quiso saber por qué significaba tanto para él.

Ella estaba muy húmeda y él la penetró un poco más hasta que ella gritó que la tomara ya.

Lucas lanzó un gemido y la penetró de una embestida. Después de la sorpresa inicial, el cuerpo de ella se adaptó al suyo y comenzó a responder a sus profundas y fieras embestidas.

Y el clímax que ella había estado a punto de alcanzar cuando la había explorado con la boca fue aumentando hasta convertirse en algo salvaje e imparable.

Milly gritó y Lucas le tapó la boca sonriendo, para destapársela y besarla. Él alcanzó el clímax cuando aún la besaba.

Sin fuerzas, volvió sobre lo que habían dicho antes.

—Eres virgen.

Se apartó de ella y se tumbó a su lado. Casi inmediatamente se volvió hacia ella y se apoyó en un codo para mirarla.

Por eso había intentado guardar las distancias. Era cierto que lo desconocía, pero sabía bastante: que no era una mujer dura como aquellas con las que salía; que era una romántica; que era vulnerable. Que, además, fuera virgen amenazaba con convertir una situación estúpida en problemática.

Pero el sexo había estado muy bien.

Una virgen. Nunca había concedido valor a esa virtud, pero quería volver a poseer a Milly, enseñarle cosas que no había experimentado.

Nada de todo eso tenía sentido, pero era lo que experimentaba.

¿Desde cuándo le producía una satisfacción machista acostarse con vírgenes? ¿Qué vendría después?, ¿lanzar un grito como Tarzán y colgarse de una liana?

Sin embargo, no pudo reprimir una sensación de extraña

satisfacción.

—Tenías que habérmelo dicho.

—Iba a hacerlo. ¿Acaso importa?

—Lo que no entiendo es por qué.

—No quiero hablar de eso.

Había sido la experiencia más maravillosa de su vida. Nada la había preparado para las increíbles sensaciones que había experimentado. Y, sin embargo, lo único que él había sacado de todo aquello era que ella no le hubiera dicho que era su primera vez.

—Disculpa si no he estado a la altura de tus elevados criterios.

Él enarcó las cejas.

—¿Qué demonios estás pensando, Milly?

—¿Tú qué crees? —respiró hondo—. Acabamos de hacer el amor y, aunque sé que probablemente no haya sido nada del otro mundo para ti, parce que lo único que te importa es que yo no lo hubiera hecho antes. Ya sé que no soy como esas modelos con las que sales…

—No vuelvas a hacerte reproches en mi presencia, Milly. Nunca más.

Lucas suspiró lleno de frustración. Incluso se diferenciaban en la forma de ver las cosas. ¿A qué venía ese deseo repentino de denigrarse? En muchos aspectos era una mujer sincera y alegre, pero tenía una inseguridad que se reflejaba en sus ojos acusadores.

Tuvo un instante de ternura que lo dejó sin saber qué hacer, pero luego lo racionalizó diciéndose que se debía a que normalmente no hablaba después de hacer el amor. Pero era natural que ella quisiera conversar, ya que había sido su primera vez y, por naturaleza, era confiada y comunicativa. Protestaría si él se levantaba para ducharse y consultar el correo electrónico.

—He expresado mi sorpresa de que seas virgen porque eres increíblemente atractiva.

—No es cierto.

—¿Vamos a malgastar el tiempo jugando a ese jueguecito?

Él le apartó un mechón de la mejilla y se excitó ante la idea de volver a poseerla.

Milly estuvo a punto de decirle que le gustaba ese jueguecito.

—Prácticamente me he lanzado a tus brazos. La mayoría de los hombres habrían tomado lo que se les ofrecía aunque no les gustara.

—Yo no soy como la mayoría. Me gustaste desde que te vi en el chalé.

—¿En serio?

—Y, ahora, aquí estamos, juntos en la cama. Y créeme si te digo que he disfrutado cada minuto. De hecho, si no creyera que estarás dolorida, lo repetiría ahora mismo.

La tomó de la barbilla para que lo mirara a los ojos.

—¿Por qué conmigo?
—¿Cómo? —preguntó ella con el ceño fruncido.
—Eres una romántica sin remedio.
—No sin remedio.
—Lo suficiente para que me pregunte por qué has decidido tener tu primera experiencia conmigo y en estas circunstancias. Me pica la curiosidad saber por qué no te acostaste con el hombre con que te ibas a casar, pero no te ha importado hacerlo con otro con el que, desde luego, no vas a vivir.
—No me he puesto a analizarlo, pero supongo que necesitaba…
—¿Un tónico?, ¿un estimulante? ¿Y yo era lo que más a mano tenías? ¿Tu ex no era lo suficiente hombre para llevarte a la cama?
—A mi ex no le gustaba yo —le espetó ella—. Así que no se esforzó mucho en intentarlo.
—Ni tú tampoco.
—Yo…
Ella no era de las que daban el primer paso. Pero lo había hecho con Lucas. ¿Porque no tenía nada que perder?, ¿o porque no sabía lo que era realmente la lujuria hasta haberlo conocido?
—Supongo que esperaba la gran noche —contestó ella.
Que estaba enamorada del amor, pero que Robbie no le gustaba. Lucas le había enseñado eso: que el deseo y el amor eran cosas distintas.
—Tienes razón. Soy una estúpida romántica. Y esto es la vida real. Tal vez, inconscientemente, fuera eso lo que deseaba: conectar con la vida real.
—Podría sentirme dolido.
—No te imagino sintiéndote así, o al menos no tan dolido como para que tengas ganas de llorar.
—¡Qué cosas se te ocurren, Milly! —le acarició un pezón, que inmediatamente se le endureció—. ¿Por qué no lo pensamos mientras volvemos a descubrirnos? O mejor después, ya que te garantizo que no vas a pensar mientras hacemos el amor.

Lucas se apartó del escritorio y se dirigió lentamente hacia las ventanas que daban a la ciudad. Estaba de vuelta en Londres, en su despacho, en plena acción. Esa era su realidad.
Las dos semanas y media que había pasado con su madre jugando con Milly a Romeo y Julieta habían sido un espejismo que se había disuelto al cabo de unos días.
Había vuelto a la normalidad.
Entonces, ¿qué demonios le pasaba?
Maldijo para sí por haber dejado que las cosas se le fueran de las

manos.

Habían vuelto a Londres y su madre seguía sin saber que la relación entre Milly y él, aunque se había vuelto física, era un engaño. No iban a casarse ni a durar.

Pero eso había sido dos meses antes.

Se sentía atrapado y necesitaba hallar una salida.

Acostumbrado a ver el lado positivo de una situación negativa, decidió que tenía que buscarlo. Tal vez hubiera sido una estupidez creer que, si llevaba a Milly a España, convencería en dos semanas a su astuta madre de que su breve romance estaba llegando a su triste fin.

¿No era mejor así, que hubiera durado más? Lo había hecho lo suficiente para que el final resultara más creíble. Habían llegado a conocerse el uno al otro y, por desgracia, no les había gustado lo que habían descubierto. Su madre no había sido testigo del declive de la relación, pero le sería fácil contarle que ya no estaban juntos. Se iba a sentir decepcionada, pero así era la vida.

Deambuló inquieto por el amplio despacho. Era tarde. Probablemente no quedara nadie más en la oficina. Milly, ya instalada en su nuevo piso y su nuevo trabajo, había salido a cenar con sus nuevos compañeros de trabajo.

¿Qué compañeros?

Lucas se negó a especular. Estaba muy bien que ella estuviera haciendo amistades. ¿Qué más daba si algunas eran masculinas? Era lo esperable.

Además, había cambiado su forma de vestir. Ella le había dicho que le había dado seguridad en sí misma, en su cuerpo y en su aspecto. Se había deshecho de la mayor parte de su antigua ropa y lo había llevado de compras.

Apretó los dientes al pensar que otros hombres la estarían viendo con alguna de las prendas que habían comprado juntos.

Pero él era el único culpable de la situación en que se hallaba. Había sabido desde el principio que ella era vulnerable, una romántica que se deleitaba con las revistas de decoración y los escaparates de las tiendas de vestidos de novia. Tenía un poderoso instinto doméstico y una tendencia innata a formar un hogar. Le encantaba cocinar para él, y él, que nunca había dejado que ninguna mujer lo hiciera, había estado probando nuevos platos, y trabajando mientras ella veía cualquier programa basura de la televisión.

¿Era de extrañar que ella se hubiera enamorado?, ¿era una sorpresa que ella se hubiera propuesto que él se diera cuenta de que su error de juicio juvenil era algo que el verdadero amor podía vencer?

Antes de que ella se lo dijera, él ya lo sabía.

A Milly no se le daba bien ocultar las cosas. Iba con la verdad por

delante, y él se lo había visto en los ojos, pero había decidido pasarlo por alto porque le gustaba su compañía y porque el sexo con ella era excelente.

Pero no iba a casarse con ella. Le bastaba con pensar que era objeto de su amor, con recordar sus ojos esperanzados, confiados y amorosos, para que le entrara claustrofobia.

El amor era para los estúpidos. A él le había costado aprenderlo. Ella conocía su punto de vista, pero había decidido comportarse como si no lo supiera.

En resumen, él había apartado la vista de la pelota y…

Tomó una decisión, agarró la chaqueta y salió del despacho sin concederse tiempo para que la debilidad hiciera mella en él.

Tenía llave del piso, desde luego. Al fin y al cabo, era suyo. Un par de veces había salido del despacho pronto y había ido allí para seguir trabajando hasta que ella volviera.

En poco tiempo, ella había modificado la decoración con toques caseros que hubieran debido prevenirlo de que se estaba acomodando al piso del mismo modo que a él.

Fotos en la repisa de la chimenea; papeles con recetas pegados a la nevera con imanes; muchas flores porque, según le había dicho, su abuela siempre tenía la casa llena.

Él se había reído y le había dicho que, en su casa, vivía muy bien sin todo eso.

Tuvo que esperar más de hora y media hasta que oyó la llave girar en la cerradura. Durante ese tiempo había sido incapaz de concentrarse en el trabajo. Por una vez, la alegría de cerrar tratos no había logrado distraerlo.

—¿De dónde vienes? —le espetó cuando ella entró en el salón.

Milly se sobresaltó, pero después sonrió.

Esa mañana se lo había dicho sin rodeos. Se había enamorado de él y no podía ocultarlo. No sabía cuándo había empezado. Tal vez las semillas se hubieran sembrado en España, donde había conocido aspectos de él que la habían atraído.

Pero su destino se había sellado cuando se acostaron por primera vez, y ella se había ido enamorando cada vez más.

Era una locura, lo sabía. Pero ¿no era el amor una locura? No era algo que se pudiera explicar como un problema de matemáticas. Si el amor tuviera sentido, no se habría enamorado de Lucas.

Y nada más decírselo, deseó poder retirar sus palabras. Él se había quedado inmóvil, no le había contestado, y cuando volvió a hablar fue como si hubiera decidido hacer caso omiso de lo que le acababa de decir.

Ella avanzó hacia él con paso vacilante.

—Tenemos que hablar —dijo él.

—¿Por qué? —Milly sonrió—. Siempre me dices que hay cosas mucho mejores que hacer que hablar.

—Pero dime primero dónde has estado.

—Ya te dije que iba a salir con mis compañeros de trabajo.

Él frunció el ceño y trató de no pensar en quiénes serían.

Ella estaba magnífica, con el pelo suelto, los ajustados vaqueros apretando cada centímetro de su delicioso cuerpo, al igual que la ajustada camiseta. El hecho de que llevara zapatillas deportivas no restaba un ápice a su atractivo. Él, enfadado, sintió que se excitaba.

—¿Qué te pasa, Lucas?

Como si no lo supiera. Las cosas habían ido bien cuando solo habían tenido sexo. Pero ella se había pasado de la raya, había olvidado lo que él le había dicho de no ir más allá. Y no solo lo había desobedecido, sino que había cometido el pecado de contárselo.

—Creo que lo sabes. Siéntate.

—Siento haberte dicho lo que te he dicho —observó ella con sinceridad—. Pero no te he pedido que me correspondas.

—Esto ha dejado de funcionar.

Lucas estaba enfadado y atónito por el hecho de que aquellas palabras le parecieran las más difíciles que había pronunciado en la vida.

Sabía que antes o después la relación acabaría. Entonces, ¿por qué le había costado tanto pronunciar cada sílaba? Tal vez porque no había sido él quien había decidido el momento de darla por concluida, sino que se había visto obligado por circunstancias imprevistas.

Y a él no le gustaba que lo obligaran a nada.

Milly abrió la boca para hablar, pero no emitió sonido alguno. Lo miró con los ojos como platos, sin atreverse a hablar por si comenzaba a hacer algo verdaderamente humillante, como rogar y suplicar. Porque no concebía la vida sin él.

En comparación, que Robbie hubiera roto su compromiso había sido un paseo, porque aquello no era amor de verdad. Y que Lucas le dijera que la relación había acabado fue como si la apuntaran con una pistola y fueran a disparar.

¿Lamentaba haber sido sincera? No. ¿Iba a romper a llorar? ¡Por supuesto que no!

—Lo entiendo —dijo con voz calmada—. Y estoy de acuerdo.

Capítulo 10

Una semana y media después, Milly seguía sin creerse que hubiera mostrado tanta fortaleza ante la desgracia.

Se había aferrado a su orgullo, pero ¿a qué precio? Pensaba en Lucas a todas horas, todos los días, cuando trabajaba, cuando descansaba, y soñaba con él cuando dormía.

Él no había discutido cuando ella había reconocido la derrota sin luchar para impedirle que hallara la salida que buscaba con desesperación. Y él se había apresurado a tomar dicha salida.

Sin embargo, había continuado hablando con voz fría y distante, y en tono acusador, diciéndole que para él nunca había sido una relación a largo plazo, que le había dicho que no pensaba comprometerse y que ella lo sabía.

Ella había estado de acuerdo.

—Sobre todo con alguien como yo —había dicho con voz entrecortada y el corazón latiéndole a toda velocidad.

—Con nadie. No me interesa una relación a largo plazo, y no debí dejarme arrastrar a tenerla con una mujer que era vulnerable y que buscaba a un compañero de por vida.

—Tal vez fuera vulnerable, pero no buscaba a un compañero para toda la vida. Y aunque me haya enamorado de ti, ¿no se te ha ocurrido que no soy tan tonta como parezco?, ¿no se te ha ocurrido que sé que no estamos hechos el uno para el otro?

Por supuesto que no se le había ocurrido.

—Somos personas distintas y procedemos de medios sociales muy diferentes. Tú eres oscuro y yo soy luminosa. Yo no desconfío de todo el mundo y me gusta dar una oportunidad a la gente. Sé que crees que soy ingenua y estúpida por no haber escarmentado con lo que me pasó con Robbie, pero tal vez, y digo tal vez, eso me hace ser más feliz que tú, Lucas. Tuviste una mala experiencia y has dejado que te dicte el resto de tu vida. ¿Tiene alguna lógica?

—¿Así que vas a seguir insistiendo a pesar de que no tenemos futuro? —se había burlado él—. ¿Estarías contenta si te dijera que estoy más que dispuesto a acostarme contigo, pero nada más?

Naturalmente, ella no hubiera estado contenta.

Pero ¿y si hubiera accedido? ¿Y si hubiera ocultado sus sentimientos bajo una máscara que a él le hubiera resultado aceptable? ¿Y si

hubiera aceptado su propuesta y hubiera arrinconado esa parte de sí que quería más, que siempre querría más?

¿Hubiera sido esa una decisión mejor que la que había tomado? Al menos no llevaría semana y media pensando en él mirando al vacío en su piso, que antes o después tendría que abandonar.

Casi lamentaba no haberle arrojado a la cara el trabajo y el piso que le había dado, pero, por suerte, había prevalecido el sentido común, ya que, si no, se hallaría en una situación aún peor, sin casa y sin trabajo y teniendo que tomar el primer tren a casa de su abuela, donde tampoco habría encontrado trabajo y no sabía qué habría hecho para llegar a fin de mes.

Tener que seguir aceptando las condiciones acordadas le había dejado un sabor amargo. Pero, a veces, había que tragarse el orgullo. Y estaba contenta de haberlo hecho, porque le encantaba su trabajo, así como vivir en el centro de Londres.

A sus amigos les había impresionado su nueva casa, aunque ella no les había dado detalles de cómo la había conseguido. Se había limitado a contarles que había tenido la suerte de conocer a un tipo que se había compadecido de ella y la había ayudado, que el hombre en cuestión era el dueño del chalé de montaña y tenía mucho dinero, y al conocer su desgraciada historia había decidido echarle una mano.

Había convertido a Lucas en una benevolente figura paternal.

¡Nada más lejos de la realidad!

Con el tiempo les confesaría todo, pero, de momento, necesitaba estar sola y no ver a nadie.

Se acababa de duchar y de ponerse unas anchos pantalones de chándal y una camiseta aún más ancha, porque, al haber vuelto a estar sola, se le habían quitado las ganas de ponerse ropa sexy y ajustada, cuando sonó el timbre de la puerta. Se quedó petrificada, ya que solo había una persona que podía llamar después de haber pasado por delante del portero.

Lucas.

Tenía llave del piso, pero siempre llamaba al timbre, y solo usaba la llave si ella no estaba.

Sintió la boca seca y tomó aire varias veces. La idea de verlo la llenó de placer y angustia a la vez.

En los segundos que tardó en llegar a la puerta, pensó en cientos de razones que explicaran aquella visita.

La primera fue que, milagrosamente, él hubiera decidido que estaban hechos el uno para el otro, que había cometido un inmenso error. O incluso que la echaba de menos y venía a pedirle que se fuera a la cama con él. Ella se negaría, estaba segura, pero le vendría muy bien saber que la echaba de menos tanto como ella a él.

Aunque el corazón estaba a punto de salírsele por la boca, adoptó

una actitud de indiferencia al abrir la puerta.

—¡Querida mía!

—¡Antonia!

Milly se obligó a sonreír, a pesar de su desconcierto al ver a la madre de Lucas. No había hablado con ella desde la ruptura con su hijo y se sentía culpable, ya que se había establecido entre ellas un fuerte vínculo en el poco tiempo que habían pasado juntas.

—Pensaba llamarte…

—Estás un poco pálido, querida.

—Pasa, por favor. ¿Qué te trae por Londres? No pensé que fueras a venir ahora. ¿Quieres tomar algo?, ¿té, café?

—He pensado en dar una sorpresa a mi hijo. Me tomaré un café descafeinado, si tienes. Después de las seis, la cafeína me impide dormir.

—Pensaba llamarte…

«¿Para aumentar tu decepción rellenado las lagunas que Lucas hubiera dejado al contarte nuestra ruptura?», pensó.

—Es más agradable verte en persona, Milly, querida. Te echo de menos. La casa parece vacía desde que os marchasteis. Yo estaba muy animada antes de que llegarais, desde luego, pero una se acostumbra en seguida a la buena compañía.

—Tienes un aspecto estupendo —afirmó Milly con sinceridad.

—Me encuentro muy bien. Supongo que me ha animado mucho el cambio de parecer de Lucas. ¿El cambio de parecer…?

—Que por fin haya recuperado el sentido común y decidido sentar la cabeza.

Durante unos segundos llenos de confusión, Milly se preguntó con quién pensaba sentar Lucas la cabeza. ¿Tan pronto había encontrado a otra mujer?

—Así que he venido a veros para hablar con los dos y que me digáis cuándo será el gran día.

—«El gran día», y cito textualmente, Lucas. ¿Me quieres explicar qué pasa?

Milly había conseguido, por fin, hablar por teléfono con Lucas, al que protegía un ejército de personas cuando no quería hablar con alguien.

Estaba de muy mal humor cuando consiguió oír su voz al otro extremo de la línea.

Lucas, en cambio, fue la primera vez que se sintió vivo desde que se había marchado del piso de ella.

—No sé de qué me hablas, Milly. No puedes iniciar una conversación en mitad de una frase y pretender que sepa qué estás

diciendo.

—Sabes perfectamente de qué hablo. ¿A que no adivinas quién me acaba de hacer una visita?

—No se me ocurre. Además, no tengo tiempo para adivinanzas.

—¡Tu madre!

Él se sentó y trató de asimilar lo que le acababa de decir.

—Mi madre… —repitió lentamente.

—¡Y lo curioso es que sigue creyendo que somos pareja! —le dijo ella casi gritando.

—¿Dónde estás?

—¿Dónde crees, Lucas?

—¿Cómo voy a saberlo? Es viernes, son más de las siete de la tarde y eres una mujer libre.

—Estoy en casa.

¿Cómo era Lucas capaz de imaginarse que iba a irse de fiesta cuando estaba enamorada de él? ¿O la juzgaba del mismo modo que se juzgaba a sí mismo? No le supondría problema alguno hacerlo. Si tuviera corazón en lugar de un trozo de hielo…

—Voy para allá.

Milly tuvo que contenerse para no arreglarse un poco, para quitarse los anchos pantalones de chándal, que sabía que él detestaba, y ponerse algo más atractivo. Pero decidió no hacerlo y que la viera como estaba. Solo quería saber por qué su madre seguía sin saber nada y que después se marchara.

Se mantuvo serena hasta que, media hora más tarde, sonó el timbre de la puerta.

Allí estaba: alto, moreno y guapísimo, con la camisa arremangada y la chaqueta sobre el hombro.

—¿Y bien? —se apartó para dejarlo pasar—. ¿Te importaría explicármelo?

Lucas no podía dejar de mirarla. Llevaba la ropa de la que él siempre se burlaba, de la que le aconsejaba que prescindiera. Ocultaba todas sus deliciosas curvas, pero seguía siendo sexy y tentadora.

La echaba de menos, así de sencillo. No era capaz de concentrarse, había perdido el interés por los negocios; ni siquiera consultaba su agenda para quedar con otras mujeres.

Y no le había dicho nada a su madre porque…

—Necesito algo de beber, algo más fuerte que un té.

—¿Que necesitas beber algo? Esto no es una reunión social, Lucas.

Milly, por fin, lo miró a los ojos, pero aparto inmediatamente la vista y se cruzó de brazos.

—No, no lo es.

Lucas se dirigió a la cocina y buscó la botella de whisky que sabía que ella guardaba en un armario. Se sirvió una buena cantidad.

Milly lo había seguido. De espaldas a ella, supuso que estaría cruzada de brazos y que en su boca habría un mohín de frustración.

Ella lo amaba. Lo había amado. ¿Lo seguiría haciendo?

—Pensaba decírselo…

—¿Pero no lo has hecho? ¿A pesar de que habláis todos los días? ¿Se te ha pasado ese pequeño detalle?

—Muy bien…

La miró vacilante. Se había sentado a la mesa de la cocina con el vaso en la mano y no la miraba, lo cual era un poco raro, ya que demostraba una indecisión que no era propia de él.

A Milly le entraron ganas de tomarse algo fuerte también, pero se conformó con un vaso del zumo que sacó de la nevera. Se sentó frente a él.

—Podría habérselo dicho, pero… necesitaba tiempo.

—¿Tiempo para qué?

—Para aceptar el hecho de que ya no éramos pareja.

La miró con expresión seria e intensa y tomó un trago de whisky sin apartar la vista de ella.

—Creí… Cuando me dijiste que me querías…

—No quiero hablar de eso.

—No tenemos más remedio que hacerlo.

—¡No! —gritó ella—. Dije lo que dije y no quiero volver sobre ello.

—Nunca he creído en el amor.

—Ya te dije que lo entendía.

—No, no lo entiendes, porque, como dijiste, he dejado que una mala experiencia me dicte el futuro. Tú, en cambio, con tu optimismo, no hubieras consentido que sucediera algo así.

Le sonrió, indeciso.

—¿Sabes que eres la primera persona a la que he hablado de Betina y de mi error de juventud? Sé que cada vez que sacabas el tema a colación lo hacías para tratar de entender mi modo de pensar, al ser tan distinto del tuyo. Debí haberme puesto furioso cada vez que volvías sobre ese asunto, pero no lo hice.

Miró el vaso y recorrió el borde con el dedo.

—Hasta cierto punto, somos animales de costumbres. Yo estaba acostumbrado a pensar de una forma determinada, a pensar del modo en que me había condicionado a hacerlo. Para mí, el matrimonio debía ser algo que tuviera sentido, ya que el amor carecía de él. Mi cerebro me decía que lo nuestro no tenía sentido. Eras muy joven, demostrabas tus sentimientos, buscabas el mismo final feliz que mi madre, ese final feliz para el que yo no tenía tiempo. Me había encerrado en una coraza y no tenía intención de salir de ella, aunque tú quisieras que lo hiciera. ¿Me sigues?

Esbozó una leve sonrisa.

—Te sigo —afirmó ella— y tienes razón: en realidad, no te entendía. Además, nunca he estado muy segura de mi aspecto y estaba…

—¿Celosa?

—No. Sí. Tal vez.

—¿Solo tal vez? Porque a mí me han devorado los celos pensando en los hombres a los que habrías visto durante las dos últimas semanas.

Milly sintió que se le elevaba el espíritu y se preguntó si había oído bien. Se inclinó hacia delante para no perderse nada.

—No puedes olvidar tu pasado, y lo siento, pero no tienes que explicarme nada.

—Claro que sí, Milly. Lo olvidé hace tiempo, pero no me había dado cuenta porque me reservaba para cuando apareciera la mujer adecuada que me robara el corazón.

Se produjo un largo silencio. Cuando ella extendió la mano hacia él, y él entrelazó los dedos con los suyos, se vio invadida por una oleada tal de sensaciones que creyó que iba a desmayarse.

—El miedo me obligó a salir corriendo cuando me dijiste lo que sentías. No sabía cómo enfrentarme a eso, Milly. Y, sin embargo, no podía decirle a mi madre que todo había acabado entre nosotros. Tenía la extraña impresión de que, si lo decía en voz alta, no habría vuelta atrás. No podía hacerme a la idea de perderte, pero no sabía qué hacer para arreglar las cosas entre nosotros. El hecho es que te quiero, Milly. Me estaba enamorando y ni siquiera reconocí los síntomas por mi obstinación y arrogancia en creer que era inmune.

Jugó distraídamente con los dedos de ella.

—Llegaste a mi vida y me despertaste, Milly, y mi vida no tiene sentido sin ti.

—Yo también te quiero —afirmó ella con conmovedora seriedad—. No quise a Robbie, pero ya lo sabías, ¿no? Cuando pienso en lo que habría sido de mí si no hubiera descubierto la verdad… —se estremeció—. Yo tampoco quería enamorarme de ti. Sé que me consideras una romántica sin remedio…

—Lo eres, afortunadamente.

—Pero sabía que no eras un buen partido y, además, tenía que luchar con mis propios demonios. De todos modos, creía que nunca te fijarías en alguien como yo, aunque de eso me curaste.

—¿Habrías sentido lo mismo si hubiera sido un inofensivo monitor de esquí?

—Tú nunca serás inofensivo. A propósito, ¿por qué no me dijiste desde el principio quién eras?

—Porque tuve una sensación de liberación. Llegaste como si fueras de otro planeta, sin aires de superioridad y sin saber lo rico que era.

Me fascinaste desde el primer momento. Y aquí estamos. Eres al amor de mi vida, Milly. No me imagino la vida sin ti.

—Muy bien.

—Lucas lanzó una carcajada.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir, cuando normalmente hablas tanto?

Milly sonrió de oreja a oreja.

—Estoy llena de sorpresas.

—Pues quiero ser quien las descubra, todos los días, durante el resto de la vida. ¿Te quieres casar conmigo? Te lo pido tanto por mí como por mi madre…

Milly se echó a reír, se levantó y fue a sentarse en su regazo. Él la estrechó en sus brazos. Nunca la dejaría marchar.

—En ese caso, puesto que también es cuestión de tu madre, ¿qué va a hacer una mujer sino aceptar?